Manuela Salvi

SERÁ HERMOSO MORIR JUNTOS

Una historia de amor y mafia

Siruela

Será hermoso morir juntos

Una historia de amor y mafia

MANUELA SALVI

Traducción del italiano de
María Porras Sánchez

Las Tres Edades **Ediciones Siruela**

Índice

Cubierta
Será hermoso morir juntos
Epílogo
Nota de la autora
Créditos

SERÁ HERMOSO MORIR JUNTOS

Querido Daniele:

Si todavía estuvieras aquí conmigo, me dirías que no me fuera.

Me dirías que no me dejase llevar por la tristeza porque la vida es corta y, vayamos donde vayamos, siempre seremos los mismos.

Pero yo no soy como tú.

Pienso cada día en la última noche en que nos vimos. Yo te grité por culpa de esa música absurda que a ti tanto te gustaba y que a mí en cambio me recordaba un concierto de sartenes y chatarra. Yo te grité, tú te marchaste y nunca más nos volvimos a ver. Sin más.

Ahora, lo único que te queda de mí son mis insultos, a los que quizá ya te habías acostumbrado. Por eso necesito decirte las cosas que nunca te dije. Las que no supe decirte porque entonces no tenía más que dieciséis años y pensaba que tendríamos todo el tiempo del mundo. Pensaba que lo nuestro sería un «para siempre».

Cada vez que pienso en ti me acuerdo de esa música. He traducido todas las letras y me pregunto qué será lo que sucede en el lado oscuro de la luna. Es cierto. Detrás de la fachada luminosa y romántica que nosotros vemos, no hay más que tinieblas. Estoy convencida de que es así.

Pero la oscuridad está bien. No te ciega, no te hace creer que el mundo es de colores.

Y lo de marcharse también está bien. He metido poquísimas cosas en la maleta, no quiero que los recuerdos me sigan. Me encantaría llevarme la Vespa conmigo, pero el viaje es demasiado largo. Me gustaría que me acompañases, pero eso también es imposible.

Por eso voy a coger la vida como venga, con la esperanza de que deje de hacerme tanto daño.

Bianca

I

–Ya sabes de qué va esto. Tú aceptas. Sin rechistar. Nosotros nos ocupamos del transporte y de la excavación, y luego te entregamos el dinero. Tus tierras volverán a estar como antes, no se notará nada.

El hombre, bajo y moreno, de rostro curtido por el sol y por el tiempo, escrutó a Angelo con desconfianza. Luego contempló por un instante la tierra, oscura, salpicada de olivos, y negó despacio con la cabeza.

–¿Qué es lo que no te parece bien, eh? –le urgió Angelo con la voz alterada. Con solo veintidós años tenía el tono grave y ronco de los que acostumbran a fumar y a gritar. Su cuerpo nervioso no soportaba la falta de acción. Incluso cuando tenía que permanecer quieto, a la espera, no podía dejar de balancearse sobre los pies con impaciencia.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

–Quiero el dinero cuanto antes.

Angelo se echó a reír y miró por encima del hombro. A poca distancia de ellos dos, a la entrada del camino que llevaba a la finca, estaba estacionado un enorme todoterreno negro, manchado del polvo del campo. Apoyado en una de las puertas estaba un chico de pelo oscuro con las piernas cruzadas, aparentemente más joven que Angelo. Llevaba vaqueros y camiseta, daba la impresión de que estuviera a punto de echar a correr detrás de un balón en mitad de aquellos campos con olor a flores y a tierra recién arada.

En lugar de eso, devolvió la mirada a Angelo y alzó levemente el mentón, en una actitud más adulta de lo que aparentaba.

–Un trato es un trato, viejo estúpido –exclamó Angelo con una sonrisa que en un instante se había convertido en una mueca torcida. Se echó mano al bolsillo trasero del pantalón, donde tenía la pistola. Sentía palpitaciones en los dedos.

–Mi mujer tiene que hacerse la operación cuanto antes –insistió el viejo–. No puedo esperar, no hay tiempo.

Angelo ignoró el tono suplicante y las lágrimas que asomaban a los ojos del agricultor. Siempre la misma historia. Todos tenían algún asunto que resolver, todos querían el dinero de inmediato. Pero ninguno tenía la mínima idea de lo que significaba manejar un negocio como aquel. Angelo no podía fiarse de nadie.

Sacó la pistola y apuntó al viejo en la sien. Éste se irguió al instante.

–Vamos a ver si así te convenzo. Voy a abrirte un agujero en la cabeza y a meterte dentro una idea muy simple: nosotros no pagamos por adelantado.

–¡Angelo! –gritó el chico junto al coche, enderezándose.

–¡Métete en tus asuntos! –chilló Angelo a modo de respuesta–. Estoy hasta las narices de tratar con estos pedigüeños. Carguémonoslos a todos y quedémonos con sus tierras –añadió, mientras apretaba el cañón de la pistola contra la sien del agricultor–. ¿Qué me dices? ¿Te parece bien? Os mando a ti y a tu mujer derechitos al otro barrio, así vosotros resolvéis vuestros problemas y nosotros, los nuestros.

El hombre, que no se atrevía a moverse, escuchó el sonido de unos pasos rápidos sobre la grava. Un segundo después, el chico moreno estaba junto a ellos.

–¿Qué es lo que estás haciendo? –exclamó, mirando la pistola con inquietud–. Tano ya te ha avisado, no hagas ninguna tontería.

Al escuchar el nombre de su padre, Angelo aflojó un poco la presión sobre el arma. Los nudillos recuperaron el color. Y el viejo, instintivamente, aprovechó para escapar. Echó a correr, como si creyera que podía alcanzar la casa antes de que el proyectil de Angelo lo alcanzara a él. Como si los muros del lugar donde había nacido y crecido pudieran bastar para protegerlo.

–Maldito bastardo –dijo Angelo apuntándole. El chico moreno fue más rápido: con un movimiento de la mano desvió el brazo de Angelo, que disparó al aire. La bala silbó y acabó clavándose en el tronco de un olivo cercano.

Angelo volvió a echarse a reír. Ver cómo aquel viejo corría a trompicones, con los pantalones probablemente mojados, lo ponía de buen humor.

–Déjame que al menos me divierta. De todas formas, no vamos a sacarle nada –concluyó con voz firme. Apuntó y comenzó a disparar de modo que las balas pasaron rozando al viejo sin llegar a darle, levantando nubecillas de polvo en torno a sus pies.

Una mujer apareció en la puerta de la casa y se puso a gritar algo en un dialecto incomprensible.

–Fantástico –dijo el chico moreno–. Llamemos la atención de todo el vecindario.

Se encaminó hacia el coche.

–Date prisa, alguien llamará a la policía –añadió, apretando el paso.

–Me encantaría dispararle a algún madero –comentó Angelo, alcanzándolo y abriendo la puerta del lado del copiloto.

–Y a mí a veces me gustaría dispararte a ti –murmuró el chico, mientras se montaba en el asiento del conductor y encendía el motor. Salió del camino haciendo chirriar las ruedas del coche y dejando tras de sí una densa polvareda blanca.

Angelo encendió el equipo de música, subió el volumen al máximo y se puso a cantar con el brazo fuera de la ventanilla.

–Todavía no estás satisfecho, ¿a que no? –preguntó el chico moreno, con la mirada, dura y severa, puesta en la carretera.

El otro no se tomó la molestia de contestarle. Se limitó a cantar más alto todavía.

El coche desembocó en la carretera principal, alejándose de los olivares en dirección a la ciudad. Por las ventanillas abiertas se colaba la brisa del mar, siempre tan cortante en septiembre, siempre tan intensa después del calor veraniego.

–¿Qué es lo que piensas hacer ahora? –volvió a preguntar el chico, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido–. Has fastidiado cinco contactos de los cinco que teníamos. Tano no estará contento.

Angelo se calló. Después apagó el equipo de un manotazo violento.

–Tano, Tano, no haces más que nombrarlo. Es *mi* padre, no te olvides de eso. Y este negocio lo llevo yo –gritó, revolviéndose en su asiento–. De todas formas, sus métodos ya no funcionan. ¿No ves cómo apestan a rancio? ¡Hasta el olor se me mete en la garganta! Si sigue así, lo acabarán quitando de en medio.

El chico apretó los labios.

–Él sabe lo que se hace. Al contrario que tú.

Angelo exhaló un profundo suspiro.

–Escucha, este sitio da asco. La gente está tan apegada a sus tierras que parece que te estén vendiendo su propia sangre.

–Puede que sea así.

Angelo se rió.

–Me gusta la idea. Pero en serio, deberíamos volver a nuestro territorio. Allí es todo más fácil, a la gente no le importa en absoluto tener un poco de mierda debajo del culo. Están acostumbrados –estaba cada vez más acalorado–. Podríamos encontrar un agujero en cualquier sitio.

–No. Tenemos a los otros clanes encima y Tano lo sabe –replicó el chico–. Debemos encontrar algún sitio donde deshacernos de los residuos y mantener el asunto en secreto.

–No lo será por mucho tiempo. Incluso los olivos tienen ojos y oídos.

–Lo sé, pero hasta que lo consigamos, llevamos ventaja a los demás.

Angelo se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos.

–La cabeza me está matando.

Abrió la guantera del coche y empezó a revolver entre los documentos y demás trastos. Con una mano temblorosa, sacó una cajita de metal satinado.

–¿Qué estás haciendo? –inquirió el chico moreno mientras reanudaba la marcha. Vio que el otro había cogido un espejito sobre el que esparcía unos polvos blancos–. Joder.

Frenó con brusquedad y se quedó clavado en el arcén de la carretera desierta, junto a un campo baldío y desolado. El polvo blanco se había desparramado por todas partes. Angelo puso cara de incredulidad, pero no le dio tiempo a reaccionar, el otro ya se había bajado del coche.

–¡Maldito gilipollas! –gritó, mientras se bajaba él también.

–Prometiste que lo dejarías –exclamó el chico–. ¡Estás fuera de control!

–Ya está bien de tanta historia –replicó Angelo–. Así no hay manera de controlar el estrés. De vez en cuando tengo que meterme, es mi forma de ponerme las pilas.

–Nos pones a todos en peligro –dijo el chico entre dientes. Los dos se miraron a los ojos, atravesados por una corriente de odio profunda y recíproca, un odio que había nacido años atrás, sobre los escombros de su infancia, sin que ninguno de los dos hubiera sido consciente de ello. Quizá hasta ese preciso momento–. Si no te hubiera detenido, habrías matado a ese viejo –continuó el chico.

Angelo escupió en el suelo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–Para nosotros, matar a alguien significa dos cosas: que te tienes que ocupar del cadáver –añadió el chico–, y que llamas la atención de la policía. No es tan difícil de entender. ¿Y qué habrías hecho después? ¿Habrías matado también a la mujer? Así no se puede trabajar, Angelo. Acabarás con todos nosotros, si es que antes no te echan.

–No me gusta tu tono. Tú no eres nadie –murmuró Angelo lanzándole una mirada perversa. Se dio media vuelta, llegó a la puerta del coche y a continuación, se subió al asiento del conductor.

–Deberías recordar que aquí el jefe soy yo –gritó desde el interior. Luego puso el equipo de música a todo volumen y salió disparado, pasando bruscamente de la segunda marcha a la tercera.

El chico moreno vio cómo se alejaba el coche y sacó la pistola del bolsillo trasero de los vaqueros. Guiñó un ojo, tenía el coche de Angelo en el punto de mira. Habría bastado con disparar, agujerearle una rueda, esperar a que se saliera de la carretera y que el impacto lo dejara seco. Su pulso era firme, tenía una probabilidad de nueve entre diez.

En lugar de eso, el chico bajó el brazo con lentitud, vio cómo el coche giraba en una curva, y devolvió la pistola a su sitio. Del otro bolsillo sacó un reproductor de Mp3 y se colocó los auriculares, subiendo a tope el volumen de la música.

En realidad, no existe el lado oscuro de la luna. De hecho, toda ella es oscura.

Echó a andar despacio, inspirando el aire salobre y pensando que antes o después, no importaba cuándo, encontraría la forma de ajustar cuentas con la vida.

Era sólo cuestión de saber esperar. En la sombra.

II

A Bianca, lo primero que le chocó de aquella ciudad desconocida fue su luz implacable.

Un sol fulgurante recortaba las sombras como si fuera una cuchilla, se reflejaba sobre la piedra blanca de las construcciones más antiguas, sobre los muros de piedra que bordeaban la costa formando malecones. La brisa limpia de septiembre también añadía luminosidad a las olas, al cielo, al rostro de la gente. El paisaje, barrido por el viento, era de una claridad cegadora.

Bianca se puso las gafas de sol y entornó los ojos.

Durante el interminable viaje desde Milán, que habían dejado a su espalda con un regusto a nostalgia bajo un amanecer gris pálido, Bianca había contado las palabras que había pronunciado su padre, que conducía a su lado.

«Veinticinco.»

–Casi hemos llegado.

«Veintiocho.»

Francesco Prandi, de profesión juez, no siempre había sido tan callado. Ahora la curvatura de la boca apuntaba hacia abajo, pero en tiempos se abría en una sonrisa luminosa o pronunciaba discursos acalorados. De repente todo se acabó, bruscamente, sin previo aviso. Incluso el traslado había sido decidido usando el mínimo de palabras necesarias, como si novecientos kilómetros fueran algo ridículo comparado con la distancia que se había creado entre ellos en casa. Entre él y su mujer, la madre de Bianca. Entre Bianca y ellos, sus padres.

El juez giró, siguiendo la voz metálica del navegador, y se encontraron en un barrio de edificios idénticos, alineados en orden como si fuese un laberinto de sentido único que obligara al padre y a la hija a describir un recorrido retorcido hasta llegar al portal adecuado.

Bianca observó la que iba a ser su nueva casa.

Eran las tres de la tarde y la calle estaba desierta. El asfalto mojado apestaba a pescado, como si hubiera habido un mercado allí.

Mientras descargaban el equipaje, Bianca notó que había algunas personas asomadas a las ventanas y a los balcones que parecían estar disfrutando del espectáculo. Se sintió incómoda y agachó la cabeza, para evitar la mirada de aquellos extraños.

–¡Oiga! ¡Usted! –gritó una vieja desde el primer piso del edificio de enfrente.

El juez se giró, mientras Bianca deseaba que se la tragase la tierra.

–Tiene que llamar al portero para pedir las llaves –continuó la vieja,

asegurándose con su tono de voz de que la noticia llegara a todo el vecindario–. El dueño ha dicho que si tienen problemas lo pueden llamar a cualquier hora. Pero mejor después de las cuatro y media, que ahora está durmiendo.

–¡Gracias! –gritó el juez a modo de respuesta, esbozando una media sonrisa.

–¿Durmiendo? –susurró Bianca–. ¿Es que está enfermo?

El juez negó con la cabeza.

–Aquí la siesta es sagrada.

Bianca se aproximó a la entrada y vio que la vieja la saludaba con la mano.

–Bueno, no para todos –comentó, aliviada de estar por fin a la sombra del portal del edificio.

Subieron los cinco pisos a pie con una maleta cada uno, tras la espalda maciza del portero, que no cesó de contarles chismes no siempre comprensibles sobre la comunidad y el barrio. Bianca escuchó el sonido de aquel dialecto desconocido y se preguntó con cierto temor si en unos pocos meses ella también estaría hablando así.

–De noche no se puede aparcar aquí en la calle –decía el hombre–, porque tenemos el mercado del pescado y a las cinco de la mañana montan los puestos. Se llevan el coche y te multan.

–¿Un mercado? –preguntó Bianca con sequedad–. ¿Cada cuánto tiempo?

–Todos los días –respondió el portero–. Cuando queráis pescado fresco sólo tenéis que bajar las escaleras, es comodísimo.

Bianca se abstuvo de replicar que en su casa se comía pescado tres veces al año como mucho. Y en cualquier caso, era pescado de ciudad, de ése que no huele mal y que se está quietecito en el congelador.

El portero llegó jadeando al último piso, un rellano rebosante de macetas, e introdujo la llave en la cerradura de una de las dos puertas marrones y lustrosas. Bianca observó la de los vecinos: estaba segura de que alguien los observaba desde la mirilla. Se apostó para no ser vista y después siguió a su padre y al portero al interior del piso, cerrando la puerta tras de sí de un portazo.

–La terraza es una joyita –dijo el portero mientras subía las persianas de madera verde dejando que la luz blanca inundase las habitaciones y revelase los detalles. Había una cocina pequeña, un saloncito al que se accedía directamente desde la entrada y, atravesando una cortina de cuentas de colores se llegaba a la zona de los dormitorios, dos habitaciones pequeñas con un baño. Los radiadores estaban pintados de distintos colores: naranja, verde, rosa.

–Es una casa rara –comentó el juez, observando el papel estilo años setenta, estampado de flores amarillas, que cubría las paredes del dormitorio que daba a la terraza.

–El chico que vivía aquí –le informó el porterotambién era un poco rarito, si entiende lo que quiero decir. Ahora se ha ido a Londres, pero el propietario no ha tenido tiempo de volver a pintar, ustedes tenían prisa y esto es lo que hay.

Bianca se asomó a la terraza y divisó un mar de tejados y antenas de televisión. Al fondo, apenas si se distinguía una sutil franja de mar, color azul brillante.

–¿Quieres quedarte esta habitación? –le preguntó el juez a su hija–. Yo puedo dormir en la otra, no necesito mucho espacio.

Bianca asintió. Le gustaba el papel de pared con sus floripondios. Y, además, había un escritorio grande que le serviría para dibujar y pintar sin necesidad de tirarse en el suelo.

El juez se despidió del portero no sin dificultad, prometiéndole que pronto le entregaría una lista de las cosas que iban a necesitar, desde alguien que se ocupara de la limpieza a alguna tienda que les trajese la compra. Le metió cinco euros en el bolsillo y finalmente consiguió desembarazarse de él.

El silencio los envolvió por unos pocos segundos, hasta que el timbre empezó a sonar con insistencia.

–Soy Antonia, la vecina –exclamó una voz desde el exterior. El juez fue a abrir y se encontró frente a una mujer baja y robusta, vestida con una bata de cuadros sin mangas y unas pantuflas verdes de suela de goma. En la mano llevaba un plato de loza blanca cubierto por un trapo de tela–. Les he escuchado llegar y he pensado que quizá tendrían hambre después del viaje.

Entregó al juez el plato, que lo cogió con una sonrisa cansada.

–Muchísimas gracias. No debería haberse molestado, nos hemos tomado un bocadillo por el camino.

La mujer hizo un gesto de impaciencia.

–Tienen que ocuparse de una mudanza, ¿cómo van a arreglárselas solo con un bocadillo? –replicó–. Y encima, su mujer no está para cocinarles.

Bianca había permanecido escondida detrás de la cortinilla de cuentas, escuchando a hurtadillas. ¿Cómo es que aquella mujer sabía que su madre se había quedado en Milán? ¿Y por qué les traía la comida?

–Si necesitan cualquier cosa, no tienen más que llamar –continuó la señora Antonia, mientras asomaba la cabeza para echar una ojeada–. Casi siempre estoy en casa.

–Gracias de nuevo, señora, es usted muy amable –dijo el juez–. Le devolveré en seguida sus cosas –dijo el juez, cerrando la puerta con delicadeza, pero con mano firme.

Mientras su padre se retiraba al cuarto de baño para darse una ducha, Bianca se acercó a la mesa donde había dejado el obsequio de la vecina y levantó el trapo. Un intenso aroma a berenjena, salsa de tomate y albahaca le asaltó la nariz.

«Esto lleva por lo menos dos dedos de aceite», pensó, pero de todas maneras se dirigió a la cocina y hurgó en un cajón hasta dar con un tenedor. Cada bocado que se llevaba a la boca tenía un sabor extraño, como a casa ajena, a sol, a frito. No se parecía en absoluto a aquello que había dejado atrás, ni siquiera los olores o la

comida. De repente se sentía triste. Quizá había cometido una estupidez. Quizá habría hecho mejor quedándose con su madre, en Milán. En el instituto con sus compañeros. Salir huyendo hasta aquí con esa especie de oso que tenía como padre podía acabar de un modo desastroso.

Pero quedarse allí tampoco habría sido posible.

Bianca cerró los ojos y repasó aquel día que había tenido lugar hacía cuatro semanas.

Llovía y la mochila le pesaba, llevaba dentro al menos tres kilos de material de dibujo y libros de texto. Había echado a correr porque no llevaba paraguas, y después había decidido guarecerse en un portal. No debía de estar allí, sino sentada y calentita en su pupitre. Había estado vagando por el centro de la ciudad casi toda la mañana, sin propósito alguno, con la mirada puesta en los pies y los auriculares con la música a tope.

¿Por qué debería tener miedo a la muerte? No hay ningún motivo, antes o después hay que marcharse.

Había escuchado aquella estrofa de la canción «The great gig in the sky» por lo menos cien veces. Después, la lluvia la había obligado a guarecerse en un portal y a levantar la vista. En la acera de enfrente había un restaurante con un ventanal, a través del cual se veía gente comiendo. Su madre estaba sentada a una de las mesas, estaba sonriendo a un hombre. Un desconocido de cabello entrecano le daba de comer en la boca y le hablaba y, por lo que parecía, la hacía sonreír después de meses de depresión y silencio. Bianca no le había visto en su vida y en ese momento decidió que no quería volver a verlo nunca más. Con las lágrimas empapándole la cara y entremezclándose con las gotas de lluvia, había salido de allí corriendo, intentando interponer la mayor distancia posible entre ella y aquella escena repulsiva.

Todavía recordaba la sensación del pelo, largo y negro, pegándosele a la cara y al cuello como si fuese un manojo de algas, de las piernas que parecían no querer detenerse nunca. Recordaba el sabor a vómito después de salir del baño, en su casa. Su padre le había preguntado qué le pasaba, con el rostro surcado de arrugas recientes, y Bianca había vuelto a vomitar.

Se llevó a la boca otro trozo de berenjena a la parmesana para cubrir el recuerdo del regusto ácido mezclado con las lágrimas. En ese momento llamaron al portero automático.

–¿Es que no vamos a tener ni un momento de tranquilidad? –bufó, levantándose de un salto.

–Debe de ser el mensajero –dijo su padre desde el baño–. Estoy esperando un paquete. ¿Podrías bajar tú, por favor?

La idea de bajar y subir cinco pisos de escaleras no le apetecía para nada, pero no lo dijo. En lugar de eso, contestó y dijo al mensajero que esperase.

Cuando abrió la puerta de la calle, vio una furgoneta y a dos hombres que estaban descargando algo voluminoso. Para bajarlo, lo deslizaron sobre sus dos ruedas por una pasarela apoyada sobre el pavimento.

Bianca reprimió el impulso de ponerse a dar gritos de alegría mientras en su interior estallaban los fuegos artificiales. Incluso sonrió a la viejecita que todavía estaba asomada al balcón, empeñada en dar instrucciones a los dos transportistas.

Su Vespa. La vieja Vespa destartalada que no quiso mandar al desguace, que no quiso sustituir por un ciclomotor más moderno y manejable. Pensaba que no volvería a verla hasta Navidad.

Bianca se acercó a la Vespa y puso la mano sobre el acelerador, para asegurarse de que era la suya. Comprobó que la abolladura de la plancha delantera que Daniele le había hecho años atrás seguía como la había dejado.

–¿Firma usted? –le preguntó uno de los hombres mientras le pasaba un recibo y un bolígrafo. Bianca escribió su nombre y apellido en la parte inferior del documento, y después empujó la Vespa hasta el portal. La sujetó a un poste con una cadena que tenía enrollada bajo el sillín, y después de mirarla unos segundos, corrió al piso subiendo las escaleras de dos en dos.

–¡Papá!

El juez salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Estaba sonriendo.

–¿Qué pasa? ¿Ha llegado el paquete?

Bianca dudó un segundo, luego lo abrazó impulsivamente. Llevaba meses sin hacerlo.

–Gracias –le dijo.

–Te hará falta –comentó él avergonzado, mientras se deshacía del abrazo–. Yo estaré muy ocupado, así tendrás independencia para ir y venir a tu antojo.

Bianca sabía cuánto absorbía el trabajo a su padre, sobre todo desde hacía un año. Por eso se limitó a asentir.

–¿Te molesta si voy a dar una vuelta?

–¿Ahora?

–Sí, mientras tú terminas de instalarte. Así no seré un estorbo.

Un minuto más tarde estaba conduciendo. Delante de ella se abrían calles desconocidas. Sabía en qué dirección estaba el mar por el olor, como si emanase de él una especie de fuerza magnética. Y, también, porque lo había visto desde la terraza. Era extraño orientarse así. Delante, el mar, detrás, el resto. Se podía seguir la costa hacia el sur o hacia el norte sin perderse nunca. Bianca observó las gaviotas que revoloteaban encima de ella y de pronto vio el paseo marítimo.

A pesar de que hacía sol, el mar estaba revuelto. Era de un color azul rabioso salpicado de espuma blanca, que centelleaba como cuchillas veloces. Bianca imaginó la quietud y la oscuridad bajo las olas. Una quietud similar a la de la muerte, pero también repleta de vida y de energía.

Sonrió. Sabía que acababa de encontrar un amigo.

Querido Daniele:

Hoy he hablado con las olas.

Creo que en el mar yacen todos nuestros secretos. Viven junto a los peces pero las redes no consiguen capturarlos. Y aunque lo consiguieran, los secretos morirían en cuanto fueran expuestos a la luz del sol. Porque se nutren de oscuridad y de silencio. Como yo.

Bianca

III

Las chicas y los chicos del grupo B del último curso observaron a la recién llegada con curiosidad.

Una desconocida de piel demasiado clara, como si nunca la hubiera rozado ni un rayo de sol, con el pelo negro y ondulado, que hacía que sus ojos verdes parecieran más interesantes de lo que en realidad eran.

Guapa no era, dictaminaron las chicas. Al menos no en el sentido estricto de la palabra.

No llevaba maquillaje, salvo el esmalte desportillado de las uñas, color morado oscuro. No vestía de una forma rebuscada y parecía que no le gustasen demasiado los colores vivos: la falda por la rodilla era de color negro, al igual que la camiseta y las botas que llevaba a pesar de que todavía hacía calor.

No había sonreído a nadie de la clase. No había hablado demasiado, pero las pocas palabras que habían salido de sus labios las había pronunciado con un marcado acento del norte.

La Santoro, la profesora de Anatomía, la había invitado a que escogiera un pupitre y ella se había dirigido al fondo del aula, a la esquina más alejada de la ventana. Se llamaba Bianca Prandi. Sus dibujos no estaban nada mal, sobre todo los realizados a carboncillo. Y las notas que traía de su antiguo instituto indicaban que era una estudiante de las buenas.

–Hola –le susurró el chico sentado delante de ella, después de girarse–. Soy Leo.

–Hola –respondió ella educadamente. En seguida apartó la mirada y se puso a hurgar en su mochila. Por un segundo, el chico le había mirado las tetas. Detestaba que los hombres hicieran eso. Se preguntó cómo habría reaccionado Leo si en lugar de dirigirse a él mirándole a la cara, se hubiese puesto a charlar con su entrepierna.

Bianca extrajo el cuaderno de bocetos y el estuche. Inclinó la cabeza sobre la mesa y comenzó a dibujar, como les había pedido la profesora.

Cuando dibujaba, encontraba un cierto sentido en las líneas negras que trazaba sobre el papel. Eran como calles que la guiaban hacia un lugar solitario, hecho a base de música, pero también de silencio, donde el rumor del resto de la gente, de la ciudad, del transcurrir de un tiempo que nunca sería futuro, desaparecía.

No sabría precisar cuánto tiempo estuvo con la cabeza agachada, la mirada puesta en el folio, y el pelo cubriéndole la cara como si fuese una cortina.

–¡Eh! ¿Estás en este planeta?

La voz la trajo de vuelta al presente. Miró hacia arriba y vio el rostro sonriente y pecoso de una chica que parecía demasiado pequeña para estar en último curso.

–Ha sonado el timbre del recreo. ¿Vienes a dar una vuelta? –preguntó a la vez que le tendía la mano–. Me llamo Valeria, puedo ser tu guía turística, si tú quieres.

Bianca le estrechó la mano y asintió. Antes o después tendría que aprender a moverse en aquel instituto enorme y desconocido, por lo que decidió que lo de tener una guía no era mala idea. Le evitaría retrasos y hacer el ridículo.

–¿De dónde eres? –le preguntó Valeria después de andar un rato por los pasillos, sorteando chicos y chicas como si estuvieran en un videojuego.

–Pensaba que normalmente eran los turistas los que hacían las preguntas a la guía –respondió Bianca con una sonrisa tirante. Valeria no se percató de lo violento de la situación y se echó a reír. Una risa sana y vibrante.

–Tienes razón –exclamó–. ¿Qué es lo que quieres saber? ¿Dónde está el baño? ¿Quiénes son los camellos del instituto? ¿O quién es el chico más guapo?

–Venga, el chico más guapo –respondió Bianca, intuyendo que ésa era la respuesta más adecuada. Sabía que, evidentemente, Valeria le iba a enseñar al chico más guapo en *su* opinión. Le siguió el juego; observar a los demás era preferible a ser observada. Bajaron a la planta baja y salieron al gran patio cuadrado, en cuyo centro crecía un único y mísero árbol. Hacía un sol de justicia pero a los estudiantes no parecía importarles, ya que todos estaban a plena luz y casi todos vestían ropa veraniega. De hecho, algunos iban en chanclas. Bianca pensó que su madre, antes de salir de casa para ir al instituto, le había contado por teléfono que en Milán estaba lloviendo a cántaros. El típico otoño, frío y húmedo.

–Ahí está. Se llama Andrea –susurró Valeria, señalando con un gesto de los ojos a un chaval que estaba apoyado en una pared junto a unos amigos. Iban vestidos como de raperos, con vaqueros anchos y la gorra puesta de cualquier manera excepto la correcta.

–No está mal –comentó Bianca, aunque pensaba todo lo contrario. Demasiado bajo. Casi todos los chicos en el patio eran unos retacos. No es que ella fuese altísima, pero en cuestión de chicos, la altura le parecía importante. Y en cualquier caso no estaba interesada en ninguna relación que fuera más allá de ser compañeros de clase.

Valeria continuó charlando, mientras iba señalando un chico por aquí, una chica por allá, refiriendo distintas anécdotas y noticias picantes. Por lo que parecía, en aquel instituto la privacidad no era un concepto demasiado extendido.

–¿Vamos dentro? Tengo calor –dijo Bianca en el preciso instante en que sonaba el timbre y el patio empezaba a vaciarse.

–Tenemos que volver sí o sí –suspiró Valeria. Se encaminaron juntas hacia el interior, siguiendo la corriente–. Pero tu ropa no es la más adecuada. Aquí hace calor hasta octubre, me parece que has hecho el cambio de armario demasiado pronto.

Bianca se encogió de hombros.

–No me gusta llevar los pies al aire.

–Y en la playa ¿qué haces?, ¿vas con botas? –bromeó Valeria. Bianca, irritada, se giró para mirarla a la cara, pero vio que la otra no lo decía con malicia. Era una broma inocente.

–No voy.

–¿Nunca? –preguntó Valeria con incredulidad.

–Nunca.

–¿Y qué es lo que haces en verano?

Habían llegado a clase y el profesor ya estaba sentado a su mesa, así que se vieron obligadas a interrumpir su conversación y Bianca pudo volver a su sitio, a mirar las espaldas de los demás.

Era de noche cuando Bianca llegó a casa. Ya en el descansillo escuchó voces desconocidas junto a la de su padre, grave y profunda, provenientes del interior del piso.

Abrió la puerta con cautela, como si temiese molestar a alguien o como si esperase, contra toda lógica, que nadie se percatase de su llegada.

–Estás aquí –le dijo su padre a modo de bienvenida. Estaba sentado en el sofá junto a un señor bigotudo, con traje y corbata, de aspecto bonachón a la vez que severo. De pie, curioseando entre los libros de las estanterías, había un chico de pelo rubio, con vaqueros y camisa celeste–. Ella es mi hija Bianca.

–Por suerte no se te parece –bromeó el hombre del bigote–. Soy Dario Leone, un viejo amigo de tu padre. Él es mi hijo Paolo.

Se estrecharon la mano con cordialidad y a Bianca no le pasó desapercibida la sonrisa sincera del chico, que la observaba del mismo modo que antes había hecho con los libros: estudiándola minuciosamente. Al menos no le había mirado las tetas.

–¿Os quedáis a cenar? –preguntó el juez levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina, donde ya había una olla puesta a hervir.

–No queremos molestar –respondió Leone sin mucho convencimiento.

–No es ninguna molestia –replicó el juez desde la cocina–. Mi vecina se empeña en traerme la comida, está convencida de que moriré de hambre sin mi mujer.

Los dos hombres se rieron.

–Bueno, si es cocina casera –concluyó Leone–, entonces es una oferta que no puedo rechazar.

Leone se reunió con su amigo para echarle una mano y Bianca, finalmente, se decidió a dejar caer la mochila al suelo. Sentía los ojos de Paolo clavados en ella. Le devolvió la mirada un segundo, y a continuación empezó a poner la mesa para huir de una posible conversación.

–Tenéis unos libros un poco raros –comentó Paolo.

–No son todos nuestros –replicó Bianca, mientras sacaba el mantel de un cajón del mueble de la sala de estar–. Esos tan tristes con las tapas azules o granates y letras doradas son de mi padre. Esos tan divertidos sobre diseño o sobre juguetes años sesenta son del antiguo inquilino.

–Tu padre ha dicho que te gusta dibujar –dijo Paolo.

–Más o menos.

–Yo soy un negado para eso. Ni siquiera soy capaz de sostener un lápiz en la mano –comentó él–. De hecho, estoy haciendo el bachillerato tecnológico. Ya sabes, temas de contabilidad, cálculo y números, y muchas tablas con datos.

–Es lo que tiene usar el hemisferio izquierdo del cerebro, no es tu culpa.

Paolo soltó una risita.

–Entonces, ¿qué te parece la ciudad? ¿Estás a gusto?

Bianca se encogió de hombros. Ya había respondido a demasiadas preguntas, estaba cansada de aquel interrogatorio. Y además, le daba la sensación de que Paolo quería ganarse su confianza demasiado rápido, como si sintiese que la amistad entre sus padres le autorizaba.

Por eso se alegró de que los dos regresaran al salón trayendo consigo las bebidas y una fuente de pasta humeante. Puede que Paolo cerrase el pico mientras comía.

Y, como había previsto, su padre fue el que monopolizó la conversación. Después de un par de chistes, Bianca dedujo que Leone era comisario de policía y no se sorprendió. Los amigos del juez solían encajar en ciertas categorías, todas ellas ligadas de alguna forma a su trabajo.

–En fin, yo digo que deberíamos volver a interrogar a ese agricultor –estaba diciendo al comisario, que llevaba casi cinco minutos rallando parmesano sobre su plato. Bianca pensó que, de seguir así, la montaña de queso acabaría sepultándolos a todos–. En mi opinión no nos ha dicho la verdad.

–Tú no conoces a la gente de esta zona, Francesco –replicó Leone–. Si los presionas demasiado, se cierran en banda. Debemos andarnos con cuidado.

–¡Pero no tenemos tiempo! –exclamó el juez. Bianca notó que se le habían puesto rojas las orejas. Le sucedía cada vez que se acaloraba por algo. En los últimos tiempos, sólo cuando hablaba de trabajo–. Debemos actuar más rápido que ellos.

–Déjame terminar mi investigación –insistió Leone, mientras revolvía su plato, donde el queso se había convertido en una plasta blanca–. Te digo que esa gente no es de por aquí. Antes de hacer el próximo movimiento, debemos tener claro quiénes son y sobre todo quién los ha enviado.

Mientras los dos discutían animadamente, Paolo se inclinó hacia Bianca.

–Se trata de una red de tráfico de residuos tóxicos –le dijo en voz baja–. Parece ser que se trata de un clan en busca de tierras para llevar a cabo vertidos ilegales. Se

han puesto en contacto con varios agricultores y algunos incluso han sido amenazados.

–¿Ah, sí? –dijo ella, no demasiado interesada. En la medida de lo posible evitaba conocer los detalles del trabajo de su padre. Lo normal era que se tratase de crímenes espantosos que él creía que podía resolver, castigar o incluso prevenir. El hecho de que la mayoría de las veces no consiguiera hacer justicia no lo alteraba lo más mínimo. Era de esas personas que siempre caminan hacia delante; Bianca pensaba a menudo que quizá estuviese ciego, ciego por dentro, y que no quería ver la realidad tal y como era: injusta.

–Es algo grande, un pez gordo del norte, todavía no se sabe qué industrias están involucradas –añadió Paolo, dándoselas de experto–. Tu padre y el mío están siguiendo una pista para detener a los responsables antes de que pasen a la acción.

Bianca continuó masticando.

–¿Es que tú también eres policía? –le preguntó sarcástica, antes incluso de tragarse el bocado.

–Puede –murmuró Paolo, orgulloso–. Cuando me gradúe, quiero entrar en la policía científica. Me gustaría seguir los pasos de mi padre, pero a mi manera.

–Qué emocionante –comentó ella.

Paolo la miró con cara de desilusión.

–Eso no es lo que piensas, ¿verdad? –le preguntó–. A juzgar por tu cara no parece importarte ni lo más mínimo lo que digo –Paolo la observó con resentimiento–. Perdóname si he dado la impresión de querer invadir tu intimidad. Acabas de llegar y he pensado que te gustaría conocer a alguien.

Bianca, sonrojada, se escondió por un instante detrás del pelo, fingiendo que se lo peinaba con los dedos.

–No pretendía ser descortés –le dijo–. Y no creo en la justicia.

–¡Bianca!

Su padre la reprendió con sequedad, en un momento de silencio imprevisto.

–Olvídalo –añadió ella, girándose hacia Paolo–. Mi padre no quiere que diga cosas así. De hecho, ni siquiera quiere que las piense. Por suerte, mi cerebro todavía no está dentro de su jurisdicción.

A continuación hubo unos instantes embarazosos, y Leone observó a su amigo con expresión interrogante. El juez se encogió de hombros y trató de sonreír.

–Adolescentes. Creen que conocen el mundo y, en realidad, ni siquiera se conocen a sí mismos.

Leone se relajó.

–Ah, sí, y las mujeres ¡son tan complicadas! –exclamó mientras se servía vino–. Si tuviese una hija, también necesitaría el manual con las instrucciones.

Bianca los dejó hablar.

También dejó que Paolo continuase dirigiéndole miradas extrañas durante el

resto de la velada. Se limitó a ignorarle y, cuando le resultó posible, fue a encerrarse en su habitación con la excusa de que tenía deberes. Después de clase había estado dando vueltas con la Vespa durante el resto de la tarde, y ahora tenía que aprovechar las últimas horas del día para hacer los ejercicios de dibujo.

Cogió el cuaderno de bocetos, afiló un lápiz graso y comenzó a deslizarlo sobre el papel con la perfección que la caracterizaba.

IV

–¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!

El cántico de los chicos terminó con un estruendo de aplausos y carcajadas. Sobre uno de los pupitres del centro de la clase había una tarta con velas y, dispuesta a soplarlas, Carla Parente, una chica de cabello rubio y corto que sonreía a sus compañeros y a la profesora Santoro.

Bianca observaba las dieciocho llamitas desde su posición apartada y cuando se apagaron, sintió una punzada en el corazón. Dentro de poco también le tocaría a ella cumplir la mayoría de edad y podría decidir si quedarse o marcharse. Al menos en teoría.

–¿Vendrás a la fiesta, Bianca? –le preguntó Valeria, agitando la tarjeta de invitación que Carla acababa de repartir en la clase.

–Quizá –respondió ella con vaguedad. Detestaba las fiestas, sobre todo las de cumpleaños, aunque no siempre había sido así.

–Deduzco que no –añadió Valeria–. Deduzco que no eres la típica chica que va a la discoteca y demás eventos mundanos.

–Efectivamente, no –suspiró Bianca. Carla estaba cortando la tarta y distribuyendo las porciones en platos de plástico, mientras la profesora fingía estar enfadada porque le estaban restando tiempo a su clase. A juzgar por la sonrisa que iluminaba su cara, debía de ser una de esas profesoras que se emocionaba siempre con el cumpleaños de sus alumnos.

–No vas a la playa y no vas a fiestas –continuó Valeria con tono jovial y despreocupado–. Entonces, ¿qué haces para divertirte?

Parecía realmente interesada en el tema y Bianca se preguntó por qué. En el fondo, llevaban juntas en clase muy pocos días. Eran dos extrañas encerradas en un mismo lugar por pura casualidad. Pero Valeria despertaba su curiosidad. Las pecas que tenía en la cara parecían fuegos artificiales. Toda su persona desprendía alegría, como si viviera en una Navidad eterna, con la excitación de los regalos, de las sorpresas, de estar junto a las personas queridas.

Por un segundo, Bianca la envidió.

–Me gusta dibujar y escuchar música.

–Ya, y a mí también. Pero yo me refería a lo que haces para divertirte con los demás. Ya sabes, con la gente, con nosotros, pobres mortales.

–Yo diría que nada. No conozco a nadie.

–Me conoces a mí.

–Es cierto, pero en el fondo no te conozco, ya sabes a lo que me refiero.

–Para nada –respondió Valeria. El resto de la clase estaba coreando a gritos el nombre de la Santoro y las dos chicas se distrajeron de su conversación para ver lo que estaba sucediendo.

–¡Porfa profe! –le suplicaba el imbécil de Leo. Un equipo de música portátil había aparecido de la nada–. ¡Sólo cinco minutos, para celebrarlo!

–Ni hablar –se negó la profesora, entre risas. Luego se detuvo a pensarlo un momento–. A menos que a alguno de vosotros le apetezca entretenerse conmigo después de clase, para echarme una mano y poner en orden el aula del tercer piso.

Un «noooooooo» unánime retumbó contra las paredes del aula.

Bianca levantó la mano.

–Yo me quedo –anunció, y el coro se transformó en una nueva explosión de entusiasmo.

Leo encendió el equipo y puso un tema de *house* muy conocido, una música machacona que obligó a la Santoro a refugiarse en su mesa, entre los papeles. Todos bailaban menos Bianca.

–¡La verdad es que estás como una cabra! –le gritó Valeria, que brincaba a su lado–. El aula del tercero es una catacumba de la que no saldrás viva.

Ella se encogió de hombros mientras esbozaba una sonrisa. Volver a aquella casa ajena, sola, no era demasiado alentador. Así al menos tendría algo que hacer, fuera lo que fuera. Y quizá, con suerte, los demás la tacharían de empollona o de lameculos y mantendrían las distancias con ella. Era difícil acostumbrarse a aquel buen rollo que hacía que todos parecieran tan amigos.

–¿Prandi? –la llamó la profesora–. Ya que pareces tener un cociente intelectual más elevado que el de tus compañeros, ¿te importaría echarme una mano también con este listado? Será un minuto.

Bianca asintió y se acercó.

–Veamos, díctame las faltas de Lambiase, dime las fechas exactas.

Mientras recorría con el dedo las líneas horizontales del listado, Bianca pensó que aquella tarea era completamente inútil. Desde principio de curso, Manuel Lambiase no había ido a clase casi nunca. De hecho, ella nunca lo había visto. Se limitó a dictar las fechas a la Santoro sin hacer preguntas.

–Se está pasando –comentó la profesora, mientras escribía con rapidez–. Sé que repitió un año en su antiguo instituto. Si sigue así, tendremos que avisar a la familia.

Le gustaba el instituto desierto.

Bianca caminaba por los pasillos y escuchaba el resonar de sus pasos sobre las baldosas. Las puertas estaban cerradas, las luces apagadas, el silencio envolvía el pasar del tiempo y discurría sin la obligación de marcar las horas con un timbrazo

automático. Era agradable pensar que aquellas habitaciones, aquellas sillas gastadas, continuaban existiendo aun cuando nadie las veía.

Acabó de comerse el bocadillo que había comprado en el bar de enfrente del instituto y siguió las indicaciones de la profesora. La escalera estaba al fondo del segundo piso. Normalmente, un banco situado delante del primer escalón impedía el acceso, pero ahora había sido retirado.

Las habitaciones del tercer piso servían para almacenar y archivar los trabajos de los estudiantes, sobre todo aquellos realizados para los exámenes finales del último curso, y para guardar las grandes escenografías diseñadas para la obra de teatro anual.

Se respiraba un olor a polvo, pintura seca y arcilla. Bianca inspiró con fuerza y se sintió en su salsa. La única puerta abierta, en mitad del pasillo a oscuras, dejaba pasar una rendija de luz, indicándole la localización de la profesora Santoro.

–Hola, Bianca –le dijo cuando la escuchó llegar. Estaba luchando contra un montón de cartulinas enrolladas que se retorcían como anguilas y no paraban de caerse del escritorio–. Éste es nuestro pequeño museo –le explicó, divertida.

Tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías hasta el techo. En sus baldas había esculturas apiñadas de varios tamaños, planchas de bajorrelieves, grabados en cobre y otros muchos cachivaches no identificados.

La cuarta pared estaba ocupada por dos ventanas desde las que se divisaba el mar.

No era la pequeña franja que se veía desde la terraza de su casa, marcada por las antenas de televisión, sino una gran extensión de agua que llegaba hasta el horizonte.

–Es precioso, ¿a que sí? –comentó la profesora siguiendo su mirada–. Siempre he pensado que es una verdadera pena no utilizar estas habitaciones como aulas.

–Puede que nuestras obras de arte se merezcan una vista hermosa más que nosotros –replicó Bianca, y la Santoro se echó a reír, creyendo que estaba de broma.

–Pongámonos a trabajar y en un par de horas habremos acabado. Hay que seleccionar las cosas más viejas para tirarlas y hacer sitio a las nuevas. Para las cartulinas tenemos ese archivador con láminas protectoras de plástico –le explicó–. Tira al suelo los trabajos que tengan más de cinco años. Y también los que te parezcan horripilantes –añadió, guiñándole el ojo.

Bianca seleccionó una pared y comenzó a revolver en los estantes más bajos, llenándose de inmediato las manos de polvo.

Arrojó casi todo en medio de la habitación; muchos trabajos databan de antes del año 2000, llevaban la firma de chicos que ahora ya serían adultos, tendrían una carrera, se habrían casado. Imaginó qué tipo de personas podrían haber sido de adolescentes y, por un segundo, fue como si escuchara sus risas, conservadas en aquellos pasillos para siempre.

–Si pudieran hablar –dijo Bianca–, sabríamos la historia de todos los antiguos alumnos. Sus amores, sus penas.

La Santoro alzó la vista para mirarla.

–Te parecerá extraño, pero en mi trabajo he aprendido que, en el fondo, los chicos son todos iguales –comentó–. Las generaciones pasan pero los amores y las penas son siempre más o menos los mismos.

«No para todos», pensó Bianca. Y se dio cuenta de cuán anónimos los estudiantes debían de parecer a los profesores, los unos sentados en sus pupitres y los otros entronados en su tarima. Cada uno de ellos no era más que un apellido, una nota, un recorrido de cinco años que terminaba apresuradamente, puede que sin dejar rastro. «El tiempo todo lo borra. El tiempo todo lo cura. Y también captura los peores momentos como si fueran pequeñas gotas de ámbar», pensó con amargura.

Las esculturas eran horripilantes. Máscaras deformes de mirada vacía que Bianca eliminó sin piedad. Seguro que ningún escultor había salido de aquel instituto. A veces, la arcilla se deshacía entre las manos por los puntos más frágiles: nariz, orejas, labios.

En el fondo de un estante, oculto entre el polvo y la penumbra, Bianca encontró algo interesante: una pequeña tortuga que parecía de verdad, congelada en el blanco de la escayola, con las patas rugosas y las uñas trabajadas al detalle. Le dio la vuelta y vio que tenía grabado en la panza lo siguiente: «"El tiempo todo lo da y todo lo quita", Giordano Bruno. L. D. 1997 5 ºC».

Sin preguntar a la profesora, que quizá no lo hubiera permitido, desempolvó la tortuga con delicadeza y se la metió en el bolsillo de la sudadera. Le pareció un buen presagio, un amuleto para su nueva vida.

Las dos horas pasaron lentamente y, cuando por fin terminaron, el sol se estaba poniendo. Bianca, antes de salir, echó una ojeada al mar, que se había oscurecido preparándose para el ocaso. Era majestuoso, de un tono de azul profundo entre la negrura de la noche y la luminosidad del día. La hora en la que la luz mostraba el camino ablandando las sombras.

–He notado que eres una gran apasionada del arte –le dijo la Santoro antes de despedirse, junto a la entrada del instituto–. Si tienes tiempo libre, podrías realizar un voluntariado en el museo municipal de arte contemporáneo. Es pequeño pero bonito.

La mirada de Bianca se iluminó.

–¿Lo dice de verdad? Me encantaría.

–Bueno, entonces déjate caer por allí alguna vez –continuó la profesora, contenta–. Yo voy todos los martes, puedo informarte y asignarte un turno.

Cuando Bianca se subió a la Vespa aceleró sin abatir la patilla, como le había

enseñado Daniele. La moto dio un pequeño bote que hizo rechinar la carrocería y derrapó justo antes de meterse en la calle.

Condujo bordeando la costa y dio un rodeo para llegar a casa. El olor a sal era tan intenso que se quedaba prendido en el cuerpo.

«El tiempo te da y te quita», pensó. Puede que para ella hubiera llegado el momento de recibir.

Querido Daniele:

Uno se siente más solo con tanta gente alrededor.

Todos te hablan, te preguntan, te tocan. Pero ninguno sabe qué escondes, qué hay dentro de ti, detrás de tu cara, tu pelo, tu ropa.

¿Cómo es posible estar tan cerca de los demás y a la vez tan lejos?

El único que siento junto a mi corazón eres tú y sin embargo, no puedo verte, ni tocarte, ni preguntarte cómo estás. ¿Cómo estás? Me lo pregunto a menudo. Y también me pregunto si tú también te sientes tan solo.

Bianca

V

Cuando esa mañana entró en clase, su sitio habitual estaba ocupado.

En él había un chico desconocido de piernas tan largas que apenas si cabían en el pupitre, tenía que doblarlas para estar cómodo.

Bianca lo miró y por un segundo no consiguió apartar la vista de sus ojos negros y serios. Él la escrutó como preguntándose por qué demonios lo miraba tan fijamente. Alzó el mentón un milímetro, pero no era un gesto de saludo.

–Estás sentado en mi sitio –le dijo ella, inclinando la cabeza ligeramente, de modo que el pelo le cubría el rostro.

–No he visto tu nombre escrito en ningún lado.

La respuesta fue tan inesperada que Bianca se quedó con la boca abierta, como los peces que veía todos los días en los puestos de debajo de su casa.

–Pero yo…

–Búscate otro sitio. Quiero quedarme aquí –la interrumpió él con cara de pocos amigos.

Ella sintió que la cara le ardía, pero no dijo nada. Se escabulló hasta el único sitio libre, junto a Valeria, con los ojos inundados de lágrimas e indignación. De haber sido un chico, se las tendría que haber visto con él. Había reprimido el impulso de darle una bofetada tan sólo porque había visto en sus ojos algo que no le gustaba. Tenía la mirada turbia.

–Ése es el otro chico nuevo –le siseó Valeria–. Vaya con el tío, me da escalofríos.

Bianca, todavía con el corazón agitado, se giró ligeramente para mirarlo. Él había permanecido inmóvil y absorto, con la mirada puesta en la pizarra.

–Aunque es muy guapo –añadió Valeria con una risita maliciosa–. ¿No te parece?

–No –mintió Bianca.

–Yo creo que pasa drogas.

–Yo creo que es un gilipollas arrogante –replicó Bianca, pensando que se comportaría como un matón con el resto de la clase.

Pero durante las dos primeras horas, el chico no se movió. Parecía escuchar cada palabra. Cuando la profesora pasó lista, él respondió «presente» al escuchar el nombre de Manuel Lambiase. Tenía una voz cálida y firme. No sonreía, no buscaba a los demás con la mirada.

Durante el recreo desapareció. Mientras Bianca seguía a Valeria en su habitual ronda de reconocimiento en busca del rapero retaco, se encontró a sí misma buscando sin querer a Manuel entre la gente, pero era como si se hubiese volatilizado.

Después, en el patio, lo localizó en una esquina, donde estaba leyendo una revista de coches y motos. Parecía no darse cuenta de que medio instituto lo estaba observando. La mitad femenina. Había una gran expectación entre las chicas, quizá porque Manuel parecía creado con la intención de probar si la combinación guapo-y-misterioso surtía efecto entre ellas. Así era. Él no miraba a nadie y todas lo miraban a él.

Bianca estaba mosqueada. Era algo insoportable.

–¿Nos vamos, por favor? –preguntó a Valeria. Ni siquiera esperó a que le contestase, simplemente se dio media vuelta y regresó a la planta de arriba, a la clase.

A la salida del instituto el espectáculo continuó. Manuel tenía una moto deportiva negra aparcada en medio de un mar de ciclomotores juveniles y anodinos. Era un modelo caro, perfilado por el viento –o al menos ésa era la sensación que había querido transmitir el diseñador– que cuando arrancaba emitía un estruendo seguro y profundo, similar al rugido de un tigre, algo que provocó que la mitad del instituto se girase, la mitad masculina esta vez.

Manuel se caló el casco negro sin mirar a su alrededor. Respondió con monosílabos a las preguntas curiosas de los chicos que se habían congregado en torno a él, parecía fastidiarle llamar tanto la atención, tenía la mirada fija en el cuentaquilómetros.

A Bianca le pareció un falso. Si no quería hacerse notar, podía haber venido a pie, en lugar de dar caña a ese monstruo horrible delante de todos.

Lo observó escabullirse entre la multitud, bajando la visera negra y acelerando al máximo tan pronto como se hizo un hueco en la calle frente a él.

–A Bianca Prandi le toca con… –la profesora de Arquitectura, la Parisi, recorrió un listado escrito en una hoja fotocopiada– …Manuel Lambiase. Para el trabajo sobre la catedral tendréis que…

–No.

Bianca la había interrumpido con brusquedad. Se dio cuenta de que había alzado la voz y se ruborizó, avergonzada. Todos la estaban mirando con cara de interrogación.

–¿Qué mosca te ha picado? –le susurró Valeria.

–Perdóneme, profesora –repuso ella, mientras tragaba saliva varias veces en un intento por mantener el control. El corazón le latía demasiado deprisa, seguramente la voz le temblaba–. No creo que pueda ser la pareja de Lambiase. Para el trabajo, me refiero.

Alguno se rió, pero la profesora parecía perpleja.

Manuel, en su pupitre, la observaba con expresión neutral. Como si ni siquiera la viese. Era como si su protesta no le perturbase en absoluto.

–Es decir, yo… –añadió ella– preferiría a alguien que fuera de por aquí, para conocer mejor la ciudad…

Era una escusa barata, pero pareció surtir efecto porque la profesora arrugó la frente y volvió a ojear el listado.

–Lo siento, Prandi –concluyó–. Desgraciadamente, las parejas para los trabajos en grupo se formaron el año pasado. Si te pongo con otra persona, Lambiase se queda colgado. Estoy segura de que con un buen plano y quizá una guía os resultará divertido descubrir la ciudad vieja solos.

A continuación, sin dejar lugar a réplicas, pasó a explicar el proyecto, que consistía en realizar unos alzados del monumento que cada pareja tenía asignado.

Bianca estaba furiosa. Se escondió detrás del pelo y sin que nadie la viera, se colocó los auriculares del reproductor Mp3 en los oídos y puso la canción «Brain damage» de Pink Floyd a todo volumen. *Tengo un loco en la cabeza*.

Dejó que sonara el timbre, que cambiase el profesor una vez y dos, hasta el recreo, limitándose a dibujar como una posesa en el cuaderno de bocetos.

–Joder, sí que te lo has tomado mal –comentó Valeria, sabiendo que no la podía escuchar y observando la imagen de un gran cementerio que su amiga estaba componiendo en la página. Tumbas, cruces, lápidas y cuervos negrísimos posados por doquier. La chica fingió no haber visto que en una de las lápidas aparecía escrito «Manuel Lambiase» y se marchó sola al patio, imaginando que Bianca no quería ser molestada.

Cuando, a pesar de los auriculares, notó que a su alrededor se había hecho el silencio, Bianca dejó caer una lágrima. Fue a parar al cuaderno, donde se convirtió en un charco que emborronó las líneas de lápiz, parecidas a surcos negros. Se las secó rápidamente. En el fondo, no eran más que deberes. Podían hacerlo deprisa y dejarlo ahí, no tendrían que confraternizar mucho. Ni siquiera sabía por qué había reaccionado de ese modo. Por supuesto que no era la primera vez que tenía que vérselas con un compañero de clase que se creía el amo del mundo. De su pequeño y estúpido mundo.

Levantó la cabeza y se libró del pelo que le tapaba la cara, como si se sintiera más segura sólo de pensar en ello. Y se lo encontró de frente.

Estaba sentado en la mesa del profesor, leyendo su revista habitual de coches y motos.

Bianca no tuvo tiempo de hacer nada porque él alzó la mirada y la observó. Estaba moviendo los labios para decirle algo, pero la música estaba todavía demasiado alta como para escuchar sus palabras.

Lo vio bajar de la tarima y dirigirse hacia ella, así que volvió a ponerse a dibujar, insistiendo tanto con el lápiz sobre la misma línea que casi agujerea el papel.

Manuel alargó una mano y ella advirtió el calor de su piel en su propio rostro,

sin osar a moverse para apartarse. Le quitó uno de los auriculares, tirando ligeramente del cable y rozándole la oreja.

–Te preguntaba qué estás escuchando –le dijo.

–No es asunto tuyo –respondió ella cuando recuperó la voz. No le gustaba la posición dominante que él ocupaba, de pie, observándola desde arriba.

Manuel no se ofendió con su respuesta pero no se detuvo ahí. Se puso a examinar el dibujo y luego se echó a reír, a la vez que señalaba su propia tumba. Bianca escuchó su risa mezclada con la letra y los acordes de Pink Floyd, en un efecto extraño. Se quitó el otro auricular.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia? –estalló–. Significa que me gustaría verte muerto.

–No eres la única –comentó él. Bianca pensó que era el típico chiste de machote que se cree el centro del universo y soltó un bufido–. ¿Se puede saber qué he hecho para que la hayas tomado conmigo?

–¿Y tienes la cara tan dura como para preguntármelo?

Él parecía no comprender. De repente, sus ojos centellearon, como si ya se acordara.

–El sitio.

–Querrás decir mi sitio.

–La única otra silla que estaba libre era junto a esa tía tan charlatana –le explicó él–. Eres una chica, estarás bien ahí.

Bianca no respondió. No trató de explicarle que la prepotencia no se justifica de ningún modo y que clasificar a los demás tomando como única base los órganos genitales era un criterio totalmente banal. Se calló y volvió a mirar su dibujo como si concentrándose lo suficiente pudiese introducirse dentro de él.

–Te propongo un trato –continuó Manuel–. Tú me dices lo que estás escuchando y yo te enseño lo que estoy leyendo.

–Veo perfectamente lo que estás leyendo, ni que fuera ciega.

–Bueno, las apariencias engañan –replicó él.

A Bianca le picó la curiosidad. ¿Qué quería decir? Y sobre todo, ¿por qué aquel tío estaba allí charlando como si fuera un viejo amigo cuando hacía días, desde que había llegado, que no le dirigía la palabra a nadie?

Pensó que, de todas formas, iban a tener que hacer el trabajo juntos, por lo que asintió, tomándose aquel juego como una especie de tregua conveniente.

–Estoy escuchando música clásica –mintió. Él emitió un silbido de admiración (o de burla) y abrió su revista por la mitad. Se la puso delante y ella comprobó que en el interior había unas fotocopias.

Bianca leyó algunas líneas, parecía un ensayo sobre escenografía. Hablaba de espacios, volúmenes, entradas y salidas.

–¿Qué demonios es esto? –preguntó, perpleja.

–*El potencial de los espacios* –respondió él, al tiempo que se sentaba a su lado en el pupitre. Bianca apartó la silla, más para distanciarse que para dejar sitio a sus piernas–. ¿A ti no te gusta el espacio?

–Sí, cuando los demás no me lo invaden –respondió ella, satisfecha de tener la réplica preparada. Le sucedía raras veces, y casi siempre era producto de la rabia.

–Entiendo que eres de las que prefieren ir por libre. Me parece bien –dijo él–. Pero tenemos que hacer un trabajo juntos y deberíamos llegar a un acuerdo ventajoso para ambos.

Bianca cerró el pico. Él sacó la cartera del bolsillo de atrás de los vaqueros y la abrió. Sacó dos billetes de cincuenta y ella tuvo la ocasión de comprobar que allí dentro había muchos otros iguales.

–Si piensas que puedes comprarme, tú… –dijo, irritada.

–Un distanciómetro –la interrumpió él a la vez que le tendía el dinero.

–¿Qué? –Bianca estaba confundida. ¿De qué estaba hablando?

Él suspiró.

–Para hacerlo más rápido, nos hace falta un medidor láser. ¿No querrás ponerte a medirlo todo a mano?

Ella parpadeó.

–¿No?

–No. Yo no tengo tiempo de comprarlo. ¿Puedes encargarte tú? –dijo él, que seguía tendiéndole el dinero–. Imagino que nunca has estado en una obra. Es un aparato que sirve para tomar medidas simplemente apuntando con un láser.

–Vale –consiguió decir Bianca–. Un distanciómetro.

–Perfecto. Con eso lo haremos en un segundo –exclamó él, satisfecho–. No quiero empezar con una mala nota.

Manuel notó la expresión escéptica de Bianca y le sonrió.

–¿Qué pasa? ¿Pensabas que me importaba una mierda?

–La profe dice que estás repitiendo –le replicó ella, y vio que le había dolido. La mirada de Manuel se nubló por un instante y sus ojos se volvieron turbios y lejanos de nuevo.

–He estado enfermo –dijo en voz baja. Había vuelto a alzar el mentón como el día que se habían visto por primera vez, y Bianca se sintió incómoda. Tuvo que refrenar el impulso de apartar aún más la silla sólo porque temía ofenderle–. Muy enfermo. Perdí demasiados meses de clase y tuve que repetir curso.

–Lo siento –dijo ella, y lo dijo con sinceridad. Se preguntó si se habría repuesto del todo o si sería una de esas enfermedades horribles que te consumen hasta que te mueres. Lo analizó pero no fue capaz de ver en él ninguna señal de mala salud. Tenía el pelo espeso, negro y ondulado. Sano. Un tono de piel aceitunado, y el color saludable de los que pasan mucho tiempo al aire libre. La mirada brillante e inquieta no dejaba traslucir ningún tipo de debilidad.

Cuando sonó el timbre y Manuel volvió a su sitio, le vio abrir la revista de coches y continuar leyendo las fotocopias sobre escenografía. Era de nuevo el chico impasible y distante, y así lo hallaron los compañeros que regresaban del recreo.

–Por Dios, ¿es que sólo lee esa mierda de revista? –comentó Valeria, sentándose.

Mientras le contaba los últimos cotilleos que había recopilado en el patio, antes de que el profesor los hiciera callar a todos, Bianca borró el nombre de Manuel de la tumba usando la pequeña goma del extremo del lápiz.

VI

–Entonces, ¿cómo te encuentras?

Su madre usaba un tono sospechoso. Demasiado alegre, demasiado ligero. ¿Dónde habían quedado los meses de silencio y llanto solitario? Bianca suspiró en el auricular, imaginando al hombre de pelo entrecano que le secaba las lágrimas. Que conseguía lo que ni ella, su hija, ni su marido, habían sido capaces de hacer: devolverle la sonrisa.

–Estoy bien. El instituto no está mal.

Hacía girar con las piernas el sillón con ruedas en el que estaba sentada ante el escritorio, a la vez que acariciaba la tortuguita de escayola que descansaba junto al ordenador.

Había pensado pintarla de colores, pero luego le había parecido mal alterar la obra del artista desconocido.

–¿Y tu padre? ¿Cómo está?

–Pregúntaselo a él –respondió Bianca. Hacer de espía no iba con ella. Su padre estaba como de costumbre, enterrado en sus papelotes. Y no sospechaba ni lo más mínimo que su mujer le estuviera poniendo los cuernos.

–Oh, ya sabes que no habla mucho –replicó su madre con tono resignado.

–Bueno, pues la verdad es que tú tampoco –añadió Bianca. En los últimos doce meses, antes del traslado, antes de la escena del restaurante, su madre había pronunciado una media de diez palabras al día. Las había contado. Casi cuatro mil palabras al año para mascullar lo indispensable antes de volver a encerrarse apresuradamente en su dolor egoísta.

–Estamos hablando, ¿no? –replicó su madre, resentida. Seguro que no quería que le echaran nada en cara. Era imposible tratar de discutir acerca de sus errores y de sus faltas.

–Por fin te has decidido a comunicarte con nosotros –dijo Bianca con un tono hastiado. Sin darse cuenta, había abierto el cuaderno de bocetos y había comenzado a trazar un rostro.

–Estoy tratando de arreglar las cosas. Con vosotros lejos, me resultará más sencillo recomponerme. Sabes que aquello que sucedió hace un año…

–No quiero hablar de eso. Ahora no –la interrumpió Bianca, alterada. Para ella era imposible afrontar el tema del accidente. Era algo que había encerrado en su interior y allí era donde debía permanecer. Y, de todas formas, no quería hablar de eso con ella, porque era posible que en ese momento tuviera junto a ella al hombre de pelo gris y, por eso, sólo por eso, se sintiera más fuerte.

–Como quieras –accedió su madre–. Bueno, ahora tengo que irme, tengo una reunión en el colegio.

«Sí, claro.»

–Hasta pronto.

–¿Bianca?

–¿Sí?

–Sabes que puedes volver cuando quieras. Aquí siempre me tendrás a mí, a tus amigos, tu cuarto.

«Allí no queda nada de nada.»

–Gracias, lo sé –respondió, sin dejar de dibujar. Por fin consiguió despedirse y colgar el teléfono. Odiaba esas llamadas, respondía únicamente para que su padre no sospechara. Decidió que, de ahora en adelante, dejaría el móvil en casa para evitarlas mejor.

Tuvo que contener el llanto. Después miró el dibujo, para darse cuenta de que el rostro que había trazado tenía unos rasgos familiares; se dio prisa en borrarlo, pero lo hizo con tanto ímpetu que rasgó el folio.

El casco antiguo estaba protegido por unas murallas macizas y elevadas de piedra clara que al atardecer se teñían de los tonos dorados del sol y, de noche, se volvían anaranjadas a la luz de las farolas. En el exterior, el tráfico y las tiendas de la vida moderna. Dentro, un dédalo de callejuelas pobladas de individuos de mirada curiosa, que advertían rápidamente la llegada de un extraño por el simple hecho de que allí todos se conocían desde hacía generaciones.

Bianca caminaba con la cabeza baja. O al menos, eso intentaba. Su padre le había advertido al menos veinte veces que tuviera cuidado, que no se pusiera colgantes ni reloj, que aquellas calles estrechas eran famosas por los robos realizados con maestría, a la velocidad de la luz. Cada vez que sentía el ruido de una moto que se aproximaba, se apretaba contra la pared y siempre se quedaba pasmada al comprobar que eran niños de diez u once años los que conducían esos tanques enormes, a menudo apoyados en una sola rueda. Solían montar de dos en dos, incluso de tres en tres, e iban a todo gas por los callejones gritando y riendo, envolviendo a Bianca en una nube de humo negro.

Andar mirando al suelo era difícil. Cada esquina despertaba su curiosidad y las personas sentadas a la puerta de las casas le hacían gestos de saludo, como si la conocieran, mientras le daban un repaso de los pies a la cabeza.

El aire estaba impregnado de aromas de cocina, probablemente ya se pensaba en la cena aunque sólo fueran las cinco de la tarde. De hecho, en las cocinas a la vista se distinguían grupos de mujeres más o menos numerosos, mientras que los hombres jugaban a las cartas, relegados en cocheras oscuras transformadas en clubes recreativos, a juzgar por los rótulos polvorientos y desgastados.

A Bianca todo le fascinaba. Hasta el punto de que ya no tenía ni la más remota idea de dónde había ido a parar. El plano que llevaba en la mano era indescifrable, puesto que ignoraba dónde quedaba el mar. Miró a su alrededor y vio a una viejecita minúscula delante de una mesa de madera montada sobre dos caballetes. Uno a uno, a paso de tortuga, estaba dando forma a unos *cavatelli* de pasta fresca.

–Perdone, señora –le preguntó Bianca–. ¿Por dónde queda la catedral?

–Está por allí –respondió ella señalado con un dedo arqueado y enharinado–. Está cerca. ¿No quieres llevarte unos *cavatelli* recién hechos? Son el mejor souvenir de la ciudad.

Bianca no sabía qué responder. Pensó en negarse, pero luego sonrió. Quería los *cavatelli* de la viejecita. Eran como pequeñas esculturas, obras de arte para la vista y para el gusto.

La viejecita echó una cantidad generosa en una bolsita de plástico. Mientras Bianca le tendía un billete para pagar, la señora le hizo un gesto para que esperase y entró en casa. La podía ver a través de la cortina de falso encaje blanco, mientras trajinaba entre cacharros y hornillas, buscando algo.

Cuando salió, llevaba en las manos un bote lleno de líquido rojo.

–Ésta es la salsa. La he hecho esta mañana, se la pones con un poco de queso *pecorino* –le explicó sonriendo, orgullosa–. Esto a los turistas no se lo hago –y le guiñó un ojo.

Bianca sonrió, azorada, y continuó su camino abrazada al bote. De vez en cuando lo abría para aspirar su contenido y de nuevo sentía el aroma a casa ajena, a sol, a albahaca.

Cuando divisó la catedral, se detuvo.

Tenía que verse allí con Manuel y aquello la ponía nerviosa.

Había comprado el distanciómetro, después de averiguar en qué tipo de tienda podían venderlo, y lo llevaba en la mochila junto a su viejo metro de madera, que le inspiraba más confianza.

Se aproximó al lugar de la cita con calma, esperando ver al chico en la escalinata de la catedral, pero en lugar de eso se encontró con un grupo de niños jugando al fútbol. Decepcionada, se sentó en una esquina a esperar, confiando en que el balón no le diera en la cara. Los niños utilizaban como portería un nicho decorado con inscripciones en latín; Bianca se sobresaltaba cada vez que la pelota golpeaba la piedra antigua.

Las cinco y media se convirtieron en las seis con una lentitud exasperante. Las campanadas que anunciaban la misa de la tarde sonaron, y muchas viejas vestidas de negro subieron las escaleras en grupo, enarbolando sus rosarios.

Bianca bufó de impaciencia, mientras se preguntaba cuál sería el motivo de aquel retraso absurdo. Y también cuánto tendría que esperar. Para matar el tiempo, decidió entrar en la catedral para echar una ojeada y hacerse una idea del trabajo.

El edificio la impresionó con su estilo románico lineal y etéreo, de arquitectura elegante pero sobria. Paseó por las naves, echando vistazos nerviosos en dirección a la entrada, con la esperanza de ver aparecer a Manuel.

Pero cuando volvió a sentarse en los escalones del exterior, el reloj marcaba las siete. Llevaba allí casi dos horas y no había ni rastro de él.

Se levantó después de un rato, sabiendo que era inútil seguir esperando, y el balón llegó hasta ella, deteniéndose junto a sus pies.

–¡Venga! ¡Pásamela! –le gritó uno de los niños al pie de las escaleras, agitando los brazos en dirección a ella.

Bianca le dio una patada al balón con tanta violencia que lo mandó a la otra punta de la calle, levantando una ola de protestas incomprensibles y silbidos por parte de los pequeños y sudados jugadores.

Ignorándolos, se apresuró a desandar el camino, prestando atención a no equivocarse. El sol se estaba poniendo y no le apetecía en absoluto encontrarse en las callejuelas a oscuras. Giró en una esquina y tras recorrer un buen tramo de la calleja se dio cuenta de que, para atravesarla, tendría que pasar en medio de un grupo de chicos reunidos alrededor de unas motos delante de una especie de bar, que gritaban como si estuviesen peleándose.

Por un instante, Bianca pensó en dar media vuelta, pero tenía miedo de tomar un camino equivocado si cambiaba de calle. Así que continuó hacia delante, con la cabeza gacha y la esperanza de que no se fijaran en ella. No estaría mal ser invisible, tanto en aquella situación como en otras tantas en las que se veía obligada a enfrentarse a la gente. A enfrentarse al hecho de que no era únicamente una sombra, tal y como hubiera deseado, sino una persona de carne y hueso a la que los demás podían cerrar el paso.

–Oye, guapa –la llamó uno mientras pasaba a su lado–, ¿adónde vas?

Bianca no respondió y continuó caminando, a la vez que apretaba un poco el paso.

Uno del grupo se echó a reír con sorna y se refirió a ella en dialecto. Ella intuyó lo que significaba: «escarabajo». Iba de negro de los pies a la cabeza, era muy distinta a las chicas del casco antiguo, acostumbradas a vestir con escotes exagerados, pantalones ajustados y colores estridentes. Probablemente se habían fijado en ella por ese motivo.

Bianca se mordisqueó una uña y mantuvo el paso pero, después de un rato, se dio cuenta de que dos de los chicos la seguían. Caminaban uno junto al otro y se reían, como si estuvieran a punto de hacer alguna trastada. Cuando ella se giró para comprobar de dónde provenía el ruido de los pasos, le guiñaron un ojo.

–Venga, para –exclamó uno de ellos–. De verdad que no mordemos. Vamos a charlar un rato.

Presa de la agitación, el corazón de Bianca latía con fuerza. Siguió caminando, de

hecho, casi corriendo. Al escuchar al chico, una señora se asomó a una ventana y les gritó algo en un dialecto cerrado y enfadado.

Uno de los dos le respondió entre risas.

–Métete en tus asuntos, María.

Bianca echó a correr. La última vez que lo había hecho había sido el día que descubrió a su madre con su amante. Sus piernas respondieron de inmediato, raudas y veloces, pero los dos extraños la siguieron sin mucho esfuerzo.

–Mira cómo corre el escarabajo –exclamó uno de los chicos.

–Oye –le dijo el otro–, ¡para! Antes o después te atraparemos.

Bianca desembocó en la plaza principal y divisó su Vespa aliviada.

Quitó la cadena de la moto y se montó de un salto. Los dos chicos se mantuvieron a cierta distancia pero continuaron observándola y llamándola. Con la cara ardiendo y sin enterarse de nada, Bianca aceleró e hizo saltar la patilla un segundo antes de salir pitando tan deprisa como pudo.

Llegó a casa corriendo y se metió en seguida en su habitación, furiosa consigo misma, no tanto por haber sido tan inconsciente como para andar a esas horas por los callejones del casco antiguo, como por haberlo hecho por culpa de Manuel. Por haberlo esperado más de dos horas sólo para no admitir que estaba decepcionada y ofendida porque no se hubiera presentado a la cita.

Abrió la mochila en busca del cuaderno de bocetos y se dio cuenta de que, con las prisas de la fuga, el bote de tomate se había abierto, derramando el contenido sobre sus cosas. Las páginas blancas estaban manchadas de salsa roja y también el estuche y unos libros que llevaba encima. Trató de recuperarlos y de limpiarlos lo mejor que pudo con unos pañuelos, pero sus manos se tiñeron de rojo y el corazón se le puso en la boca.

Sintió un sudor helado en la frente.

«Un lago de sangre.»

Presa del pánico, corrió hasta el baño y se metió en la ducha. Abrió el grifo al máximo y sintió el chorro caliente que le empapaba el cabello y la ropa, llevándose consigo las manchas rojas. Cerró los ojos para calmarse, pero cuando fue consciente de su reacción, se puso a llorar mientras el agua seguía cayendo.

Se quedó así un buen rato, hasta que escuchó la puerta abrirse y comprendió que su padre había llegado. Salió de la ducha y se desnudó lentamente para librarse de la ropa mojada, tratando de evitar el espejo por miedo a no reconocerse en el reflejo.

Querido Daniele:

Desde que te fuiste, es como si estuviera muerta.

Pero sigo sintiendo dolor, un dolor sordo, como de fondo, que trata de devolverme a la vida. Pero si existir no significa nada más que sobrevivir al sufrimiento, ¿qué sentido tiene estar en este mundo?

Y si nacer fuese una elección, ¿habría algún motivo para tomarla?

Sé que tú tienes las respuestas, pero aunque pudieses, no me las darías.

Aquí estoy, respiro y ando, duermo y como, y sigo preguntándome: ¿acaso todo termina aquí? La diferencia entre la luz de los vivos y la sombra de los muertos, ¿acaso sólo es ésta?

Bianca

VII

Si se distraía, la mano se movía sola.

Puede que siguiera sus pensamientos ocultos. Puede que Bianca se hubiese transportado a una dimensión paralela y hubiera perdido el control de sus propias acciones.

Cerró el cuaderno de bocetos, sin llegar a borrar el retrato que acababa de pintar y que le provocaba náuseas al mirarlo, y volvió a meterlo en la mochila. Valeria estaba parloteando pero ella llevaba un rato sin escucharla, y de repente se sintió culpable.

Trató de prestarle atención, pero su mirada siempre acababa en aquel sitio vacío que una vez fuera suyo. Manuel había vuelto a faltar. El día de antes le había dado plantón y hoy no había ido a clase: estaba visto que no tenía ninguna intención de disculparse.

–Puede que le haya sucedido algo –pensó en voz alta.

Valeria cerró la boca y la miró.

–Pero ¿de quién estás hablando? No me estás escuchando.

–Perdona –respondió Bianca–. Últimamente no me siento muy bien.

Valeria suspiró y a continuación se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

–No es asunto mío –comentó con un tono que sugería lo contrario–, pero si quieres mi consejo, pasa de él.

–Ahora eres tú la que habla a la ligera –replicó Bianca, esbozando una sonrisa.

–Pero si se te nota a la legua –insistió la otra chica, con un destello de malicia en los ojos.

Bianca parpadeó, perpleja. Quizá la clave de aquella extraña afirmación estaba en el monólogo que acababa de perderse.

–Te gusta *ése*.

–No me gusta nadie –replicó Bianca con rapidez. Sabía a quién se refería Valeria, pero no era verdad. Tan sólo estaba enfadada porque la había dejado sola en mitad de la ciudad vieja.

–Circulan rumores extraños sobre él –continuó la amiga, sin darse por enterada. Se le notaba en la cara que tenía ganas de cotillear–. De hecho, también los hay sobre ti, si te interesa saberlo.

–¿Serviría de algo si me negara? –preguntó Bianca con un suspiro.

–No.

¿Qué dirían de ella por ahí? ¿Se habrían enterado de su historia? ¿Y cómo lo

habrían hecho? Seguro que recabar información no era problema para aquella gente, así que era probable que lo supieran.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Manuel Lambiase entró en clase con un justificante de entrada a segunda hora que la profesora firmó, echándole una mirada de reproche evidente.

Mientras atravesaba el aula en dirección a su sitio, los ojos de Manuel se encontraron con los de Bianca, que fingió no haberlo visto y continuó con la cabeza vuelta en dirección a la pizarra. Sentía sus ojos encima.

–¿Lo ves? –le susurró Valeria con una sonrisita–. Te has puesto colorada.

Ella no respondió. Durante la hora siguiente, mientras corría por el gimnasio junto al resto de sus compañeras, notó que Manuel no estaba con los demás chicos, entretenidos tirando a canasta.

Abandonó la fila en la que se encontraba y pidió permiso a la profesora para ir al baño.

En lugar de eso, corrió a la planta de arriba y entró en clase, debería haber estado vacía aunque probablemente no lo estuviera.

Cuando vio a Manuel sentado en *su* pupitre, con *su* cuaderno de bocetos en la mano, absorto en los dibujos que ella había hecho durante los últimos días, le entraron ganas de gritar.

–¿Quién diablos te crees que eres? –dijo en voz baja, y mientras él alzaba la mirada, le soltó una bofetada. Manuel se movió con una rapidez sorprendente y le bloqueó la mano justo a un centímetro de su cara. Mientras le sujetaba la muñeca con firmeza, levantó el otro brazo con el cuaderno de dibujo. Sobre la página blanca había un rostro dibujado.

–Eres buena –comentó él.

–Me estás haciendo daño –dijo Bianca tratando inútilmente de liberarse de su captor–. No tienes ningún derecho a hurgar entre mis cosas.

Manuel la dejó marchar.

–Y tú no tienes derecho a dibujarme a escondidas. No quiero que me retraten.

–Ése no eres tú –mintió ella, avergonzada.

Se miraron por un segundo. La expresión de Manuel era indescifrable. Bianca, que se las daba de conocer a las personas sólo con echarles un vistazo, se sintió confundida al escrutar aquel rostro, sin conseguir leer nada en él.

Los ojos, negros como la noche, estaban fijos en ella. Los labios carnosos, entrecerrados como si estuviera a punto de hablar, no expresaban ninguna emoción.

Manuel se levantó y le devolvió el cuaderno.

–Me has dado plantón y ni siquiera te disculpas –exclamó Bianca irritada–. Eres un arrogante y un estúpido.

–Ayer tuve un contratiempo –replicó él–. Quedemos de nuevo esta tarde.

Se alejó para salir de la clase, dándole la espalda con frialdad.

–Si crees que voy a ir es que estás loco –respondió ella, temblando a causa de la rabia.

Él no dijo nada más y desapareció tras la puerta.

Su perfil se recortaba sobre la piedra color crema.

Estaba apoyado contra el muro con las manos metidas en los bolsillos, la cara bronceada y los ojos cubiertos por unas gafas de sol. Llevaba puestos unos vaqueros y una cazadora de piel negra encima de una camiseta gris; tenía la cabeza levantada, como si mirase al cielo.

Bianca, desde la esquina de la calleja que llevaba a la catedral, se detuvo un rato a observarlo. Había pensado en hacerle esperar, para comprobar durante cuánto tiempo aguantaba, si sería capaz de esperar dos horas a que ella apareciese.

Pero ahora que estaba allí, tenía que refrenar el impulso de salir corriendo a su encuentro. Y si no iba hacia él era porque necesitaba calmarse. Ese chico le provocaba una agitación inexplicable, y eso era algo que no le hacía gracia.

–Hola –le dijo cuando se decidió a descubrirse.

–Entonces has venido –respondió él, esbozando una sonrisa.

–Para hacer el trabajo.

–Claro. Para hacer el trabajo –repitió Manuel. Entraron juntos en la catedral desierta y en penumbra, y Bianca sacó el distanciómetro y un cuaderno para apuntar.

–Tú tomas las medidas y yo anoto –propuso ella. La idea de usar aquel artefacto no le gustaba ni pizca. Y además, por lo que parecía, él debía de tener práctica, porque lo encendió y lo puso en marcha en un segundo, como si lo hubiera hecho miles de veces.

Trabajaron unos minutos en silencio y Bianca comenzó a relajarse. El resplandor de las velas y el aroma a incienso y a flores era agradable. Le recordaba que, antes o después, a todo el mundo le llegaba su hora. Y que casi cualquier gesto, cualquier emoción, perdería su importancia con el paso de los años. Estaban hechos de sombras, y la carne y la sangre que acarreaban no era más que una ilusión.

Mientras estaba absorta en sus pensamientos, sintió una mano en el hombro que la hizo estremecer.

–No puedo gritar para llamarte –dijo Manuel–. Sígueme.

Entraron en una pequeña capilla lateral y se sentaron en uno de los bancos, uno junto al otro.

–¿Qué te parece si hacemos algún boceto de este rincón? Me parece lo más interesante –sugirió él, ya con el cuaderno en las rodillas. Sujetaba el lápiz de forma poco usual, con todos los dedos, como si fuera un puñal. Bianca asintió y empezó a dibujar. Sólo se escuchaba el rumor de sus lápices recorriendo el folio, sonidos breves y secos procedentes de la mano de Manuel, otros más largos y ligeros de la

de Bianca. De vez en cuando, ella miraba de reojo su trabajo, curiosa por compobar qué tal se le daba. Notó que sus líneas eran rápidas y seguras, tan nítidas como las de un arquitecto. El dibujo de la capilla era perfecto, sólido y limpio.

–Eres buenísimo –comentó con admiración. Miró su propio boceto y le pareció un manchurrón incierto, lleno de borrones y tachaduras.

–Solamente con las cosas inertes –matizó Manuel–. Jamás podría dibujarte un retrato que se pareciera al que tú me has hecho.

–Ya te he dicho que no era tu retrato –replicó Bianca, irritada. No obstante, lo dijo menos convencida que por la mañana.

Él sonrió y dejó de dibujar.

–De acuerdo.

–¿Vas a estudiar para ser escenógrafo? –le preguntó ella, cambiando de tema. La sonrisa de Manuel se borró.

–No creo.

–Deberías.

–¿Qué me dices de ti? ¿Qué vas a hacer cuando termines el instituto? –le preguntó él, a la vez que se volvía para mirarla. Había tristeza en los ojos de ambos. Estaban pensando en el futuro y a ninguno de los dos le gustaba el tema, quizá porque ninguno de ellos veía nada que no fuera oscuridad frente a sí.

–No me importa –respondió.

–Eso no es una respuesta –observó Manuel–. ¿Quieres casarte?

Bianca se echó a reír como si fuera una idea de locos.

–¿Es ésa la idea que tienes de un proyecto de futuro?

–Puede. Antes o después, casi todo el mundo se casa.

–Y todos se divorcian. O se traicionan. O se hacen daño –contestó ella. Negó con la cabeza y añadió–: No gracias, no es una buena idea.

Los dos guardaron silencio y retomaron el trabajo. Pero Bianca no conseguía dejar de pensar y las palabras se le escaparon de la boca sin querer.

–Nunca he estado enamorada.

–Ni yo.

Se sonrieron. Al menos tenían algo en común.

–Pero estoy enamorada del arte –agregó ella–. Cuando entro en un museo, me siento como en casa.

Los ojos de Manuel se iluminaron.

–A mí también me pasa –afirmó–. Pero cada vez que voy a uno tengo que buscar mi obra especial. Un cuadro o una escultura que pueda llevar conmigo para siempre.

–Qué raro –comentó Bianca, con cara de curiosidad.

–Quizá. Pero cuando estás rodeado de arte parece que nunca pueda sucederte nada malo.

–Es como si el tiempo se hubiese detenido –añadió ella, asintiendo.

Manuel extendió una mano hacia ella pero la dejó suspendida en el aire, como si estuviera decidiendo qué hacer. Después, cogió entre dos dedos un mechón de pelo que le tapaba la cara y se lo echó hacia atrás.

–Siempre te escondes –le dijo.

–Y tú.

Bianca agachó la cabeza y dejó que él le acariciase la mejilla. Al sentir el tacto de su piel y sus dedos deslizándose sobre la suya propia, tuvo que cerrar los ojos. Estar allí con él, en la capilla perfumada de incienso, tenía un no sé qué de irreal.

Escucharon los pasos de los fieles que entraban en la catedral para la misa de seis y se sentaban en los bancos, dispuestos a rezar, rosario en mano.

A continuación, el órgano comenzó a sonar y la voz del cura vibró entre las naves de la iglesia.

Pero los sonidos y las voces parecían distantes y extraños, correspondían a un mundo que no podía alcanzarlos ni hacerles mella. Un mundo al que no pertenecían, pero no pasaba nada.

Bianca todavía notaba el calor de Manuel en su rostro. Le cogió la mano entre las suyas y la observó, recorrió las líneas de la palma de su mano con un dedo, como si quisiera estudiar todos los detalles. Empuñó el lápiz y pasó la página del cuaderno, comenzando a reproducir las formas que había tocado. Con algunos trazos expertos, mientras Manuel la miraba embelesado, dibujó la mano que había acariciado. Era nerviosa, era fuerte, era la mano de un chico pero también la de un hombre.

–¿Qué haces? –preguntó él. Le ponía incómodo que dibujasen partes de su cuerpo.

–Te lo he dicho –susurró Bianca, cerrando el cuaderno–. Detengo el tiempo. Y además, tienes unas manos muy bonitas.

El silencio volvió a envolverlos, sin timidez, con muchas preguntas.

–Vamos –dijo Manuel, poniéndose de pie con brusquedad. Su lápiz cayó al suelo con un ruido desafinado.

Se dirigió a la salida sin detenerse a recogerlo. Bianca lo siguió a regañadientes y una vez fuera, la luz de la tarde la obligó a entornar los ojos. Él ya había llegado al final de la escalinata de la catedral, casi corría.

–Pero ¿qué mosca te ha picado? –le preguntó a gritos.

–Nos vemos en el instituto –respondió él, girándose sin detenerse–. Yo diría que por hoy hemos hecho bastante.

–No tiene sentido –volvió a gritar ella.

Bianca no sabía qué más decir. Lo observó marcharse a toda prisa y esperó que al menos se diese la vuelta otra vez. No lo hizo. Ella volvió a sentir esa sensación de

frío, como si alguien hubiese abierto una puerta en la noche y hubiera dejado que el calor del fuego se desvaneciese.

VIII

No se había fijado en los dos chicos. Tenía la cabeza en otra parte, los pensamientos sobre esa tarde tan absurda se agolpaban como olas en una tempestad, uno sobre otro, uno dentro del otro.

Había caminado como una autómata y las piernas la habían conducido al lugar donde había aparcado la Vespa. Esa esquina de la calle estaba desierta, se veía discurrir el tráfico por la calle principal, en dirección al mar, pero nada más.

Mientras quitaba la cadena, inclinada sobre la rueda, escuchó el ruido de unos pasos.

–¿Te acuerdas de nosotros, escarabajo?

Bianca se enderezó de un salto y reconoció al instante a los chicos del barrio. La habían vuelto a seguir. Y esta vez no había nadie a su alrededor que pudiese ayudarla.

Eran altos, fuertes, seguros de sí mismos. Uno de los dos señaló la Vespa y dijo:

–Danos las llaves.

En un primer momento, ella no entendió qué estaba sucediendo, pero asió el mazo de llaves más fuerte, instintivamente. Entonces el chico sacó una mano del bolsillo del vaquero y le mostró una navaja.

–¿Estás sorda? –dijo–. Que nos des las llaves. Tu moto va a cambiar de propietario.

El otro se echó a reír y añadió:

–Y también todo lo que tengas en la mochila. Dinero, móvil, iPod.

Ella sacó la carpeta y se la enseñó con una mano temblorosa.

–No llevo nada más.

Los dos se miraron.

–Has ido a dar con la única persona del planeta que no tiene móvil.

–Yo creo que nos está mintiendo –replicó el otro y le quitó la mochila de las manos. Hurgó en el interior con prisas, desechando las cosas inútiles, como el estuche y el cuaderno de dibujo. Mientras tanto, Bianca había retrocedido hacia la pared, detrás de la Vespa, y buscaba con la mirada alguna forma de escapar, alguien a quien pedir ayuda. Pero incluso las persianas de las casas estaban echadas, como ojos que no quisieran ver.

–Nada –exclamó el chico, tirando la mochila con indiferencia–. Dame las llaves –repitió con rabia.

Bianca agachó la cabeza, con lágrimas en los ojos.

–No podéis llevaros la Vespa. Es de Daniele.

–Me importa una mierda de quién sea –replicó el otro, acercándose a ella con la navaja en la mano–. Te voy a rajar a base de bien como no me des las llaves, ¿entendido?

Bianca quería morirse. Si se llevaban la Vespa, no le quedaría nada. Escondió la mano detrás de la espalda, decidida a pelear.

–No tenéis derecho a llevárosla.

–Sujétala –le ordenó uno de los chicos al otro.

En un segundo los tenía encima; Bianca se puso a gritar con todas sus fuerzas. La zarandearon para apoderarse de las llaves, pero ella estaba como loca y no paraba de lanzar patadas, arañazos y mordiscos a diestro y siniestro, sin prestar atención a la navaja que blandían delante de sus ojos. Aferraba las llaves con fuerza y sentía un intenso dolor en la palma, por lo que supuso que se la había herido.

El que parecía el jefe le dio un puñetazo en la cara que la mandó al suelo. Bianca perdió el equilibrio y cayó, golpeándose la cabeza y soltando las llaves, que cayeron sobre el empedrado con un tintineo. El otro chico se apoderó de ellas con rapidez, mientras el primero se montaba en la Vespa, listo para salir huyendo.

–Yo de vosotros no haría eso.

Se sobresaltaron al oír una voz a sus espaldas.

El tío que estaba subido a la moto agarró al vuelo las llaves que su compañero le había lanzado y se giró para ver quién era el entrometido. Aferró con fuerza el mango de la navaja, determinado a marcharse con su botín.

–Vaya par de valientes, atacando a una chica sola –comentó la voz con tranquilidad.

–¿Y tú quién coño eres? –preguntó el chico, sintiéndose con la autoridad suficiente como para sonreír con chulería. El entrometido era alto y fuerte, pero ellos eran dos.

–Soy el tío al que le vais a dar las llaves de la Vespa.

La sonrisa se le borró de la cara al ver cómo el desconocido se abrió la cazadora para exhibir una pistola metida en los pantalones. La acarició con la punta de los dedos, deteniéndose un instante sobre el gatillo.

Cuando volvió a cerrarse la cazadora, el chico de la moto dejó escapar un juramento.

–¡Vámonos! –exclamó el amigo, presa del pánico–. Que éste no bromea.

Se bajó de la Vespa despacio, pero en lugar de volver a ponerla sobre la patilla, la tiró al suelo. El otro no se movió. Continuaba mirándole fijamente a los ojos, esperando que obedeciese sin más discusión.

–Esto no acabará así –siseó antes de seguir a su cómplice, que ya había llegado al final de la calle.

–Pues yo creo que sí –replicó el desconocido. Estuvo mirándolo hasta que

desapareció, y luego se precipitó sobre Bianca, que todavía estaba en el suelo con los ojos cerrados–. ¡Bianca! –exclamó–. Bianca, ¿estás bien?

Ella murmuró algo y se movió. Él la cogió en brazos y la levantó del suelo, intentando moverla con delicadeza.

–Tienes que hablarme. Háblame. Si no me hablas significa que es grave, ¿me escuchas? –gritó. Entonces ella abrió los ojos, lo vio y dijo:

–Gilipollas.

En urgencias le pusieron dos puntos. Tenía la herida algo más arriba de la nuca, le había faltado poco para que se golpeara en un punto mortal. También tenía mal la mano derecha, se había cortado apretando las llaves con demasiada fuerza y habían tenido que desinfectarla y vendarla.

–Es una suerte que sea zurda –comentó Bianca con un suspiro, pensando en sus dibujos.

–Te haremos también una radiografía. Ahora vuelvo –anunció la doctora, y la dejó sola en la habitación. Fue entonces cuando Manuel se aventuró a entrar, había esperado fuera recorriendo el pasillo arriba y abajo.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó.

–¿Dónde está la Vespa?

–No te preocupes –le aseguró–. Nadie se atreverá a quitártela nunca más.

Bianca ignoró el tono seguro con el que había afirmado una cosa imposible, y pensó que sería hermoso creerle.

Habían venido en el cupé de Manuel. Ella no había abierto los ojos en todo el trayecto. Luego le había pedido que se detuviera y había vomitado en el arcén de la carretera. Se había echado a llorar cuando vio unas manchas de sangre en la sudadera, y Manuel no había sabido qué decirle. Pensó que estaba conmocionada por el atraco y por el shock, por lo que se había limitado a trasladarla a urgencias lo más rápido posible, sosteniéndola entre sus brazos, pues no parecía capaz de tenerse en pie.

Ahora tenía la camiseta gris llena de manchas color rojizo, de cuando Bianca se había aferrado a él con la mano herida.

–Gracias. Has estado genial –le dijo ella.

–Pues hace un rato me has llamado gilipollas –replicó él con una sonrisa.

–Es lo que eres. Era la segunda vez que me dejabas sola en ese sitio.

–Pero te he salvado –apuntó Manuel.

–Todavía no entiendo cómo lo has hecho.

–Es normal, te habías desmayado.

Bianca le dirigió una mirada escéptica.

–¿Por qué estabas allí? ¿Me estabas siguiendo?

–No. Había vuelto sobre mis pasos –respondió el, a la vez que se sentaba en el

borde de la cama. Tenía una expresión tensa y cansada que lo avejentaba.

–¿Y por qué?

–Esto parece un interrogatorio –dijo Manuel, pasándose la mano por el pelo oscuro y ondulado–. Me ponen nervioso los interrogatorios.

–A mí también. Pero tengo derecho a saberlo. Estoy herida, podría morir de un momento al otro –replicó Bianca con ironía–. Me llevaré tu secreto a la tumba.

Él no se rió.

–No bromees sobre la muerte.

–No estoy de broma. ¿Por qué volviste? –preguntó ella. Le dolía la cabeza, pero tenía muy claro el recuerdo de la voz de Manuel que intervenía en aquella escena horrible y ahuyentaba a los ladrones como por arte de magia.

–En lugar de atormentarme, deberías descansar y esperar a que la doctora vuelva con la radiografía –dijo él, tratando de utilizar un tono protector–. Y la próxima vez, cuando un macarra te ordene algo, tú obedece y ya está, ¿vale?

–Tú no has obedecido a los macarras, los has ahuyentado –observó Bianca.

–Te equivocas. El mérito es todo tuyo. Cuando han visto esas botas tan horrendas que llevas, no les ha quedado más remedio que salir pitando –bromeó Manuel, haciéndola reír. Ella notó que los puntos de la cabeza le tiraban y se puso seria.

–Mis botas no son horrendas.

–Sabes que lo son.

–Vale, tienes razón –asintió–, pero de todas formas me gustaría saber por qué has vuelto.

–Es complicado, Bianca –dijo Manuel. Al escucharle pronunciar su nombre, Bianca se sintió mejor. Lo decía como si tuviese una consistencia propia: «Bianca», con la b casi doble. Era hermoso.

–Soy inteligente, podré entenderlo.

–Hay cosas que no entiendo ni yo –añadió Manuel–. Cosas que hacen que mi vida sea distinta de la tuya.

–Entonces has salido corriendo por eso.

–No lo sé –admitió él–. No quiero acercarme demasiado a ti. Pero cuando te he dejado allí sola me he arrepentido. He vuelto sobre mis pasos, he seguido mi instinto.

Bianca no dijo nada. Se sentía muy cansada y sólo le apetecía dormir. Había detalles que no encajaban, frases que no tenían sentido, pero no tenía ganas de pensar en ese momento. Tenía ganas de que él se quedase con ella y nada más. De nuevo sentía ese calor que la hacía sentirse bien, y eso era una sensación muy extraña en su vida, tan única, que hacía especial el más mínimo gesto, la palabra más banal.

Mientras estaba pensando en esto, con un dolor en el pecho parecido al hambre,

Manuel se aproximó. Se sentó junto a ella y puso las manos sobre la almohada, a ambos lados de su cara. La miraba desde arriba, a unos centímetros de distancia, parecía que fuera a decir algo. Y sin embargo, callaba.

Bianca cerró los ojos.

Era capaz de dibujar su rostro incluso así, sin verlo.

Sintió que sus labios le acariciaban la boca con un roce tan leve que por un segundo pensó que se lo estaba imaginando. Pero el escalofrío permanecía en la columna vertebral. Cuando volvió a abrir los ojos, él estaba de pie.

–Tú no puedes entenderme y yo no puedo explicarlo. De verdad.

–Manuel.

–No.

–Ven aquí.

Él obedeció con un suspiro y le cogió la mano.

–Tendrían que agradecerme que no los haya matado por lo que te han hecho.

Bianca sonrió. La frase sonaba muy bien, aunque no fuera verdad.

–Has dicho que no quieres estar cerca de mí –le recordó. Tenía cara de estar sufriendo, no precisamente a causa de los puntos–. Yo también sentía lo mismo por ti. Esta noche, probablemente, o mañana, también lo sentiré.

–No me lo tomaría mal de ser así –replicó Manuel con seriedad. En sus ojos negros volvía a reflejarse esa sombra turbia, pero Bianca no se dejó intimidar. Le había salvado la vida, habría matado para hacerlo y, sin embargo, decía que no quería estar cerca de ella.

–Manuel, no te creo.

–No me hagas más preguntas. Debes aceptar el hecho de que las cosas están torcidas –exclamó él con vehemencia, pero sin levantar el tono de voz–. Torcidas.

En ese momento la doctora regresó con su historial médico y un bolígrafo en la mano.

–¿Es usted un familiar?

–No, soy un amigo.

–Es el chico que me ha traído aquí –explicó Bianca.

Pero la doctora continuaba observándolo con suspicacia mal disimulada.

–Tengo que hablar con tus padres –continuó–. ¿Podrías darme el número de alguno de los dos?

Bianca soltó un bufido. Su padre se iba a llevar un susto de muerte, a pesar de que habían omitido la historia de la agresión.

–Llame al tribunal y pregunte por el juez Francesco Prandi. Es mi padre.

–De acuerdo –dijo la doctora, satisfecha–. Déjame ver la herida y luego te someteré a unas pruebas para asegurarnos de que no ha habido trauma craneal.

Bianca accedió con docilidad a todas las peticiones de la médico, con la esperanza de que terminara rápido y los dejase de nuevo a solas. Quería decirle a

Manuel que también su vida estaba torcida y que quizá se sentía atraída hacia él por esa razón, a pesar de no gustarle su actitud arrogante. Abrió la boca, respondió a una serie de preguntas estúpidas –qué día era, dónde estaban, cuántos años tenía– y dejó que le apuntaran a las pupilas con una especie de linterna eléctrica.

–Parece que estás bien. Voy a llamar a tu padre –concluyó la doctora y, finalmente, se marchó.

Pero cuando Bianca levantó la mirada para encontrase con la de Manuel, él se había marchado de la habitación. Lo llamó, esperando que estuviese en el pasillo, pero no obtuvo respuesta.

Se había marchado.

Otra vez.

Querido Daniel:

¿No te parece raro que todos estemos deseando amar, tan desesperadamente necesitados de enamorarnos, y que a la vez seamos incapaces de dar algo a las personas que creemos amar?

Es que ni siquiera sé lo que significa «enamorarse». Espero que no tenga nada que ver con esta sensación nauseabunda de impaciencia, confusión y deseo reprimido. No me gusta estar en la montaña rusa. Tan pronto estás tocando el cielo como te hundes en el infierno. Tiene un regusto demasiado agrio, no se parece a la felicidad.

Bianca

IX

Cuando Manuel entró en la habitación, con un ligero retraso, los ojos de Tano Di Giacomo se iluminaron, algo que no le pasó desapercibido a Angelo, que encendió un cigarrillo y lo miró con odio.

–Disculpadme, he tenido un contratiempo –dijo, quitándose la cazadora y colgándola del respaldo de la silla que le habían dejado libre. También sacó la pistola que tenía en los vaqueros y la dejó sobre la mesa.

–Dame un abrazo, hace semanas que no te veo –le ordenó Tano, mientras abría los brazos en un gesto paternal. Era un hombre bajo y macizo, con cuello de toro y manos como palas. El aspecto tosco y la barba de varios días contrastaban con su ropa refinada: jersey de cachemir y chaqueta cosida a medida. Mientras lo abrazaba, Manuel aspiró el olor a *aftershave* y a tabaco que tanto le recordaba a su infancia.

–Estoy muy orgulloso de este chaval –dijo Tano a los allí presentes, diez hombres de edades comprendidas entre dieciséis y sesenta años, reunidos a su alrededor como una camada de lobos–. Unas notas estupendas en el instituto, buena presencia, mano firme. Hará grandes cosas por nosotros.

–No más de lo que tú has hecho por mí –replicó Manuel, agradecido. Tano asintió y luego miró a su hijo mayor, Angelo, y suspiró con gesto teatral.

–En vuestra opinión, cuando el entrenador de un gran equipo de fútbol tiene que elegir a su capitán, ¿cómo hace para saber quién tiene madera de líder? ¿El jugador que abre la boca en el momento oportuno, que da al equipo una imagen distintiva, sólida, ganadora? –preguntó a su público.

La pregunta era retórica. Todos sabían que cuando Tano hablaba, exponía su propia postura sobre algún tema, expresándose a través de frases que parecían preguntas. Sin embargo, no lo eran. Tano no esperaba respuestas, sino total atención. Y devoción. Incluso ahora que la edad comenzaba a hacer mella en él y a teñirle de blanco el cabello, tenía en sus manos las riendas del negocio con la elegancia que siempre lo había distinguido del resto de los *boss* de la zona.

–Desde el principio he tenido una gran visión para los negocios. Vosotros lo sabéis –continuó Tano–. Y me gusta pensar que soy más bien un mánager hábil al frente de un grupo de especuladores despiadados, que un rey con un feudo que defender. Quizá porque la historia nos enseña que los mánagers se salvan mientras que a los reyes les cortan la cabeza.

Muchos se rieron del chiste, sobre todo Manuel, que adoraba la filosofía sencilla y aguda de Tano. Tan sólo Angelo permaneció con el gesto torvo, de pie junto a la

puerta, porque lo sabía, sabía desde hacía días lo que iba a suceder. Se podría decir que estaba fuera de control, pero tonto no era.

–Es por esto que creo que, cuando hace falta escoger al líder de un equipo, hace falta razonar como mánager y no como rey.

Aquellas palabras fueron seguidas de un silencio total. Desde hacía meses, los chicos del clan y sus afiliados se lamentaban de la marcha de las cosas. Se habían roto muchos acuerdos y el tema de los residuos no acababa de arrancar tan bien como habría debido. Los cadáveres que habían dejado tras de sí eran ahora demasiados.

–Angelo.

Al oír las palabras de su padre, el chico se dio la vuelta. Tenía los ojos rojos de tanto beber y un gesto amenazador. Se acercó hasta la mesa tal y como se esperaba de él, disimulando la rabia ciega que no le había dejado pegar ojo en toda la noche.

–Te enseñé a disparar cuando tenías nueve años –dijo Tano con un deje de nostalgia en la voz–. Eras un niño despierto, preciso, sabías hacerte respetar. Eras un auténtico Di Giacomo.

Angelo permaneció impasible. Se sabía aquella historia de memoria, pero sus recuerdos no guardaban la misma imagen que conmovía a su padre. De aquellos días recordaba sobre todo el miedo. Y que cuando Manuel llegó a casa de sus padres, todo lo que hacía pasaba a estar en segundo plano. Tano había olvidado quién era su hijo y quién no.

–Pero ahora las cosas han cambiado, y de una forma que no me gusta.

El *boss* se puso de pie para enfrentarse a su hijo. Éste le sacaba al menos una cabeza, pero Tano tenía una mirada ardiende que habría atemorizado a un gigante. Sobre todo porque Tano, cuando se enfadaba, era impredecible. Por un segundo, a Angelo se le pasó por la cabeza la imagen de su padre disparando a quemarropa a un perrito que le había mordido, años atrás.

–Me has decepcionado. Esperaba que aprendieses de tus errores, pero no lo has hecho. Has ido por tu cuenta sin respetar las obligaciones que tu familia te imponía. Nos has puesto a todos en peligro.

–Vosotros hacéis las cosas a la antigua usanza –protestó Angelo–. Dejas que la gente vaya diciendo cosas por ahí. Yo tan sólo quiero cerrarles la boca de una vez por todas. ¿Qué hay de malo en eso?

–Y cuando hayas cerrado el pico a todos los que puedan hacer negocios con nosotros, ¿qué harás? –bramó Tano–. La policía te ha echado el ojo porque llamas la atención allá donde vas.

–¿Y desde cuándo la poli nos da miedo? –preguntó Angelo con rudeza.

–Éste es un juego de equilibrio delicado y tú lo sabes –siseó Tano–. Si se rompe un único hilo, toda la organización tiene que reconstruir la telaraña a partir de ese

jodido hilo. Y como tú últimamente no has hecho nada más que destruir lo que los demás construimos, he decidido apartarte del juego.

Angelo sonrió con desprecio.

–Al final has encontrado la forma, ¿verdad?

Tano no dio muestras de entender a qué se refería.

–La forma de poner a Manuel en mi lugar, como si fuese hijo tuyo –explicó Angelo, levantando el tono de voz.

Tano no respondió y se volvió a sentar. Tenía el rostro crispado y la expresión cansada. Miró a sus chicos uno por uno y supo que estaban esperando un gesto decisivo. Porque si Angelo no hubiera sido hijo suyo, si hubiera sido un simple miembro del clan, ya lo habrían eliminado por su comportamiento.

–He tomado una decisión de mánager, no de rey –repitió–, y desde hoy quiero que Manuel lleve el negocio de los residuos. Angelo le echará una mano, pero no moverá ni un dedo si no se lo ordenan. Tenemos que resolver este tema con rapidez.

–¡Él no es nadie! –gritó Angelo, señalando a Manuel–. No aceptaré órdenes suyas, ¿lo habéis entendido?

–Angelo, cálmate –le advirtió su padre en voz baja.

–No me calmaré –dijo el otro–. Esto es lo que siempre has querido. Siempre has querido creer que es hijo tuyo, porque te sientes culpable de haber enviado a su padre a la muerte.

–¡Basta ya! –gritó Tano. Pero Angelo no tenía intención de continuar, las palabras no eran suficientes para expresar la rabia de haber sufrido tal humillación delante de todos. Se marchó dando un portazo. Fabrizio, uno de los chicos de Tano, el de gafas y perilla, le hizo un gesto para saber si debía seguirlo, pero el *boss* negó con la cabeza.

–Está bajo los efectos de esa maldita droga –dijo–. No razona. Y nosotros no podemos perder el tiempo con él en este momento.

Manuel había permanecido en silencio todo el rato. Cuando Tano hablaba, rara vez intervenía y siempre acataba sus decisiones. La idea de gestionar el tráfico de residuos él solo le excitaba, era un gran gesto de confianza y era la primera responsabilidad importante de la que tenía que hacerse cargo. Pero no le gustaba la idea de tener a Angelo en su contra. Era un peligro ambulante, tenía el gatillo fácil. De ahora en adelante tendría que cuidarse las espaldas de él.

–Hablemos de negocios –continuó Tano–. Tenemos problemas. Un juez y un comisario han abierto una investigación. Hasta ahora nadie ha hablado, pero de aquí en adelante ya sabéis lo que tenéis que hacer. Si se entrometen demasiado, obligadles a que entiendan que tienen que volver a su sitio.

Manuel asintió con expresión impasible. Cuando Tano pronunció el nombre de los dos, no tuvo ninguna reacción a pesar de saber quién era Francesco Prandi.

–He pensado en cambiar de estrategia –propuso Manuel–. Con los agricultores es complicado, son desconfiados. Pero si pudiéramos ponernos de acuerdo con un armador albanés, podríamos resolverlo todo en el mar.

–Un vertido –comentó Tano–. Me parece una idea excelente. Tienes el contacto de la organización albanesa, sabes a quién dirigirte. Cierra el negocio deprisa y dime cuántos chicos necesitas.

–De acuerdo.

El *boss* resolvió algunas dudas respecto a la gestión de unas obras en el norte del país y asignó a sus afiliados las partidas de droga que estaban al caer. A continuación se despidió de todos e invitó a Manuel a seguirle arriba, a casa.

El cuarto secreto donde organizaban las reuniones del clan se encontraba justo debajo de la casa de campo de Tano. Todas sus propiedades escondían locales subterráneos con salidas secundarias: siempre había tenido la obsesión de poder escapar de la policía sin tener que alejarse de su propia casa.

Y tan oscuros y estrechos eran los subterráneos como luminosa y ostentosa era la casa, forrada de mármol y estuco blanco. En el salón, un gran ventanal se abría a un jardín inglés y toda la habitación estaba decorada con muebles de lujo y objetos de arte.

–¡Manuel!

Lena, la mujer de Tano, se levantó del sofá y fue a su encuentro con los brazos abiertos. Se estrecharon largamente y ella le besó en las mejillas y se las pellizcó con afecto.

–¿Quieres dejar de tratarlo como a un niño? –la reprendió el marido, sirviéndose un whisky de una botella del mueble bar–. ¿No ves que está hecho todo un hombre? No son tus besos los que busca.

–Lo sé –exclamó Lena, llena de orgullo–. Es tan guapo que parece una escultura.

–Los dos sois unos exagerados –murmuró Manuel, azorado, pero contento con tantas atenciones.

–El exagerado es él –replicó Lena en voz baja–. No hace más que hablar de ti. Dice que te convertirás en el amo de toda la región.

–Eh, que te estoy oyendo –dijo Tano sentándose en el sofá–. Ven aquí, chaval. Mantente alejado de esa mujer o te gastará la cara a fuerza de hacerte tantas caricias.

Manuel se acercó a él y se acomodó en el sofá, estirando sus largas piernas ante sí, sobre la preciosa alfombra persa que cubría el suelo.

–Está preocupada por Angelo –le confió–. Si puedes, échale un ojo cuando estéis juntos, ¿de acuerdo? Si se mete en problemas, llámame de inmediato y te enviaré a alguien. Es el último varón que me queda.

Manuel asintió. Había crecido con ellos, en casa de los De Giacomo, y había llorado cuando Gustavo y Mariano, los hermanos mayores de Angelo, fallecieron.

A uno lo habían matado en un enfrentamiento armado contra el clan de los Scano, los mismos que habían asesinado a su padre, y el otro había muerto poco después en un accidente de tráfico fruto de una persecución.

Angelo había empezado a meterse coca justo después del funeral de Mariano y a comportarse como si quisiera cargarse a todo el mundo para superar su muerte.

–Tengo que saber que puedo contar contigo –continuó Tano–. Cuando yo ya no esté, y eso es algo que podría pasar pronto, necesito saber que hay alguien que puede ocupar mi lugar. Que mi mujer y mi hija no se quedarán solas.

–Vosotros sois mi familia –le tranquilizó Manuel–. Pase lo que pase, nunca traicionaré ni vuestro nombre ni vuestra confianza. Estoy listo para dar mi vida por vosotros.

Los ojos de Tano resplandecieron de orgullo al tiempo que saboreaba el whisky.

–En cuanto esta historia termine, te matricularás en la universidad –anunció–. Con tu inteligencia y un título en economía, serás un *capo* estupendo, incluso mejor que yo. En mis tiempos no se estudiaba nada más que esto –concluyó, golpeando con el puño la palma de la mano contraria.

Manuel asintió.

–Pero antes de eso, tenemos pendiente el tema de los Scano.

–Sé que no te has olvidado de eso. Imagino que estarás impaciente por hacerles pagar –dijo Tano con aprobación–. Cada cosa a su tiempo. Verás que te aguarda un destino consagrado al honor.

En ese momento, una chica apareció en la puerta del salón. Llevaba una minifalda cortísima y un suéter de hilo anudado sobre los hombros. Su forma de vestir y de maquillarse resaltaba sus curvas de mujer, pero la cara y la voz chillona eran las de una chiquilla.

–Papá.

–Teresa, mira quién ha venido –anunció el *boss*. Cuando vio a Manuel, la chica sonrió y se acercó al sofá, sus tacones repiqueteando sobre el mármol primero y sobre la alfombra después, donde dejaron un reguero efímero de pequeños cercos.

–Manuel –exclamó. Él se levantó para saludarla y ella se lanzó a sus brazos, la mirada rebosante de entusiasmo–. Papá, ¿te lo puedo robar un momento? ¡Quién sabe cuándo podré volver a verle!

–Marchaos, marchaos –dijo Tano complacido–. A los jóvenes no hay quien os pare.

Manuel se tiró de cabeza, calculando de memoria la distancia que había entre él y el extremo opuesto de la piscina. Cuando emergió, también Teresa había entrado en el agua y nadaba en dirección a él.

–Es estupendo tenerte aquí –le dijo–. ¿Cuándo volverás definitivamente?

–Tengo que acabar un asunto.

–Ah, sí, un asunto –dijo ella con malicia. Había llegado hasta él y se encontraban a pocos centímetros uno del otro. Sus voces apenas retumbaban en aquel ambiente cerrado–. ¿Y nunca piensas en el amor?

Manuel torció el gesto.

–No tengo tiempo.

–Entonces deja que te lo recuerde –replicó ella, y lo besó. Le rodeó el cuello con sus brazos y él sintió el cuerpo escultural de la chica contra el suyo. Teresa era guapa, la conocía desde que era una niña, y Tano esperaba el anuncio de su boda con impaciencia. Formaba parte de su vida cotidiana tal y como siempre la había concebido. Pero cuando intentó quitarse el bikini, él la detuvo.

–¿Qué te pasa? –le preguntó ella, dolida.

–Estoy cansado, el viaje de vuelta será largo.

–Quédate a dormir. Ya sabes por dónde se va a mi cuarto –comentó Teresa, besándole de nuevo–. Me he cansado de esperar.

Manuel se separó de ella y nadó hasta la escalerilla.

–No puedo. Tu padre quiere que cierre este asunto en seguida. Y si nos pilla sin que haya compromiso oficial, ya sabes lo que puede pasar.

–Vale –accedió ella mientras le observaba salir del agua. Tenía un cuerpo fabuloso, merecía la pena esperar por él–. Entonces esperaré al compromiso. Cuando acabes el instituto, como me prometiste.

–Te llamaré –le aseguró Manuel, poniéndose el albornoz.

Y salió apresuradamente de la piscina cubierta, con la cabeza hecha un lío y muchas ganas de gritar.

X

El padre de Bianca se había tragado el cuento de la caída accidental, el mismo que habían contado en urgencias. Había resbalado, se había hecho daño y un compañero de clase con quien estaba haciendo un trabajo la había acompañado al hospital.

Y aun así, no la dejaba tranquila.

Estaba nervioso y cansado, se quedaba despierto hasta tarde, inmerso en sus papeles, y pasaba más tiempo con el comisario Leone que con Bianca. Se había negado a que fuera al instituto con los puntos todavía recientes, por eso Bianca se había pasado los dos últimos días en casa, sin forma alguna de comunicarse con Manuel, ya que no habían intercambiado ni teléfonos ni direcciones de correo.

Sabía que, de haber querido, Manuel podría haberle pedido su número a Valeria, sólo para saber cómo se encontraba. Pero no lo había hecho. Y en el listín telefónico no aparecía ningún Lambiase.

Ahora los folios con los retratos de Manuel estaban escondidos por toda la habitación de Bianca. Creía volverse loca, y no hacía más que dibujarlo en su escritorio, sin separarse de la tortuga de escayola, pensando cómo era posible que el tiempo, a veces, pasase tan lentamente que pareciera inmóvil.

Por fin, cuando pudo volver al instituto, atravesó el patio con las piernas temblorosas del nerviosismo. La moto de Manuel no estaba entre los ciclomotores aparcados, pero el cielo amenazaba lluvia y cabía la posibilidad de que hubiera ido en coche. Bianca no entendía por qué estaba tan impaciente por verlo. Quizá esperase alguna explicación sobre su huida de urgencias aquel día. Quizá simplemente lo echaba de menos, una idea absurda, dado que apenas lo conocía.

«Las cosas están torcidas.»

Bianca no quería que estuvieran rectas. ¿Cómo podría hacerlo? Además, era tan difícil encontrar una persona «torcida», que quizá simplemente tuviera ganas de comunicarse con alguien que la comprendiera, que no se riera de ella por ser una inadaptada y por tener intolerancia cada vez que se enfrentaba a una situación «recta», de esas en las que las familias se sientan sonrientes en torno a la mesa del desayuno como si estuvieran en un anuncio de la tele y ni siquiera entendieran el significado de la muerte.

–Entonces, ¿cómo estás? –le preguntó Valeria en cuanto se sentó en su pupitre junto a ella.

–Bien.

Manuel estaba allí, dos filas más atrás a la derecha, sentado en su sitio. No la

estaba mirando, tenía la cabeza metida en una revista y la expresión más sombría de lo habitual.

–¿Ha sido por su culpa? –preguntó Valeria, siguiendo la dirección de su mirada.

–No. De no haber sido por él, habría sido aún peor –respondió Bianca.

Valeria permaneció callada sólo por un par de segundos. Parecía impaciente por hablar del tema, quizá porque llevaba dos días esperando a que su compañera volviese para confirmar los rumores que circulaban.

–Se comenta que ha intentado… –susurró– …bueno, en fin, que ha intentado ponerte la mano encima y que tú has salido herida al tratar de huir de él.

–¿Y desde cuándo un tío que intenta violar a una chica la acompaña luego a urgencias? Habría que verificar los hechos antes de hablar a espaldas de los demás –siseó Bianca, indignada.

Valeria pareció reflexionar sobre la lógica de aquella observación.

–Puede que sea una forma de hacerte chantaje. Tu silencio a cambio de llevarte al hospital.

Inmediatamente sacudió la cabeza, sabiendo lo estúpida que sonaba su hipótesis. Sobre todo porque lo de «chantaje» no parecía encajar demasiado en la trama rosa que Valeria estaba determinada a descubrir.

–Soy amiga tuya, ¿no? –dijo a Bianca, dispuesta a comenzar desde el principio.

–Teniendo en cuenta lo que tú entiendes por amistad, sí –respondió ella enfadada. Valeria ignoró su sarcasmo y se le acercó para susurrarle algo al oído.

–Me he enterado del motivo por el que tu querido Manuel ha perdido un año de instituto.

–Eso no es una gran novedad. A mí también me contó que estuvo enfermo –replicó Bianca, colocando los útiles de dibujo encima de la mesa.

Valeria dejó escapar una risita.

–Es que no ha estado enfermo. ¿Tiene pinta de ser alguien que acaba de salir de una enfermedad?

–No sabemos nada de él –contestó Bianca con enojo. Aquella conversación no le gustaba, y tampoco le gustaba hablar de Manuel con Valeria. No quería hablar con nadie.

–Ha estado en la cárcel.

–Eso es una estupidez. Y tú lo sabes.

–Lo que sé es que el amor nos vuelve ciegos –subrayó Valeria–. Pero deberías tener cuidado. Parece que acabó allí por agresión. Estuvo a punto de matar a alguien –bajó la voz todavía más–. Un ajuste de cuentas.

Bianca hizo una mueca con los labios. No era cierto. Manuel amaba el arte, dibujaba con talento, sacaba buenas notas. No se correspondía para nada con el típico perfil de delincuente y Valeria no podía saberlo ya que, a sus ojos, lo único que leía eran revistas de coches y motos. Y de todas formas, si la gente había sido

capaz de inventarse un caso de violencia sexual por dos puntos en la cabeza, quién sabe qué cosas podían imaginarse de un chaval repetidor.

Cuando sonó el timbre del recreo, Bianca salió la primera y no sólo para huir de Valeria. No quería que Manuel tuviese la impresión de que estaba esperando un momento oportuno para hablarle, no quería arriesgarse a quedarse a solas con él y, sobre todo, quería comprobar si él la seguiría.

Bajó al patio y lo esperó.

Lo vio aparecer por las escaleras pasados unos minutos y salir por las puertas acristaladas, con las gafas de sol puestas. Echó a caminar por el lado opuesto del patio y se sentó justo enfrente de ella, pero lejos. Una distancia enorme y plagada de chicos y chicas. Bianca tenía los ojos fijos en él, esperando que levantase la mirada y tuviese el coraje de enfrentarse a ella.

Pero Manuel estaba a lo suyo, inmerso en la lectura. En un determinado momento se movió, únicamente para sacar del bolsillo de la cazadora un reproductor de Mp3 y ponerse los auriculares.

Aislado del resto del mundo, también había dejado fuera a Bianca. Ella, decepcionada, ofendida y enfadada consigo misma, decidió que le pagaría con la misma moneda. Se puso los auriculares que llevaba en el bolsillo y encendió su reproductor. Como de costumbre, empezó a sonar el disco de Pink Floyd, igual que de un año a esta parte. Seleccionó la canción «Breathe» y subió el volumen al máximo.

Respira, respira. No tengas miedo de tenerme. Déjame, no me dejes.

A la salida del instituto, Bianca bajó las escaleras junto al resto de sus compañeros y notó la presencia de Manuel detrás de ella. No se giró, aceleró el paso y caminó con la cabeza bien alta en dirección a la verja.

Fue entonces cuando vio a Paolo, el hijo del comisario, sentado en su *scooter* como si estuviera esperando a alguien. La primera reacción de Bianca fue desear que no hubiera ido a recogerla, pero luego cayó en la cuenta de que podía servirle para hacer entender a Manuel que su vida no dependía ni de él, ni de lo dispuesto que estuviera a concederle su amistad.

–Hey –lo saludó–. ¿Qué haces en esta escuela de mala reputación?

Paolo le sonrió y Bianca ya no tuvo ninguna duda: estaba allí por ella.

–Hola. La verdad es que andaba por aquí y he pensado en pasarme a saludarte.

Bianca le devolvió la sonrisa mientras con el rabillo del ojo veía que Manuel pasaba por detrás de ella.

–Qué detalle tan bonito –respondió ella hablando más alto de lo normal–. Podríamos comer juntos, si te apetece.

Manuel se detuvo junto al bordillo, esperando el momento oportuno para cruzar

la calle. Estaba tan sólo a unos pasos de ellos y, sin embargo, parecía que estuviese a kilómetros.

–Me encantaría –dijo Paolo, que se alegraba visiblemente de la invitación inesperada. Por la cara que puso, Bianca sospechó que había venido preparado para un rechazo brusco.

–Cojo el casco y voy contigo –propuso ella, de nuevo en voz alta.

Manuel cruzó la calle y llegó a la acera contraria, en dirección al lugar donde había aparcado el coche. Bianca agarró su casco lo más rápido que pudo y se montó detrás de Paolo de un salto, sujetándose a él como si fueran grandes amigos. Él puso la moto en marcha mientras charlaba de esto y aquello, pero Bianca estaba concentrada en Manuel. Estaba tan sólo a unos pasos, de espaldas. Caminaba a grandes zancadas pero despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Lo adelantaron y Bianca se apretó un poco más contra Paolo.

Un segundo después había terminado aquella estúpida escenita; se arrepintió casi inmediatamente, como mucho su actuación le había permitido desahogarse, pero no vencer la decepción. Después de dejar atrás a Manuel, estar con Paolo le resultaba insoportable, como si tras despertar de un sueño se hubiera encontrado en el lugar equivocado. Se apartó de él, sujetándose tan sólo con una mano, con la esperanza de no herirle, de que no se diera cuenta.

Paolo estuvo muy simpático, enfiló el paseo marítimo y la llevó a un sitio típico en el malecón, un bar especializado en pescado frito, frecuentado sobre todo por pescadores.

La comida fue exquisita, el aroma del mar se colaba por las ventanas abiertas y la atmósfera todavía estaba cargada con el calor del sol. Paolo habría sido el chico perfecto en un mundo perfecto. Reía sin levantar la voz, era amable, le había apartado la silla antes de sentarse y le había limpiado el pescado porque ella no era ninguna experta.

Hablaba de cualquier cosa y un par de veces incluso consiguió hacerla sonreír. Pero Bianca no se vio reflejada en sus ojos azules. No vio ninguna sombra secreta, ni rastro de melancolía. Paolo pertenecía al mundo «recto».

Querido Daniele:

Cuando tienes un arma apuntándote a la cara, no se te ocurre que sea real. Imagino que a ti también te sucedió lo mismo aquella noche. Estás ahí y te dices a ti mismo que no puede ser, que hay ciertas cosas que sólo suceden en la pantalla de la tele, que no has hecho nada para merecer algo así.

Puede que con el amor suceda lo mismo. Cuando quieres darte cuenta, ha penetrado en tu interior, ha llegado hasta la última de tus células y es demasiado tarde, se ha convertido en una especie de hiedra en torno a tu corazón y ya no tienes escapatoria, tu vida depende de él.

Bianca

XI

Desde una esquina apartada, sentada a la sombra de un pino, Bianca observaba el caos a su alrededor. Eran las diez de la mañana y el polideportivo estaba inundado por el sol y rebosante de estudiantes de todos los institutos de bachillerato de la ciudad y de profesores que trataban de agruparlos según el color de sus gorras.

Vio a la gente de su clase cerca de la línea de salida, Valeria pegaba saltos de impaciencia en medio del resto, la melena al viento. Manuel no estaba entre ellos. Vestido como siempre, en vaqueros y cazadora, estaba sentado en las gradas junto a unos pocos espectadores, padres y profesores en su mayoría. Tampoco llevaba aquella estúpida gorra, tan sólo las gafas de sol. Bianca lo observaba, protegida por las plantas y las flores de la zona verde que bordeaba la pista, y sentía un nudo en el estómago.

Llevaban cinco días sin intercambiar palabra. Manuel iba al instituto asiduamente, al contrario que de costumbre, pero teniendo en cuenta la determinación con la que se aislaba, para el caso como si estuviera ausente. En la única ocasión que Bianca había intentado comunicarse con él, con la excusa de devolverle el distanciómetro, olvidado en su mochila, él había respondido con un lacónico «Gracias Prandi».

A continuación, había continuado con su trabajo de dibujo.

Al salir de clase, Bianca lo había visto un par de veces subir al coche de un chico mayor, un tío con pendiente y cadena de oro al cuello que parecía tener convulsiones a juzgar por lo mucho que se movía y gesticulaba. Los había visto discutir airadamente, antes de que el gran todoterreno negro desapareciera al final de la calle.

En cualquier otro momento de su existencia, Bianca habría mantenido las distancias con Manuel sabiendo que relacionarse con un elemento como aquél le traería problemas seguro. Pero ahora no le importaba. Repasaba los pocos instantes en los que no habían existido barreras entre los dos, en la capilla, en el hospital, y sentía que su frialdad tenía que ser pretendida.

En ese instante, Manuel se quitó las gafas de sol y miró en su dirección. Bianca sintió que el corazón le daba un vuelco y se apretó contra el tronco del pino, intentando mimetizarse con la corteza todavía más. Por los altavoces se oyó una voz que anunciaba el comienzo inminente de la carrera de relevos, solicitando a los participantes que se unieran a sus equipos lo antes posible.

Bianca se levantó con desgana, con la gorra azul en la mano, y caminó en

dirección a sus compañeros, respondiendo al gesto de saludo de la profesora de Educación Física.

Había intentado correr despacio durante los entrenamientos y las pruebas de selección, porque llamar la atención era la última cosa en el mundo que la hacía feliz. Pero puede que por la rabia o por el cansancio de fingir una cosa más, sus resultados habían sido mejores que los de las demás. Bianca sabía correr. Valeria estaba que no se lo creía.

–¿Cómo es posible? ¡Eres la persona más estática que conozco! –había exclamado, sudorosa y jadeante, después de que la hubiera dejado atrás sin esfuerzo.

–Me estoy entrenando para fugarme –había respondido ella. Y Valeria le había preguntado ya al menos un millón de veces qué quería decir. Probablemente esperaba que se tratase de una fuga de enamorados, a pesar de que le había repetido que no era más que una broma. Si hubiese sabido lo mucho que sus conjeturas se alejaban de la verdad –fugarse por amor con un ex convicto que no parecía interesado en las chicas, pero que un día se había dejado llevar por la pasión y prácticamente se había abalanzado sobre ella– se habría quedado tan decepcionada que Bianca había evitado desilusionarla.

Iba a salir con el último relevo, y la profesora le había dicho que las esperanzas de su equipo estaban puestas en sus piernas. Tendría que recuperar el terreno perdido por sus compañeras y tratar de llegar en primer lugar a la meta. Mientras tanto, Manuel la miraría desde las gradas junto a la línea de salida. O quizá no la miraría en absoluto.

Debido a sus esfuerzos para no mirarlo, ni siquiera sin querer, Bianca perdió la noción del tiempo y se distrajo completamente de la carrera. No tenía ni idea de cómo habían corrido sus compañeras de equipo, aunque las escuchaba resollar y lamentarse a su lado.

–Prepárate, Prandi –avisó la profesora.

Vio llegar a Valeria, roja del esfuerzo de perseguir a las contrincantes, y se colocó en posición. Se preparó para recibir el relevo con el brazo tendido hacia atrás, agarró el testigo y salió disparada, como si no tuviera la intención de detenerse, sino de atravesar las verjas y desaparecer para siempre.

Con los pantalones cortos de gimnasia, su cuerpo, envuelto normalmente en ropas anónimas, se revelaba en toda su armonía. Tenía unas curvas hermosas, unos músculos elásticos y la piel clara e impoluta. Con el pelo recogido en una coleta para la carrera, el rostro parecía más luminoso y los ojos más grandes, de un verde intenso, enmarcados por largas pestañas. Algunos mechones se le habían escapado de la coleta y caían con elegancia sobre su cara, ondulados por el viento y la carrera.

Su equipo no ganó. Bianca lo había dado todo, pero le sacaban casi media vuelta

de ventaja y no fue capaz de recuperarla. Se retiró junto a las demás fuera de la pista, respirando el aire de desilusión reinante, capaz de desmoralizar a la mismísima Valeria. A sus oídos llegaban los gritos de júbilo del instituto vencedor, y Bianca aprovechó la confusión y la ocasión de estar en medio de sus compañeros para levantar la vista. Manuel ya no estaba. Lo buscó con la mirada, sabía que no podía haberse marchado, debía encontrarse por allí, en las pistas de atletismo.

Mientras la profesora repartía instrucciones entre los compañeros que iban a correr la prueba de obstáculos, se alejó de nuevo con la excusa de ir al baño.

Dio vueltas por el césped en torno a la pista, donde se repantingaban chicos y chicas de todas las edades comiendo bocadillos o calentando para las próximas pruebas. Se respiraba una atmósfera de alegría, y era insoportable.

–Hola, Bianca.

Paolo había aparecido delante de ella y le sonreía. Tenía el pelo revuelto, quizá porque él también había estado corriendo, y una camiseta azul, del mismo color que sus ojos.

–Hey, ¿has ganado algún trofeo? –le preguntó sin mucho entusiasmo.

–Pues la verdad es que sí –respondió él azorado–. En salto de altura. ¿Y tú qué tal estás?

Por un segundo, Bianca contuvo el aliento. Estaba tan acostumbrada a responder de forma automática a esa clase de preguntas, tan habituada a esa mecánica, que cuando notó que el interés de Paolo era sincero, estuvo tentada de sorprenderle con la verdad.

«Un asco. Y no hace más que ir de mal en peor.»

–Bien –dijo finalmente–. Hemos perdido en relevos pero no haré una tragedia de eso.

–Te he visto correr, eres todo un fenómeno –dijo Paolo con admiración.

–Me entreno para escaparme –repitió Bianca con una media sonrisa. Paolo se echó a reír de un modo tan estrepitoso que pareció exagerado.

–Estás muy guapa así vestida –le dijo con dulzura, refiriéndose a su ropa de deporte. Ella agachó un poco la cabeza y la sacudió, feliz de que por lo menos él se lo hubiese dicho mirándola a los ojos y no dirigiéndose a otras partes de su cuerpo.

–No son más que unos pantalones cortos –replicó.

–Claro, pero la chica que los lleva también habrá puesto algo de su parte –bromeó Paolo–. ¿Qué me dices de ir al bar a por un helado? Quizá deje de decir tonterías con la boca llena.

–No puedo –respondió ella–. Dentro de un rato tengo otra carrera y no me gustaría vomitar en la pista.

–Claro –apuntó él, aunque parecía algo decepcionado–. Entonces vente el domingo al campo conmigo. Bueno, conmigo y con mis amigos. Organizamos una

barbacoa en mi casa. Sin adultos y sin artistillas. Te vendría bien desintoxicarte un poco.

Bianca frunció el ceño, pensando por un segundo que podía referirse a Manuel, pero después sonrió, se había dado cuenta de que él no podía saber nada y que sólo había hecho una broma sobre el instituto al que iba.

–Bueno, verás, quizá tenga turno en el museo y…

–Bianca.

Una voz hizo que se dieran la vuelta, Paolo molesto por la interrupción, Bianca con el corazón en la boca. Era su voz. Miró a Manuel fijamente sin articular palabra.

–Tengo que hablar contigo –le dijo. Sus ojos no se veían tras las gafas de sol, pero a juzgar por el gesto duro que mostraba su boca, no era difícil imaginar que estuvieran serios y sombríos.

–Ahora no, estoy ocupada –le respondió ella, enfadada por su tono autoritario–. De todas formas, sea lo que sea lo que tengas que decirme, no creo que me interese.

Se volvió hacia Paolo, que a pesar de parecer molesto, le tendió una mano a Manuel y se presentó.

–Encantado. Soy Paolo, un amigo de Bianca.

–Manuel. Estamos juntos en la misma clase –respondió él–. ¿Te importa si te la robo?

–La verdad es que sí –contestó Paolo. Se miraron fijamente un segundo que pareció larguísimo, hasta que Bianca intervino.

–Nos vemos el domingo –dijo a Paolo–. Llámame para decirme el sitio y la hora. Me alegro de que me hayas invitado.

–Bien –exclamó él con alegría–. Entonces hablamos pronto.

Se alejó un tanto reacio, echando una última ojeada a Manuel, pero satisfecho por haber conseguido lo que quería: Bianca, toda para él durante un día entero en el que podía suceder cualquier cosa.

–No me gusta ese tío –comentó Manuel, siguiéndolo con la mirada.

–No me apetece charlar contigo –replicó Bianca–. Dime lo que tengas que decirme y desaparece.

Él vaciló. Ahora que la tenía delante, no sabía qué decir. El problema era cómo comenzar, por dónde. Se quitó las gafas. Tenía los ojos turbios e inquietos. Bianca sintió un escalofrío pero lo ignoró y le sostuvo la mirada. En el fondo, muy en el fondo, aparecía la melancolía y muchos otros matices que no sabía descifrar, pero que parecían querer decirle algo.

–Quizá deberíamos terminar el trabajo.

Bianca frunció el ceño como si no le hubiese entendido bien.

–¿Y eso qué demonios tiene que ver?

–Nos pondrán una mala nota –continuó él, dudoso.

–Me importa bien poco –bufó ella–. No quiero verte nunca más fuera del instituto. No me apetece volver a darme la vuelta y no encontrarte. Es frustrante. Es estúpido. Es humillante.

–Ésa no era mi intención –se justificó él.

–Dijiste que no querías tenerme cerca, por eso de verdad que no entiendo qué demonios estás haciendo aquí –exclamó Bianca alzando el tono de voz. Alguien a su alrededor se giró para mirarlos, por eso Manuel la llevó aparte, a un pinar al fondo de la zona verde.

–Me miras –dijo Manuel–. Sé que lo haces, todo el rato.

Para que no los escuchasen los chicos que pasaban por allí, estaban muy cerca el uno del otro, lo necesario para susurrar lo que tenían que decirse. Bianca notaba su calor, su perfume, y se llamó mentalmente idiota por no ser capaz de controlar sus propias emociones hasta el final. Podía contener el impulso de rodearle el cuello con los brazos, sí, pero no podía evitar desearlo, tanto como para sentir una punzada de dolor en el pecho.

–Yo no te miro, te has vuelto paranoico –replicó. Apartó la mirada y se concentró en un punto lejano de la pista. Pero no sirvió de nada. Lo notaba tan cerca que era como si se estuvieran abrazando.

Manuel suspiró. Era algo tan difícil y tan complicado que por primera vez en su vida sintió que había perdido el control de la situación. Las palabras que salían de sus labios eran completamente distintas a las que le rondaban la cabeza desde hacía días.

–Tienes que mantenerte alejada de mí, Bianca. Te lo suplico, escúchame –murmuró con desesperación. Ella se giró y notó que su expresión había cambiado. Parecía a punto de ponerse a llorar o a gritar.

–No puedes obligarme a sentir lo que tú quieras –respondió ella, cerrando los ojos por un instante. Si no le doliese tanto el corazón, habría sido posible razonar. Escapar. Pegarle. Cualquier cosa menos aquella distancia equivocada.

Manuel la cogió por los hombros, obligándola a abrir los ojos.

–Esta vez no te besaré. No lo haré porque tienes que mantenerte alejada de mí –dijo con agitación–. He sido un estúpido y lo siento. Tendría que haberle puesto fin a todo antes de que comenzase porque soy el único de los dos que puede entender que esto no puede salir bien.

–¿Ponerle fin a qué? –le atacó ella–. Entre nosotros no hay nada, y además no haces más que salir corriendo y es imposible hablar contigo. Puede que tengas miedo a no saber manejar lo que sientes.

Él le ofreció una sonrisa dolida.

–No sabes nada de mí. ¿Cómo puedes decir eso?

–Porque es el mismo miedo que me impide comportarme como de costumbre –

respondió Bianca con lágrimas en los ojos–. Hay momentos en los que ya no soy capaz de entender ni quién soy, y todo es por tu culpa.

Manuel contuvo el impulso de abrazarla. En un mundo perfecto, habría sido bonito poder hacerlo. Pero sabía que ése era justamente el momento de resistir, de rechazarla.

–Tienes que fiarte de mí –le dijo–. No me mires, no me dibujes en el cuaderno, no pienses en mí nunca más. Es la única forma de no destruirnos el uno al otro.

Cada una de sus palabras era una puñalada en el alma. Las lágrimas que Bianca había contenido se deslizaron por sus mejillas en silencio, a pesar de que la expresión de su rostro era de rabia y de desilusión.

Manuel se giró de golpe, como siempre hacía, y se alejó con rapidez para no arriesgarse a ceder a sus sentimientos. Si aquello que sentía se parecía aunque sólo fuera un poco al amor, su única forma de demostrárselo a Bianca era manteniéndose lejos de ella.

La multitud festiva de chicos lo engulló. Manuel sabía por lo que Bianca estaba pasando en ese momento, pero no podía hacer nada para evitarlo.

XII

Manuel miró fijamente el mar azul oscuro que se extendía ante él. Lo del vertido de los residuos había sido una idea estupenda, lo sabía, pero se sentía inquieto igualmente, como si algo no encajase

El armador albanés, un tipo de traje y corbata que apestaba a sudor y a cerveza, y que tenía la mirada como los ogros de los cuentos, gesticulaba continuamente para suplir sus carencias idiomáticas. Manuel no tenía necesidad de escucharlo, conocía el procedimiento porque había hecho uso de él otras veces, aunque para librarse de otra clase de residuos.

–¿Tú entender? –preguntó el armador, poniéndole una mano en el brazo. Manuel lo retiró instintivamente, con cara de rabia.

–No me toques o te meto una bala entre ceja y ceja, ¿entender tú? –exclamó para descargar la tensión. Angelo tendría que haber estado allí, tal y como había ordenado Tano, pero no se había presentado y a Manuel no le gustaba tratar con aquella chusma sin nadie que le cubriera las espaldas. Tan sólo quería cerrar el trato deprisa y marcharse.

–Perdona, amigo –dijo el albanés, aunque, a juzgar por la sonrisa maliciosa en su cara, no parecía sentirlo en absoluto. Desde que se habían encontrado en el puerto, había estado mirando a Manuel con ese aire divertido. Éste continuaba inspeccionando los alrededores, porque sabía, o mejor dicho, sentía, que el tipo no estaba solo.

–Perdona una mierda –replicó sacando la pistola del bolsillo de atrás de los vaqueros–. Borra inmediatamente esa sonrisa de tu cara o te la borro yo.

–Yo no broma –respondió el hombre a la defensiva–. Yo quiero dinero. Hacer trabajo limpio.

«Limpio.»

Manuel siguió apuntándole con la pistola.

–Entonces ya sabes cuáles son las condiciones. ¿Cuánto tardarás en encontrar un barco adecuado?

El albanés se encogió de hombros.

–Creo un mes. Posible seis semanas.

–Un mes está bien –replicó Manuel–. Ni un día más.

–Pero yo no puedo estar seguro, tener que ir antes a Kavaja para hablar con mis amigos –dijo el hombre–. Tú sabes que yo no puedo llevar barco vacío. Traemos personas con barco y luego tiramos carga.

–A Tano Di Giacomo no le interesan vuestros negocios –dijo Manuel–. Os

hemos ofrecido un montón de pasta, ahora esperamos que todo se haga según nuestras necesidades. Un mes, ni un día más.

El albanés entornó los ojos y escupió al suelo.

–Tú demasiado joven para hacer negocios con nosotros. ¿Por qué Tano no está aquí?

Manuel escuchó algo moverse a sus espaldas. No se giró y continuó apuntándole con la pistola, el brazo inmóvil y la mano firme. Si le disparase desde esa distancia, le volaría esa cara tan horrible.

–Dile a tu hombre que baje el arma.

–Tú apuntas con pistola. Pero yo soy amigo –dijo el albanés.

Manuel escuchó el clic del seguro de una pistola al ser liberado. Detrás de él había alguien que lo tenía en el punto de mira, pero si se giraba, el albanés tendría una oportunidad para saltarle encima.

–Si eres amigo mío, eres amigo de Tano –dijo, recalcando las palabras–. Pero si se entera de que me has amenazado, no creo que se ponga contento.

El albanés lo escrutó un segundo y luego hizo un gesto en dirección a su cómplice.

–De acuerdo, un mes –consintió–. Llevo barco a puerto y tú traes hombres.

–Llegaremos con varios camiones para transportar fruta. Así los trámites serán más rápidos en la aduana –explicó Manuel.

El albanés se echó a reír, pero su carcajada se vio interrumpida por varios golpes de tos.

–¿Vosotros pasar veneno por fruta? ¡Vosotros magos!

–No tiene ninguna gracia.

–Seguro que peces no ríen –continuó el hombre, todavía divertido. Incluso su compinche se estaba riendo. Se acercó y entró en el campo visual de Manuel. Era alto y fornido, con una cicatriz inflamada que le recorría el pómulo derecho–. Ok, amigo. Tendréis barco. Vosotros contentos, nosotros contentos. –le tendió la mano y Manuel se la estrechó con desgana.

–Saluda a Tano. Di que Spiro siempre ayuda –concluyó el albanés.

–Se lo diré.

Los dos se alejaron y se aproximaron al deportivo negro que tenían aparcado en el desguace, en el lugar donde se almacenaban los contenedores.

Manuel al fin relajó los dedos sobre la empuñadura del arma y volvió a respirar con calma, tratando de ignorar el dolor de cabeza que ahora sentía.

Se subió a la moto y se puso el casco justo un segundo antes de que un todoterreno negro entrase a gran velocidad en el desguace, levantando una polvareda que el viento se llevó en dirección al mar. Manuel observó cómo parte del polvo iba a parar a su cazadora negra, como un velo de harina amarillenta, y suspiró.

–¿Me he perdido algo? –preguntó Angelo mientras bajaba del coche, dejando la puerta abierta.

–Nada importante. Puedes volverte a casa –respondió él, arrancando la moto.

Angelo no pareció contento con la respuesta. Nunca lo estaba.

–¿Me vas a despachar así? Como piensas que no cuento para nada, crees que puedes apartarme del todo, ¿verdad, cabroncete?

Se le había acercado demasiado. Manuel se movió para dar marcha atrás pero él lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

–¿Me has escuchado?

–Te he escuchado –respondió–. El trato está cerrado, tu padre estará contento. Podemos dejarlo así.

–Pues yo digo que no podemos –dijo Angelo, agitado. Movía las piernas como si estuviese a punto de echar a correr–. Lo que yo digo es que tenemos que aclarar algunas cosas.

Manuel apagó el motor, con aparente tranquilidad, bajó la patilla y se apeó, quitándose el casco.

–Te escucho. Pero no me gusta tu tono. Si has perdido la confianza de tu padre no es mi culpa.

–Esas estupideces me importan una mierda –exclamó el otro–. Sólo tú eres capaz de tragarte las historietas dramáticas de mi padre, porque te gusta lamerle el culo. Pero yo no permito que me jodan, por eso él me odia.

Manuel sabía a lo que se refería Angelo. Se refería a Tano, el padre autoritario que tenía aterrorizados a sus hijos varones, despertándolos en mitad de la noche a punta de pistola para que se acostumbraran a reaccionar con rapidez. Tano, que no escatimaba golpes con quien osara contradecirlo, que una Nochebuena había destrozado el árbol de Navidad a patadas, porque se había enfadado por algo que había dicho Mariano y no había conseguido controlarse, destruyendo también todos los regalos que esperaban para ser abiertos.

Después nació Teresa y, poco tiempo después, Manuel llegó y las cosas cambiaron gradualmente. El *boss* fogoso e irascible se había relajado, sobre todo por miedo a perder el apoyo de sus chicos o incluso el pellejo. La muerte de los hijos mayores había hecho el resto.

–¿Qué quieres que haga? ¿Debería desobedecer a tu padre? –le preguntó Manuel, decidido a no dejarse intimidar. Angelo se pasó una mano temblorosa por la cara, como si quisiera aclararse las ideas, seguía agitado. Luego lo miró.

–Sé lo que vas buscando. Quieres la pasta, ¿a que sí? –dijo–. Quieres que te entregue en mano el negocio y que nuestro dinero, el dinero de la familia, pase a ser tuyo.

–Estás equivocado.

–¡Es así, maldito cabrón! –gritó Angelo–. Mi padre te paga la moto, el coche y

ahora también la universidad. Estarás satisfecho cuando te cases con Teresa, será todo para ti.

Manuel apretó los puños.

–Yo trabajo para tu padre. Esas cosas me las he ganado. Algo que no se puede decir de ti.

–No eres nadie, ¿te enteras? No puedes darme órdenes, no puedes juzgarme –se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja–. ¿Hace cuánto tiempo no te doy una pequeña lección?

–Ya no somos niños –apuntó Manuel.

Angelo se acercó todavía más, pero Manuel no retrocedió. Era un juego que practicaban de pequeños: Angelo le ponía la navaja delante de la cara para ver cuánto tardaba en salir corriendo. Años atrás, Manuel reculaba en cuanto sentía el filo helado sobre la piel. Pero esta vez no se movió, dejó que Angelo apoyase la navaja contra su mejilla y continuó observándolo con una expresión neutra.

–¿Qué pasa, ya no te doy miedo? –preguntó Angelo, sonriendo a diez centímetros del rostro de Manuel–. Todos dicen que eres muy guapo. Puede que, con una cicatriz como la del albanés, estuvieras un poco más feo. ¿Qué dices?

Manuel sintió un escalofrío.

–¿Y cómo sabes que el hombre de Spiro está desfigurado? ¿Has estado aquí todo este rato?

Angelo guiñó un ojo sin soltar la navaja.

–Te estaba observando con los prismáticos. Si te hubieran liquidado, no me habría gustado perderme el espectáculo.

–Eres un cobarde –siseó Manuel, con los ojos chispeantes de rabia.

Angelo apretó el filo de la navaja contra su mejilla.

–Ahora le irás con el cuento a Tano y te dirá que tú eres estupendo y que yo estoy descontrolado. Eso es lo que te gusta, pero por lo menos me gustaría darte un buen motivo para acusarme.

–En cambio a ti te gusta hacerte la víctima. Aunque sabes bien cómo suelen acabar las víctimas –replicó Manuel. Estaba inmóvil frente a Angelo y sentía cómo la hoja de la navaja atravesaba la capa más superficial de su piel. Pero no se retiró, esta vez no. Angelo hundió la punta y un hilo de sangre apareció en el rostro de Manuel. Luego se detuvo.

–Así te acordarás mejor de esto: de ahora en adelante, cúbrete las espaldas –dijo–. No tengo intención de renunciar a mi destino. Métetelo en la cabeza.

Giró en dirección al todoterreno y Manuel tuvo la ocasión para reaccionar y atacarlo. Pero no lo hizo. Se secó la sangre de la mejilla con el dorso de la mano y observó la mancha roja que le quedó en la piel.

Si Tano no le hubiese pedido explícitamente que le echara un ojo a Angelo, nunca jamás lo habría dejado marchar sin hacérselo pagar. Se montó de un salto en

la moto y la arrancó con furia, decidido a quemar kilómetros para desahogar su rabia y su frustración, los únicos sentimientos que le estaba permitido experimentar.

XIII

Era algo que Bianca no habría hecho jamás, ni siquiera bajo tortura, pero estaba desesperada.

Durante la clase de Anatomía de dos horas prevista para ese día, la profesora Santoro tuvo un contratiempo: la modelo se había puesto enferma y había avisado al instituto unos minutos antes, por lo que resultaba imposible sustituirla.

–Menudo problema –se lamentó–. Si no hacemos esta práctica, no podremos cumplir el programa.

Pareció reflexionar un segundo y luego se aclaró la garganta.

–Chicas, ¿no querríais prestaros alguna a hacer de modelo? En traje de baño, por descontado.

Alguien soltó una risita. Subirse a un estrado para posar medio desnuda y exponerse a todo el mundo era lo más bochornoso que se podía imaginar.

–La que se ofrezca no tendrá que hacer esta práctica –continuó la Santoro–. Obviamente, preferiría a alguien con buenas notas.

Bianca levantó la mano.

Valeria, pasmada, la miró con la boca abierta.

–¿Te has vuelto loca? ¡Nuestros compañeros son todos unos salidos!

–Prandi, gracias a Dios –exclamó la profesora con alivio–. Me has sacado de un buen apuro.

–Estarás marcada de por vida –cuchicheó Valeria con voz agitada, en un intento de disuadirla–. ¡Podrán analizar todos tus defectos y echártelo en cara durante el resto de tus días!

–Pues ya ves tú qué tragedia –replicó Bianca, levantándose de su sitio.

Entró en el cubículo que hacía de vestuario y se puso el bikini azul que la profesora le había entregado y que guardaban allí para cuando no hacía falta que la modelo estuviese completamente desnuda.

Se miró en el espejo que colgaba de una de las paredes; a pesar de su piel blanca como la nieve, no tenía nada de lo que avergonzarse. Inspiró profundamente, tratando de no pensar que durante una hora y media tendría que soportar lo que más detestaba en el mundo: que la mirasen. Entró en la clase con la cabeza alta o, al menos, lo más erguida posible.

–Perfecto –exclamó la Santoro–. ¿Podrías recogerte el pelo de forma que se te viera la curva del cuello, por favor?

Bianca asintió y tomó el elástico que la profesora le tendía. Con el cabello

recogido se sentía aún más expuesta, pero se mantuvo firme y subió al estrado intentando parecer relajada.

–Venga, Prandi –gritó Leo desde su pupitre–. Márcate una posturita sexy.

Algún otro compañero silbó y se rió.

–Se confunde con la pared, de lo blanca que está –comentó algún otro, provocando una carcajada general.

–Chicos, ¿qué os parecería fingir que sois personas adultas durante un par de horas? –inquirió la profesora Santoro con un suspiro.

Mientras tanto, Bianca, ignorando lo que sucedía a su alrededor, asumió la postura que la profesora le había indicado, sentándose en un escabel con las piernas cruzadas, el pecho erguido y el mentón levemente alzado. Fijó la vista en la esquina de su izquierda: era la misma postura que habían estudiado en la última clase y que ahora debían completar. Bianca sabía que tendría que mirar en dirección al sitio de Manuel.

Ésa era la única razón por la que se había prestado a aquel suplicio: que se viera obligado a mirarla fijamente durante toda la clase. Llevaba días evitándola y era insoportable no conseguir que sus miradas se cruzasen, para intentar encontrar algo que no fuese indiferencia, distancia, frialdad.

Manuel se revolvió en la silla. Colocó el papel en el caballete en un intento de permanecer escondido, pero para dibujar necesitaba exponerse y mirar.

Con expresión impasible, empezó a mover el carboncillo sobre el papel, siguiendo las líneas del cuerpo de Bianca como había hecho miles de veces con la modelo. Pero tras unos minutos, tuvo que arrancar el folio y volver a comenzar. Normalmente le suponía un gran esfuerzo representar seres vivos, pero en ese momento le pareció imposible controlar el lápiz. Cada vez que alzaba la mirada, encontraba los ojos de Bianca fijos en él. Y eran unos ojos que le hablaban, que le preguntaban, que le atravesaban. A pesar de que ella mantenía los labios sellados, Manuel sentía cada una de las frases que habrían podido pronunciar.

Se detuvo un segundo e inspiró profundamente.

«No es más que un dibujo.»

Colocó la silla de modo que el caballete no le ocultara.

Se expuso ante ella con la espalda recta y el carboncillo entre los dedos. En ese momento, la idea de que el resto de sus compañeros podían ver a Bianca igual que él lo hacía era suficiente para que le hirviese la sangre.

Manuel sostuvo la mirada de Bianca durante tres, cinco, diez segundos, en los que ni siquiera parpadeó. Después, muy despacio, comenzó a dibujar empezando por el rostro. Siguió los rasgos de ella reconociendo cada curva, deteniéndose en los mechones de pelo que se escapaban del recogido, perfilando la línea delicada de los labios esquivos e infantiles.

Tuvo que detenerse de nuevo para quitarse el jersey. Tenía calor y el corazón

acelerado, como si en la clase faltase el aire. Con su camiseta gris, ajustada al pecho y los bíceps, retomó el trabajo interrumpido y bajó por la curva del cuello de Bianca. A cada trazo de carboncillo, Manuel se veía obligado a controlar un poco más su propia respiración y a repetirse que no era más que un dibujo, que su mano se movía sobre un trozo de papel y no sobre su auténtico cuerpo.

Bianca lo observaba, tenía todo el tiempo del mundo y no tenía otra cosa que hacer más que estar quieta con la mirada puesta en la única persona que le interesaba sobre la faz de la tierra. Manuel tenía una herida en la mejilla, y era tan guapo que por un segundo se avergonzó de estar expuesta ante él, con sus imperfecciones, a las que él parecía ajeno.

Lo vio quitarse el jersey y contuvo una sonrisa. En sus ojos negros había visto incomodidad al principio, luego determinación y control pero ahora, el calor de sus sentimientos era tan evidente que Bianca sintió que el dolor que llevaba en el pecho desde hacía días se desvanecía de un plumazo y se convertía en simple excitación. Mientras, Manuel descendía para dibujarle los brazos, evitando su pecho, deteniéndose a conciencia en las manos y en cada dedo. Ella lo veía apretar los labios como si tratase de contener un impulso. Esperaba que ninguno de sus compañeros fuera capaz de interpretar la nueva expresión de su cara y se alegró de que las mujeres pudiesen esconder lo que les pasaba por la cabeza. Manuel trazó la línea que unía la nalga de Bianca con el inicio de su pierna. Se detuvo con un ligero suspiro, agitó la cabeza y le sonrió. No era capaz de continuar.

«Se ha rendido.»

Ella permaneció impasible para no modificar la pose, pero le sonrió con los ojos, si es que algo así era posible. Estaba segura de que Manuel la había entendido.

–No te tocaré.

–No me importa. Me basta con que no huyas.

Se habían encontrado en el patio, durante el recreo, sentados tras un muro que protegía un tramo de las escaleras, delante de una puerta que nunca se abría.

–De todas formas –añadió Bianca–, siempre puedo tocarte yo.

–No te lo permitiré.

Bianca sonrió, estaba mintiendo. Alargó una mano hacia él y le acarició la oreja derecha. Luego bajó por el cuello y le cogió el mentón, alzándolo un poco.

–Podría besarte –le dijo.

Manuel la cogió por la muñeca, pero no la apretó. La cogió entre los dedos como quien sostiene algo frágil y precioso.

–No estoy bromeando, destrozo todo lo que toco.

Bianca le soltó la barbilla y, con la mano, le apartó algunos rizos oscuros que le caían sobre la frente. El pelo le crecía formando ondas en torno a la cara y espeso en la nuca, como una pequeña tormenta negra.

–Por cómo me miras nadie lo diría –comentó ella con un suspiro–. ¿Es eso lo que te ha pasado en la mejilla?

–Soy una especie de planta carnívora –dijo Manuel sin responderle–. Hermosa por fuera, pero mortal si te acercas.

Bianca se puso de pie de un salto y lo miró desde lo alto. Él levantó la cabeza, en un gesto que lo mostró vulnerable por un instante.

–Siempre me repites lo mismo, pero no quieres explicarme qué significa.

–No puedo. No quiero.

–Está bien, entonces no me lo cuentes –exclamó Bianca–. Pero creo que te has hecho una idea equivocada de mí.

–Ah, ¿sí?

–Sí. Tú quieres protegerme de no sé qué –dijo ella con fervor–. Lo que no sabes es que no hay nada que proteger. Por dentro me siento… me siento destrozada. Puedes decirme lo que quieras, puedes ser como quieras, yo no saldré huyendo. No tengo ningún motivo para hacerlo.

Manuel le dirigió una sonrisa escéptica:

–¿Sabes lo que veo delante de mí?

–A Bianca Prandi –dijo ella con ironía, estirando los brazos.

Al escuchar el apellido de Bianca, el rostro de Manuel se ensombreció un segundo. De repente se acordó de que todo aquello no era un juego, que cada gesto que él hacía, cada palabra que pronunciaba, le conducía en una dirección precisa: la dirección equivocada.

–Veo una chica melancólica –continuó–, que no desea estar con el resto de la gente y que guarda en su interior un dolor secreto. Lo sé, lo presiento. Pero no quiero saber qué es. Lo que más me interesa es que no vaya a peor. Que pueda volver a sonreír, a vivir a la luz del sol.

–¡La luz! –exclamó Bianca con una risa triste–. ¿Qué te has creído? ¿Qué hay de bonito en la luz? No es más que un engaño. En las sombras sabes que no puede sucederte nada peor, que has tocado fondo y que sólo es cuestión de tiempo que todo el mundo acabe allí. Porque nos toca a todos, tarde o temprano.

Manuel apretó los labios. Habría querido decirle que no era cierto, pero no tenía ni idea, hacía tanto tiempo que vivía en las sombras que nunca se había dado cuenta de lo tranquilizador que podía llegar a ser. Se pasó una mano por la cara y se puso en pie para enfrentarse a Bianca.

–Tú que sabes lo que significa vivir a la luz del sol, ¿por qué no deseas volver? –le preguntó–. A mí, que nunca he conocido otra cosa en la vida, me cegaría. Poder ser cualquiera, hacer lo que quisiera. Imposible. ¿Pero tú? Tú sí tienes esa posibilidad.

Bianca negó con la cabeza:

–No lo sé. Puede que tenga miedo a sentirme decepcionada de nuevo. No podría

soportarlo, por eso estoy bien así.

Manuel la abrazó en un impulso y ella dejó que sus brazos la envolvieran. Por un segundo se sintió segura, después la inquietud de él le atravesó la piel y le alcanzó el corazón. Lo estrechó más fuerte.

–Podríamos intentar ser normales –le propuso.

Manuel permaneció en silencio, con la cara escondida entre su pelo.

–Podríamos hacer lo que hace el resto de los chicos –continuó Bianca, aunque ni ella se lo creía–. Ven conmigo al campo mañana. Nos divertiremos, una barbacoa entre amigos, todos contentos, al sol. Puede que funcione.

Él se apartó para mirarla:

–Puede que sí, ¿dónde?

–En casa de Paolo, ese chico que conociste en el campeonato –respondió Bianca esperanzada.

Manuel enarcó una ceja:

–Te he dicho que no me gusta ese tío. Yo sé calar a la gente.

Ella se rió.

–Pues esta vez te equivocas –replicó–. Te aseguro que Paolo Leone es el chico más honesto, amable y previsible que existe sobre la faz de la tierra.

–¿Leone? ¿Se llama así? –preguntó él con expresión desconfiada.

–Sí, es hijo de un comisario –respondió Bianca–. Imagínate lo peligroso que puede llegar a ser. Tiene una casa en el campo y me ha invitado, no creo que le importe que lleve a un amigo.

Manuel pensaba a la velocidad de la luz. Uniendo las piezas, intuyó que Paolo era el hijo precisamente de ese comisario, el que trabajaba con el padre de Bianca para acabar con los negocios de los De Giacomo. Sacudió la cabeza.

–¿No te gustan las barbacoas? –le preguntó Bianca.

–Mañana no puedo ir –respondió él–. Tengo un compromiso familiar. Ya sabes, comida con los padres.

Ella parecía decepcionada.

–Quizá podríamos vernos cuando hayas acabado.

Lo miró y lo comprendió todo.

–No tienes ninguna comida con tus padres. Está bien. ¿Qué nos queda? ¿El instituto y nada más?

–Déjame que lo piense –respondió Manuel, con gesto severo–. Podríamos encontrar algún modo de ser amigos. Nada más que amigos.

–Nada más que amigos –repitió ella, sabiendo que ni siquiera él se creía algo así. Había bajado las defensas, quizá bastaba con insistir para que se rindiese definitivamente.

–No me tomes el pelo –replicó él, turbado–. Cuando tomo una decisión, nunca me echo atrás. No te besaré, no te tocaré. Tienes que mantenerte alejada.

–¿Como cuando me has abrazado hace un momento? –preguntó Bianca, sin rastro de malicia en la voz.

Él se apoyó contra el muro y levantó el rostro hacia el cielo.

–Te lo suplico, Bianca –le dijo–. Tienes que ayudarme. Si sigues así, conseguirás que me vuelva loco.

Bianca se asustó de su tono de voz. Parecía desesperado. Y solo. Le tocó el brazo sin acercarse.

–De acuerdo –le tranquilizó–. Lo haremos a tu manera. Pero no desaparezcas otra vez. ¿Me lo prometes?

–Prometido.

Querido Daniele:

Te echo tanto de menos.

Si estuvieras aquí conmigo, saldríamos los dos juntos y te llevaría a la playa y a comer pescado, te gustaba tanto. Te presentaría a una persona especial, alguien que me ha devuelto las ganas de sonreír. Si pudieras verme, quizá no me reconocerías. Me siento tan distinta y, a la vez, soy la de siempre. Es como si descubriese nuevas facetas de mí misma, facetas que me gustan y me asustan al mismo tiempo.

Pero no consigo decir que estoy enamorada. Me parece demasiado raro, me parece que no me lo merezco. Pero sé que tú me dirías lo contrario.

Te quiere,

Bianca

XIV

El domingo por la mañana estuvo a punto de dar plantón a Paolo y a sus amigos.

Pero después se levantó de la cama, encontró el salón completamente inundado por los documentos de su padre y comprendió que quedarse en casa todo el día habría sido la elección equivocada.

El recuerdo de Manuel, que los días anteriores estaba enmarcado por nubes negras, ese día brillaba con fuerza y hacía palidecer al tímido sol de octubre. Por eso, con un buen humor inusitado, se puso unos vaqueros viejos y una sudadera negra lisa, y metió en la mochila todo lo necesario para pasar el día fuera.

–¿Te vas? –le preguntó su padre, levantando la mirada del cartapacio que estaba estudiando. Tenía cercos rojos en los ojos, quién sabe cuánto llevaba allí, ni si había dormido algo.

–Sí, voy a la casa que Paolo tiene en el campo.

La expresión del juez se relajó visiblemente.

–Bien. Es un buen chico, seguro que con él no te metes en líos.

Bianca torció el gesto y entró en la cocina para desayunar. Sabía que tendría que haber llamado a su madre, como todos los domingos, pero hizo como si se le hubiese olvidado y salió de casa antes de que su padre tuviera tiempo de darse cuenta.

Atravesó la ciudad todavía somnolienta en su Vespa, las tiendas estaban aún cerradas y las persianas bajadas. Aceleró a todo gas, feliz de tener un medio de transporte que la llevase donde ella quisiera, y siguió las indicaciones que Paolo le había dado por teléfono, en dirección al extrarradio, para dejar atrás el área metropolitana. Por aquella zona el campo era elegante y soleado. Tierra oscura y fértil de la que asomaban hileras e hileras de olivos centenarios de formas extravagantes y retorcidas. Los campos estaban demarcados por muros de piedra bajos, de la misma altura. Incluso las carreteras, llanas y asfaltadas, parecían hechas a propósito para deambular sin rumbo.

Giró en un camino de tierra, con cuidado para no derrapar, y continuó adentrándose en lo que parecía la entrada de una finca. Al parecer, la casa de Paolo estaba bien protegida. La vivienda, de dos pisos, se erguía en mitad de un grupo de pinos altísimos y frondosos, rodeada de verde y marcada por los años y el aire salobre.

Aparcó la Vespa delante de la verja, junto a las demás motos y algunos coches, y se encaminó sobre una alfombra de agujas de pino en dirección a la casa. Cuando se acercó, le dio la impresión de que no había nadie. Llamó y esperó en vano a que

alguien respondiera o acudiera a abrirle. Y, sin embargo, escuchaba voces a lo lejos, por eso se decidió a dar la vuelta a la casa y acercarse al jardín trasero.

–¡Eh, Bianca! –la voz de Paolo resonó por encima de la algarabía y de las voces alegres de los demás invitados, un grupo de chicos y chicas que se afanaban en la preparación de lo que parecía un banquete nupcial.

Paolo le salió al encuentro con un delantal puesto y las manos manchadas con masa de pan.

–Disculpa –dijo–, estamos intentando hacer empanadillas, pero en lugar de eso nos ha salido una gran plasta.

Bianca le sonrió tímidamente. Como le tocara cocinar, quedaría marcada para siempre como la chica más desastre de la historia.

–Escucha, una de mis compañeras del instituto ha insistido en venir, y yo…

–Valeria –se le adelantó Paolo–. Ya está aquí, es muy simpática, has hecho bien en invitarla.

Señaló el grupo que había reunido alrededor de una especie de horno de leña construido al aire libre y dotado de un gran banco de trabajo de mármol. Valeria ya estaba integrada con el resto y, al parecer, era toda una experta en empanadillas, porque daba órdenes a diestro y siniestro como un general de la armada.

–Si te estresa –comentó Bianca–, te autorizo a derrocarla.

Paolo se rió con ganas y la arrastró junto a sus amigos.

–Chicos, ésta es Bianca. Parece peligrosa, pero no muerde.

Algunos la saludaron, un par de chicas la miraron de arriba abajo con desconfianza. Bianca se limitó a hacer un gesto de saludo con la mano, y luego se dio una vuelta para ver lo que se fraguaba. Notó que la cocina daba directamente al jardín trasero y que estaba invadida por chicos en delantal. Eran todo un ejército y parecían dispuestos a cocinar cualquier cosa comestible. Un tío corpulento estaba agitando un periódico delante de una barbacoa que sólo hacía humo. A ese paso, probablemente se saltarían el almuerzo, así que Bianca pensó que podría ser de alguna utilidad.

–¿Te echo una mano? –le preguntó al grandullón, que sudaba a chorros.

–No entiendo por qué no se prende –se lamentó él mientras abanicaba la barbacoa, con la esperanza de que con ese gesto fuese suficiente.

Bianca le echó un vistazo.

–Has puesto demasiado papel, la ceniza está sofocando el carbón –diagnosticó–. Espera.

Con una paleta metálica retiró el papel quemado de la barbacoa. Luego colocó algunos pedacitos de material inflamable entre el carbón y le prendió fuego.

–Así no lo conseguirás –comentó el chico, escéptico–. Es demasiado débil.

–Es una llama, dale tiempo de crecer –replicó Bianca.

Desde que era un bebé, antes del incidente, todos los veranos iba de camping con

su familia. Tiendas de campaña, botas de senderismo, paseos por la montaña y montones de barbacoas a las que había asistido. Sabía que uno debía ser paciente con el fuego y que las llamaradas violentas se consumían aprisa y no prendían ni el carbón ni la madera. De hecho, tras unos minutos, algunos cubitos de carbón se iluminaron de rojo y en un momento el interior de la barbacoa estaba en llamas.

–Guau, gracias –exclamó el muchachote con alegría.

–Acuérdate de mí cuando repartas los mejores trozos de carne –bromeó ella, mientras se alejaba con la sensación de que ya había hecho bastante por socializar.

Llegó donde estaba Valeria, que la saludó con un chillido de entusiasmo.

–¡Eh, Bianca! Esto es genial, ¿a que sí? Ahora mismo te preparo una empanadilla especial.

Bianca se sentó en una tumbona a la sombra y su amiga se le acercó de inmediato.

–Oye, gracias –murmuró–. ¿Sabes una cosa? Tu amigo es súper guapo.

Las dos miraron en dirección a Paolo. Empuñaba un tenedor enorme para los espaguetis y, bajo el delantal, llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta negra que resaltaba el pelo rubio. Sonreía y parecía la persona más feliz del mundo, igual que Valeria.

–Haríais buena pareja –comentó Bianca.

–Es una lástima que no haya hecho más que preguntar por ti –replicó Valeria, con una mueca de desilusión–. Pero claro, yo no le he dicho ni pío de tu lío secreto con Lambiase.

Bianca la miró exasperada:

–¿Por qué siempre tienes que decir algo fuera de lugar?

–De hecho no está fuera de lugar –exclamó Valeria ofendida–. Todos lo saben. Ni que fuera por mi culpa que te gusten los tipos turbios.

Bianca decidió no decir nada más. No le gustaba para nada que Valeria definiese a Manuel como un «tipo turbio», por eso creyó que no era útil seguir dándole vueltas al tema.

–De todas formas, si a ti no te interesa Paolo, a mí me gustaría intentarlo –concluyó Valeria con una sonrisa.

–Todo tuyo –respondió Bianca.

Sin embargo, durante el resto de la mañana y también durante la comida, Paolo no pareció darse por enterado de los esfuerzos que hacía Valeria para atraer su atención. Era como si gravitara en torno a Bianca, incluso cuando estaba ocupado haciendo otra cosa, como si lo hiciese de tal modo que estuviese siempre cerca de ella.

Después de comer, Bianca se alejó para darle una posibilidad a Valeria, y también para tomarse un respiro. Aquella pandilla empezaba a ponerla de los nervios, por

eso se retiró al fondo del jardín, a un banco de piedra escondido entre los cactus, y sacó el cuaderno de dibujo de la mochila.

Mientras dibujaba, con una sonrisa en los labios, no se percató de que Paolo iba a su encuentro y, cuando se sentó a su lado, fue demasiado tarde para esconder el dibujo. Bianca cerró el cuaderno, la interrupción la fastidiaba.

–¿Te lo estás pasando bien? –le preguntó Paolo. Estaba demasiado cerca. Bianca sentía cómo sus brazos se rozaban. Retirar el suyo le parecía de mala educación, aunque eso era lo que le habría gustado.

–Sí, se está bien aquí –respondió cortésmente.

Paolo echó un vistazo al cuaderno:

–¿Son tus dibujos?

–No son más que bocetos. Los hago simplemente para entretenerme.

–¿Puedo verlos?

Estuvo tentada de negarse, pero en el fondo no tenía nada de malo. Le pasó el cuaderno y él hojeó las primeras páginas, en las que había manos dibujadas en distintas posturas.

–Eres realmente buena –comentó. Pasó la página y vio un retrato muy minucioso–. Es el chico de los campeonatos. Tu compañero de clase.

–Sí –respondió Bianca cohibida. Se parecían como dos gotas de agua.

Paolo se aclaró la garganta y cerró el cuaderno.

–Manuel, ¿no es así?

–Sí, Manuel Lambiase. Está en mi clase, él también es nuevo.

Sabía que se había puesto colorada pero intentaba mantener la compostura lo mejor que podía.

Paolo guardó silencio unos instantes. Estaba sobre ascuas. Luego uno de sus amigos lo llamó y se vio obligado a marcharse. Bianca emitió un suspiro de alivio y se apresuró a acercarse al grupo, no quería quedarse de nuevo a solas con él, tenía la impresión de que quería decirle algo que ella no quería oír.

Se quedaron en el jardín jugando a las cartas y a la pelota mientras hubo luz natural. Valeria revoloteaba alrededor de Paolo e incluso consiguió hacerle sonreír en un par de ocasiones. Era un chico muy querido, se notaba en la forma que tenían los amigos de referirse a él cada dos por tres y en cómo algunas chicas lo habían mirado durante todo el día.

Llegado el momento de rechazarlo, sobreviviría. Porque Bianca tenía la sensación de que, antes o después, tendría que pararle los pies de un modo tajante. Paolo no era de los que se rendían fácilmente, eso le había quedado claro.

Pero su plan de no quedarse a solas con él falló justo cuando la excursión tocaba a su fin y todos se preparaban para volver a la ciudad. Bianca entró en la casa para recuperar su chaqueta y, mientras rebuscaba en el montón de cazadoras del sofá, Paolo se le acercó y le puso una mano en el hombro, propinándole un buen susto.

–Hey –le dijo, apartándose un poco.

–He caído en la cuenta de algo –replicó él con cara de preocupación–. El apellido de tu compañero me suena.

–No es de por aquí, ni siquiera aparece en la guía –explicó Bianca con la esperanza de que la cosa acabara ahí.

–En realidad oí a mi padre mencionarlo. Tiene algo que ver con la investigación sobre los residuos, ¿te acuerdas? –respondió Paolo–. Ésa en la que nuestros padres estaban trabajando juntos.

Bianca parpadeó. No esperaba aquello.

–Lo que quiero decir –continuó Paolo con cautela– es que deberías tener cuidado. Infórmate sobre él. Quizá deberías hablar con tu padre de…

–¡No! –exclamó Bianca–. No le digas nada, no quiero que se meta en mi vida privada, ¿de acuerdo?

Paolo parecía indeciso.

–Te estoy diciendo que el tal Manuel Lambiase podría ser peligroso. No estoy seguro al cien por cien de que se trate de él, pero como tú has dicho, no es un apellido corriente por esta zona.

–Manuel es un chico como nosotros –protestó ella. ¿Cómo era posible que nadie más fuera capaz de verlo?–. ¡Es una insinuación absurda! ¿Quién se supone que es?

–Dímelo tú, ya que sois tan amigos.

Bianca encajó el golpe y su rostro se ensombreció.

–Tan sólo tiene diecinueve años –murmuró.

–Supongo que si lo defiendes tanto es porque te gusta –concluyó Paolo, abatido–. Pero te lo digo como amigo. Infórmate, descubre quién es. No querría que te vieras en peligro por su culpa. El tráfico de residuos es un negocio millonario, hay en juego demasiados intereses y tú podrías verte involucrada.

Bianca no quería seguir escuchando.

–¿Por qué todos la tenéis tomada con él? ¿Por qué no me dejáis en paz? –gritó, y atravesó la habitación y el jardín a la carrera.

Llegó junto a la Vespa cuando el sol se estaba poniendo y arrancó deprisa, deseando alejarse de las palabras de Paolo, de su rostro limpio y sincero, de esa jornada tan «normal».

Pero a medida que entraba en la ciudad, los pensamientos la asediaban y no conseguía ponerlos en orden ni domarlos. ¿Cómo podía asociar a Manuel, el chico que la había salvado, que estudiaba escenografía, que amaba el arte, con la basura? ¿Con esa gente despreciable que, para enriquecerse, saturaban la tierra de venenos, poniendo en riesgo la vida de las personas?

No podía ser, Paolo se equivocaba. El secreto de Manuel tenía que ser otro. Una situación familiar compleja. Una enfermedad mortal en la que no quería implicarla. Algo que no fuera tan infame como una vida de criminal.

XV

Bianca retiró las mantas y decidió levantarse. Llevaba horas dando vueltas en la cama sin pegar ojo, repitiéndose una y otra vez que no era posible, que Paolo había acusado a Manuel injustamente, sólo por celos. Pero al mismo tiempo, le venían a la mente miles de indicios que sugerían lo contrario. De no haber sido las tres de la mañana, se habría puesto a gritar de la frustración, pero en esos momentos su padre dormía –por fin, había apagado la luz pasadas las dos– y podía hacer algo de utilidad para salir de dudas.

Arrancó el ordenador y se sentó en el escritorio, sin molestarse en encender la luz. Al resplandor azulado de la pantalla, divisó la tortuga de escayola y la aferró entre los dedos.

«El tiempo todo lo da y todo lo quita. Quita las ilusiones.»

Tecleó el nombre de Manuel en el campo de búsqueda de Google y dudó unos segundos antes de presionar la tecla de búsqueda. La verdad podía resolver sus dudas, pero ¿qué otros daños causaría al mismo tiempo? ¿Cambiaría aquello que sentía por Manuel? No lo sabía. No tenía ni idea de lo que sucedía en su corazón, pero sentía que lo único justo que podía hacer, por una vez, era caminar hacia delante sin buscar una vía de escape.

Presionó la tecla y esperó un par de segundos a que apareciese la lista de resultados.

Los primeros enlaces eran una serie de artículos sobre un tal Erasmo Lambiase. Bianca leyó algunas palabras del resumen al azar: «asesinato, clan, ajuste de cuentas, mujer e hijo…» y pulsó para saber más, intentando controlar su creciente ansiedad.

«Enésimo ajuste de cuentas, enésima masacre que salpica de sangre nuestra región por cuestiones de poder, dinero y venganza. Esta vez la peor parte se la ha llevado el clan de los De Giacomo que, en mitad del tiroteo acaecido la pasada noche en la circunvalación, ha perdido cinco hombres, entre los cuales se hallaba la mano derecha del líder, Erasmo Lambiase. Era conocido por protagonizar numerosos enfrentamientos armados y por haber cometido el asesinato, hacía dos años, del hermano de Ferruccio Scano, cabeza del clan homónimo y rival del de los Di Giacomo. Los hombres de Tano Di Giacomo volvían de la celebración de una boda divididos en dos coches. En el coche de Lambiase viajaban también su mujer,

Caterina, y su hijo, Manuel, que escaparon de milagro al asalto de los sicarios de Scano.»

Bianca miró la pantalla con incredulidad.

Por un segundo pensó que pudiera tratarse de un caso de homonimia, pero su instinto le decía que estaba sobre la pista adecuada para entenderlo todo. Leyó apresuradamente el resto de artículos que hablaban del asesinato de Erasmo Lambiase, todos decían lo mismo: que Manuel estaba presente y que había sido testigo del asesinato de su padre. Bianca hizo un cálculo mental rápido, partiendo de la fecha que figuraba en los artículos: en aquella época, él no tenía más que ocho años.

Le corrió una lágrima por la mejilla, pero se la secó rápidamente con el dorso de la mano. Continuó revisando febrilmente los enlaces hasta que, al final de la primera página de resultados, descubrió un artículo que no parecía una crónica:

«Espectáculo-taller a cargo del director Raffaele Bruno… Manuel Lambiase, de diecisiete años…».

Bianca abrió la página.

Al principio no entendía a qué se refería, en un primer momento pensó que se trataba de una residencia de verano, ya que el edificio se encontraba frente al mar, en una isla unida a la costa por una franja de tierra. Un lugar soleado, lleno de luz y color. Un segundo vistazo le bastó para asegurarse de que el edificio no tenía nada que ver con las vacaciones, a no ser que fueran forzosas. Se le heló la sangre en las venas al recordar lo que Valeria había dicho sobre el año perdido de Manuel:

«Parece que acabó allí por agresión. Estuvo a punto de matar a alguien.»

La página donde aparecía el nombre de Manuel hablaba de un montaje teatral organizado por los trabajadores sociales encargados de la reinserción de los reclusos. Un taller que había durado seis meses y que había culminado en una representación producida íntegramente por los chicos de la cárcel.

«Bajo el título ¡*Grita*!, el espectáculo del director Raffaele Bruno exprime los sentimientos de rabia e impotencia de los adolescentes enfrentados a las injusticias de los adultos, a las elecciones forzadas, a las vidas marcadas. En un escenario sugerente, el patio del recinto penitenciario iluminado por la luz de la luna, los jóvenes reclusos han demostrado que el arte, la creatividad y la comunicación son armas fundamentales para combatir la exclusión social. Que hay puertas que se abren a un futuro diverso.

Han participado: Fabio Bozzi, Salvatore Giusti, Andrea Libassi, Renato Lorusso, Gabriele Tarano y Luigi Treglia, junto con las chicas de la sección femenina: Anita Aniello, Sara Dossola y Marina Velletri. No precisamente por su actuación, sino por sus habilidades para la escenografía –en palabras del director,

que le toma el pelo cariñosamente– ha destacado Manuel Lambiase, de diecisiete años. Suyos son los espléndidos decorados realizados en madera policromada que han enriquecido el espectáculo y creado una atmósfera de esperanza.»

Había algunas fotografías, entre ellas una del director, un joven sonriente, no muy alto, que abrazaba a Manuel. Un Manuel dos años más joven, con el pelo muy corto pero con la idéntica, inconfundible mirada profunda. Y una sonrisa indescifrable, velada de melancolía.

Bianca cogió un pañuelo del escritorio y se sonó la nariz. Para entonces estaba llorando a mares y no sabía si era de rabia, de desilusión, de compasión, o simplemente de ganas de abrazar a Manuel, unas ganas tan grandes que la impulsaron a levantarse de la silla y salir a la terraza, en pijama, ignorando el frío de la noche y el invierno que se avecinaba.

Posó la vista en el punto donde durante el día se veía la franja de mar, ahora oculta por la oscuridad, e intentó poner en orden sus pensamientos. Sobre todo, trató de decidir lo que debía hacer, cómo debía comportarse, cómo tendría que enfrentarse a Manuel.

A medida que pasaban los minutos, la emoción fruto del descubrimiento de la verdad se fue transformando en una dolorosa conciencia. Manuel era el hijo de un criminal. Manuel había estado en la cárcel de verdad. Y puede que, como Paolo había dicho, estuviera implicado en la red de tráfico de residuos tóxicos que le quitaba el sueño a su padre.

Bianca se echó a temblar y no precisamente de frío.

Acercarse al instituto el día después fue como avanzar a través de un muro invisible de gelatina. Cada paso le costaba horrores. Fue ver la verja y el corazón le dio un vuelco. Estuvo tentada de marcharse y darse algo más de tiempo, posponer de alguna forma el cara a cara con Manuel, pero sus piernas continuaron avanzando como si hubieran tomado la decisión por ella.

Cuando entró en clase, no escuchó el vocerío habitual de sus compañeros. Era como si tuviese los oídos taponados con algodón, y de toda la escena –incluida Valeria, que gesticulaba en su dirección–, sus ojos sólo enfocaron el sitio donde se sentaba Manuel. Vacío.

Se dio permiso para respirar y se sentó en su pupitre. Valeria le estaba enseñando su nueva adquisición, unas deportivas de gusto dudoso, de color rosa y cordones brillantes, y no paraba de reírse por algo que Paolo le había escrito en un mensaje.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó de repente–. Tendría que verte un médico, si quieres saber mi opinión.

–No.

Valeria se echó a reír, pensando que se trataba de una broma. Tenía gracia que

siempre interpretase al revés todo lo que decía Bianca.

–En serio –exclamó la amiga–. Últimamente te comportas de un modo extraño.

Y continuó haciéndolo durante el resto del día. Cuando el profesor dijo su nombre, no respondió, tuvo que llamarla tres veces mientras Valeria le propinaba codazos para hacerla salir de su estado de trance. Vivió cada instante que conducía a la segunda hora como si fuera eterno e inmóvil. Cuando sonó el timbre, se aferró con las manos al borde del pupitre, como si estuviese a punto de naufragar, y miró fijamente la puerta, a la espera.

Pero Manuel no apareció.

Pidió permiso para ir al baño y allí se mojó la cara. Empapada, con el agua que le chorreaba por el cuello y la camiseta, se echó a llorar y se encerró en uno de los retretes, tratando de calmarse.

¿Dónde estaba en ese momento el chico que le estaba rompiendo el corazón?

Su ausencia seguramente tendría que ver con su doble vida. ¿Qué hacía? ¿Con quién se veía? Bianca se acordó del tipo nervioso de mirada malévola que conducía el todoterreno negro y que gesticulaba en dirección a Manuel como si estuviese enfadado con él. ¿Quién era?

Le asaltaban la cabeza millones de preguntas y ninguna tenía respuesta, todas ocultaban una verdad horrenda en su interior.

Durante el recreo, Bianca salió al patio a sentarse en las mismas escaleras donde, un par de días antes, Manuel y ella se habían abrazado. Calor e inquietud. La cicatriz en su mejilla. La mirada llena de soledad. Le venía a la cabeza cada detalle, pero bajo una luz nueva.

Más tarde, en clase, preguntó a sus compañeros si alguno tenía el número del móvil de Manuel. Ya sabía la respuesta, pero quería hacer un último intento antes de acudir a secretaría.

Mientras los demás se desperdigaban a la salida, Bianca enfiló el pasillo de los despachos y llamó a la puerta del secretario.

–No puedo proporcionarte los datos de tu compañero –le respondió–. Es información reservada. Si él no ha querido dártelos, nosotros no podemos hacer nada.

Bianca pensó deprisa.

–No le ha dado tiempo –replicó–, yo soy nueva en el colegio y él también. Ya sabe que al principio hay siempre mucho lío. Pero ahora tenemos la entrega del trabajo de Arquitectura y no quiero que me pongan una mala nota por culpa de sus faltas. Necesito que me pase los apuntes, hágame el favor.

El secretario, escéptico, se lo pensó. Llevaba suficiente tiempo trabajando en el instituto como para saberse los truquitos que usaban los estudiantes para incordiarlo. Pero ese día la cosa no le olió a chamusquina, o puede que

simplemente quisiera marcharse a casa, por eso se decidió a encender el ordenador y buscar el archivo con el listado de alumnos

Escribió en un papel la dirección de Manuel Lambiase y se lo pasó a Bianca.

–No tiene teléfono fijo.

Bianca cogió el papelito y asintió. La dirección era todavía mejor que el número de teléfono. Necesitaba hablar con él mirándole a los ojos.

XVI

Unos nubarrones negros e hinchados presagiaban un aguacero en el campo.

Bianca se detuvo en el arcén de la carretera para verificar el mapa que había sacado de Internet. Era la tercera vez que se equivocaba de dirección en mitad de aquel laberinto de caminos que ni siquiera estaban señalizados.

Manuel vivía a las afueras. Tan lejos que Bianca no había calculado bien la gasolina y la Vespa llevaba un rato peligrosamente en la reserva. Soltó un bufido, tratando de orientarse y mirando a su alrededor con cara de perplejidad. No había más que sembrados y olivares en el horizonte, como de costumbre. Ninguna casa, ninguna verja, y pasaban tan pocos coches que daba la impresión de que era una zona realmente desierta. No era nada alentador encontrarse allí sola.

Estudió el mapa y se decidió a dar marcha atrás hasta la última rotonda. Seguramente se habría equivocado allí. Después de casi veinte minutos de vueltas inútiles, desembocó por fin en una vereda, al final de la cual se entreveía una casa. Bianca frenó junto a una verja oxidada y descolgada. Había un portero automático pero los cables que recorrían el muro estaban arrancados.

La vivienda, que estaba una decena de metros más allá de la verja, parecía más bien una casa de labranza, con las paredes grises y desconchadas, el tejado descolorido por el sol y los marcos de las ventanas de aluminio dorado. El patio estaba plagado de chatarra y había un tractor listo para ser desguazado en una esquina, con las ruedas desinfladas ocultas entre las malas hierbas.

Bianca titubeó. No podía ser la casa de Manuel. A juzgar por la moto y el coche que conducía, debería vivir en un sitio distinto. Pero cabía la posibilidad de que los propietarios supieran algo de una familia que se había mudado hacía poco, ya que por estos lares los vecinos parecían siempre bien informados.

Abrió la verja y entró. Cuando llegó a la puerta, notó que no había timbre, por eso llamó suavemente con la mano y esperó, sabía que era posible que no hubiera nadie. En efecto, el lugar parecía deshabitado y las persianas estaban echadas.

–¿Quién es? –preguntó una voz cautelosa desde el interior. Una voz de mujer que la tranquilizó.

–Buenas tardes, señora. Necesitaría que me indicase algo –respondió, intentando aparentar desenvoltura.

La puerta se abrió lo suficiente para revelar una figura femenina baja y bien vestida. La mano que sujetaba el pomo estaba completamente cubierta de anillos. La mujer tenía un rostro hermoso, aparentaba unos cincuenta años y tenía la expresión menos amigable que Bianca había visto en su vida.

–¿A quién buscas? –preguntó con brusquedad.

Bianca se aclaró la voz y sonrió:

–Creo que me he perdido. Estoy buscando la casa de una familia que se apellida Lambiase. Tendrían que vivir por esta zona, o al menos eso es lo que señala mi mapa.

–¿Qué quieres de los Lambiase? ¿Quién te ha enviado? –la interrumpió la mujer, cada vez más agresiva. La miró de arriba abajo con aire desconfiado y Bianca dio un paso atrás instintivamente.

–En realidad estoy buscando a un chico –trató de explicarle, a pesar de que resultaba inútil, ya que la mujer no parecía que pudiera ni quisiera ayudarla–. Se llama Manuel, vamos a la misma clase.

La cara de la mujer se relajó visiblemente. Abrió la puerta de par en par y dio un paso al frente, con el pecho erguido y la barbilla bien alta.

–¿Y qué quieres de él?

–¿Usted lo conoce? –preguntó Bianca, sonriendo de puro alivio.

–Soy su madre.

Tendría que haberlo visto venir. A pesar de la estatura y de la tonalidad del pelo y de la piel –ella lo tenía teñido de rubio oscuro y la tez más clara– se parecían en la mirada y en los gestos.

–Me llamo Bianca Prandi –se presentó ella, tendiéndole la mano derecha.

La mujer no se la estrechó, sino que continuó mirándola fijamente.

–Todavía no me has respondido. ¿Qué quieres de mi hijo?

Pronunció la palabra «mi» con tanto énfasis que parecía que se estuviera refiriendo a una propiedad privada y no a una persona.

–Verá, estamos haciendo juntos un trabajo y hoy no ha venido al instituto, por eso quería saber cuándo podríamos quedar para terminarlo… –respondió Bianca, cada vez más insegura de que aventurarse hasta allí hubiera sido buena idea. Si Manuel hubiera estado en casa, su coche estaría aparcado en el patio, él habría escuchado su voz y habría salido para encontrarse con ella. Pero no, estaba claro que su madre estaba sola.

–Mi hijo no dice a nadie dónde vivimos –replicó la mujer. Cada uno de sus gestos expresaba una hostilidad abierta, como si Bianca fuese alguna clase de insecto desagradable que se pudiera eliminar con un par de manotazos–. ¿Cómo has conseguido esta dirección?

Bianca titubeó. No quería meter al secretario del instituto en problemas.

–Me la ha dado él, de verdad.

–¿Te ha dado la dirección de casa y no el número del móvil? –le espetó la otra con tono escéptico–. ¿No habría sido más fácil llamarlo que venir hasta aquí? Niña, tú tienes que contarme qué es lo que quieres de mi hijo.

–No quiero nada, tan sólo hablar con él.

Bianca sentía que no se merecía ni un interrogatorio así ni ese tono, pero no quería ser maleducada con la madre de Manuel.

–Tienes que dejarlo en paz –dijo ella–. No es asunto tuyo. Mantente alejada de él y no vuelvas más por aquí. ¿Te enteras?

–Señora, ahora está exagerando –dijo Bianca, herida–. Usted ni siquiera me conoce, yo sólo quiero preguntarle acerca del trabajo…

La madre de Manuel sonrió por primera vez. Era una sonrisa sin alegría, ensombrecida por la sospecha y el hastío, seguida por un gesto de rabia. Bianca se sintió escrutada por aquellos ojos, que habían dejado de recorrerla de arriba abajo para mirarla directamente a los suyos.

–Yo también soy una mujer, qué te has creído –dijo, como si eso lo explicara todo.

Bianca parpadeó, esperando algún comentario que aclarase aquella afirmación, tan obvia como extraña en ese contexto.

–No me entiendes, ¿eh? –continuó la madre de Manuel–. Entonces te lo explicaré, pero tienes que prestar atención, porque no quiero verme obligada a repetirlo todo.

Bianca bajó la mirada, confundida. ¿Eran imaginaciones suyas, o en aquella frase había una amenaza velada?

–A ti te gusta Manuel.

–Eso no es… –intentó protestar Bianca, pero la mujer la interrumpió con un gesto seco.

–¡Cállate! –exclamó–. Eres una niña ingenua si crees que él querría algo con alguien como tú. Y de todas formas ya tiene novia, se casará el año que viene.

Bianca contuvo la respiración. Estaba mintiendo. Aquella mujer horrible estaba intentando alejarla de su hijo por todos los medios.

–No es cierto.

–Si no te lo ha contado, será que después de todo no sois tan amigos como tú te creías –rebatió la mujer. Era como si se estuviese divirtiendo. Como si supiera lo poco que faltaba para que Bianca saliera corriendo de allí, lo más lejos posible, jurándose a sí misma que nunca querría tener nada que ver con Manuel–. Márchate y no vuelvas, él no es asunto tuyo. ¿Me has escuchado?

Bianca se giró sin mediar palabra y llegó hasta la verja a paso ligero. La madre de Manuel se quedó mirándola como si quisiera asegurarse de que se alejaba de verdad. Entró en la casa sin quitar el gesto desdeñoso con que le había hablado, hasta asegurarse de que se hubo marchado.

La Vespa se detuvo unos cientos de metros más allá, ni siquiera los suficientes para alcanzar la carretera principal. La gasolina se había acabado y Bianca trató de empujarla sobre la grava, que frenaba las ruedas.

Estaba roja a causa del esfuerzo, la rabia y el dolor. Empujaba, lloraba y avanzaba sin ver siquiera dónde ponía los pies, con los ojos anegados en lágrimas. Entonces la Vespa se le escurrió de las manos y cayó al suelo con estrépito. La abolladura que Daniele le hiciera años atrás a la carrocería cambió de forma.

Bianca la miró y estalló en sollozos desesperados. Abandonó la moto en el suelo y se sentó en el arcén del camino, sobre la hierba blanqueada por el polvo, y continuó llorando con la cabeza entre las rodillas y el corazón hecho trizas.

Mientras ella buscaba una forma de aceptar el hecho de que Manuel fuese un criminal, él le ocultaba un detalle que lo cambiaba todo: había otra, quién sabe dónde, quién sabe en cuál de sus vidas paralelas.

«Se casará el año que viene.»

Bianca sacó los auriculares de la mochila y se los puso.

Y huyes y huyes para alcanzar el sol, pero el sol se está poniendo.

Era «Time», su favorita.

No le sirvió para calmarse, sino para llorar más todavía, olvidándose del lugar donde se encontraba, de la noche que se avecinaba, del depósito vacío y del móvil que nunca llevaba encima por miedo a que su madre la llamase en cualquier momento.

A lo lejos, entre los olivos, brillaba ahora una lucecita. La madre de Manuel debía de haberla encendido, puede que estuviera preparándole la cena a su hijo, feliz de haberle quitado un peso de encima, una niña estúpida que creía que él podría sentir algo por ella.

Bianca no sabía cuánto tiempo llevaba allí, cuando la sobresaltaron los faros de un coche que se aproximaba. Los haces de luz surcaron la oscuridad opresiva que se cernía sobre ella, convirtiendo el campo en un inmenso agujero negro, y la obligaron a entrecerrar los ojos.

El coche tuvo que frenar a causa de la Vespa, que todavía estaba tirada en medio de la carretera. La portezuela del lado del conductor se abrió y alguien bajó, pero era imposible distinguirlo porque estaba a contraluz.

–¡Bianca! –exclamó una voz que ella no fue capaz de escuchar a causa de la música–. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Vio pasar una sombra ante los faros y reconoció la forma, pero continuó inmóvil. En ese momento lo odiaba con todas sus fuerzas. No quería que la ayudase, ni que la tocase, ni mucho menos que le hablase. Además, ¿qué iba a decirle? Su madre ya había hablado por todos.

–¿Bianca? ¿Me oyes? –preguntó Manuel con preocupación. Entonces se dio cuenta de que tenía puestos los auriculares y se los quitó con un gesto brusco–. ¿Qué estás haciendo en mitad de la carretera? ¿Qué ha pasado?

Ella se levantó lentamente y recogió sus auriculares.

–No quiero hablar contigo. Vete, por favor.

Lo dijo en una voz tan baja que incluso en el silencio de la noche a él le resultó difícil entender sus palabras. La tomó por los hombros y la obligó a mirarlo. Notó que tenía los ojos hinchados y rojos del llanto.

–Tienes que explicarme lo que ha pasado. ¿Has estado en mi casa? Dímelo, Bianca.

–¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? –replicó ella–. Soy libre de hacer lo que quiera, al contrario que tú.

–¿A qué te refieres?

–Tu madre me ha dicho que vas a casarte.

Manuel emitió un gemido e hizo un gesto de rabia, la hubiera emprendido a golpes con el campo que les rodeaba.

–No deberías haber venido.

–Eso es todo lo que tienes que decir. Vale –dijo ella. Tenía la voz cansada. Recogió la Vespa del suelo, como si fuese un animal herido y sólo entonces se hubiese percatado de su presencia, y continuó empujándola en dirección a la carretera principal.

–¿Adónde crees que vas? –le gritó él, enfadado–. Es de noche, por si no te habías dado cuenta.

–¿Y qué más te da? –respondió ella–. Vete a casa, Manuel, tu vida está allí.

Rodeó el coche intentando no rayarlo con la Vespa y siguió andando sin darse la vuelta. Le daban náuseas sólo de mirarlo, ahora la única cosa sensata que podía hacer era marcharse y encontrar un medio de volver a casa. O un teléfono.

Manuel la alcanzó de un salto y la obligó a detenerse.

–Deberíamos calmarnos.

–Yo estoy calmadísima.

–Quiero explicártelo todo. Sube al coche –exclamó él con tono autoritario. Bianca le sonrió con desprecio.

–A mí no me des órdenes –dijo–. Yo no pertenezco a tu clan.

Al escuchar esas palabras, Manuel palideció.

–¿Qué quieres decir?

–Ya lo sabes –dijo Bianca con frialdad–. He sido una estúpida por no pensarlo antes, pero en realidad es fácil saber la verdad sobre la gente, sobre todo si aparece en Internet.

Manuel se pasó una mano nerviosa por el pelo, como si estuviese reflexionando a toda prisa.

–Sube al coche, por favor. Te puedo explicar muchas cosas que no has encontrado en Internet.

–¿Y qué te hace pensar que me interesan? –le preguntó ella–. Durante semanas he ido tras de ti para saber la verdad, pero nunca has querido abrirte a mí. Ahora ya no tiene ninguna importancia.

–Para mí sí que la tiene –imploró él–. Tú no conoces a mi madre, haría cualquier cosa para protegerme.

Bianca se rió con ironía.

–¿Protegerte? Y a los demás, ¿quién los protege de vosotros?

El semblante de Manuel se ensombreció y regresó al coche de una zancada, sin añadir una sola palabra.

Bianca escuchó la portezuela cerrarse y encenderse el motor. El corazón le pesaba pero se sintió aliviada; continuó empujando la Vespa y se alejó lo más aprisa que pudo.

El coche recorrió tan sólo una decena de metros, hasta encontrar una zona más amplia del arcén que le permitiera maniobrar. Manuel dio la vuelta al coche y alcanzó a Bianca, abrió la ventanilla y le dijo:

–Sube, te lo ruego. Déjame ofrecerte una explicación y después podrás hacer lo que consideres justo –dijo–. Sé que he sido un estúpido y que no he sabido manejar la situación, pero también ha sido por tu culpa.

–¿Mi culpa? –exclamó ella, girándose para mirarlo–. ¿Cómo te atreves a decir una cosa así?

–Me has obligado a enfrentarme a sentimientos que ni siquiera sabía que podía experimentar –explicó Manuel con la voz grave y apenada–. Tienes razón, no soy libre. Ni siquiera soy libre de amar a quien quiero.

Bianca asimiló esas palabras despacio, sintiendo una punzada de dolor en el pecho tan intensa, que por un momento creyó que se moría. Llevó la Vespa a la cuneta y la izó sobre la patilla. La aseguró con una cadena gruesa en la rueda posterior y se subió al coche sin añadir una palabra.

Querido Daniele:

Cuando uno lleva demasiado tiempo ocultando secretos en su interior, ¿qué sucede? ¿Que la oscuridad te invade y te corroe como si fuera una especie de cáncer, hasta que ni siquiera eres capaz de entender dónde acaba la oscuridad y dónde comienza tu parte más pura, esa que todavía respira y busca una escapatoria? Puedo soportar el peso de mi secreto. Es decir, del nuestro. Pero descubrir lo que se oculta detrás de un rostro que creía amigo, detrás de la persona que amo, es tan doloroso…

Bianca

XVII

Manuel conducía el coche con los ojos puestos en la carretera, inmerso en sus propios pensamientos, con la música alta. A Bianca no le costó reconocer la canción porque llevaba meses sonando en su propio reproductor, pero no hizo ningún comentario. Se dejó llevar por las notas familiares y contempló a través de la ventanilla las casas y las luces que se sucedían como fotogramas en una película.

No sabía dónde la llevaba y tampoco le importaba. El sentido común tendría que haberle sugerido que, ahora que conocía la verdad sobre él, Manuel podía ser peligroso. Bianca no tenía ni idea de los mecanismos que regulaban su doble vida. Puede que eliminara a todo aquel que tuviese conocimiento de ella para no arriesgarse a tener testigos. En cualquier caso, no le importaba. Lo dejó conducir hasta las afueras, siempre en dirección al sur bordeando la costa y, en un determinado momento, cerró los ojos.

Después, finalmente, el coche se detuvo.

Habían llegado a un pueblecito que estaba atestado de turistas y veraneantes durante los meses cálidos, pero en ese momento aparecía desierto, oscuro y barrido por un viento frío. Las luces naranjas de las farolas proyectaban sombras extrañas en los muros de color blanco lechoso de las casas, y las persianas bajadas parecían los ojos cerrados de algún monstruo dormido.

–¿Dónde estamos?

–Baja –le dijo Manuel. Una vez en la calle, la cogió de la mano y ella la estrechó y siguió sus pasos por los callejones vacíos. Atravesaban una ciudad de fantasmas y quizá, como sucedía en algunos cuentos, al otro lado existía un mundo nuevo en el que podrían elegir las reglas. Aquel pensamiento la reconfortó, y se mantuvo aferrada a él como si fuese una protección contra el intenso frío, hasta que Manuel se detuvo frente a una puerta de cristal y la abrió, haciéndole un gesto para que entrase primero.

Se encontraban en un restaurante muy elegante, con un enorme ventanal que daba sobre la escollera y sobre el mar bravío, que sí parecía sacado de un cuento. Mientras Manuel hablaba con el camarero, que les indicó una mesita apartada cercana al ventanal, Bianca apoyó la nariz contra el cristal y miró las olas romper en los escollos y transformarse en espuma blanca.

–Apuesto a que tienes hambre –le dijo Manuel cuando llegó hasta ella, mientras la abrazaba desde atrás. Su calor la envolvió y por un segundo olvidó el motivo por el que se encontraban allí. Bianca se obligó a deshacer el abrazo, girándose hacia él.

–La verdad es que sí –respondió con una sonrisa incierta.

–Aquí podemos hablar tranquilos –le explicó él–. Y puede que razonemos mejor con el estómago lleno. Eso es lo que se dice en mi tierra.

Se rieron en voz baja por lo absurdo de aquella convención y fueron a sentarse a la mesa.

Guardaron silencio mientras comían los entrantes, que les sirvieron a la velocidad de la luz, quizá porque el restaurante estaba medio vacío. Bianca tenía la cabeza baja para no mirar a Manuel a los ojos y él parecía no saber por dónde empezar.

Entonces, de repente, sacó el móvil del bolsillo y pulsó algunas teclas, buscando algo. Se lo pasó a Bianca; en la pantalla aparecía una foto que había sacado hacía casi un año.

–¿Qué es?

Ella observó la imagen, era un retrato a carboncillo de una chica con un cierto aire anticuado, pero con el rostro luminoso y de hermosos rasgos.

–¡Se parece a mí! –exclamó divertida. A pesar de que llevaban un peinado distinto, tenían facciones en común, como si fueran hermanas.

–Lo sé.

Lo miró con cara de interrogación. Manuel suspiró.

–Yo… no sé ni por dónde empezar.

–Inténtalo –le incitó ella. Tenían todo el tiempo del mundo, o al menos eso era lo que parecía en aquel rincón remoto.

–Hasta hace un año o así, pensaba que lo más importante eran las cosas que me habían enseñado desde que nací –comenzó–. Creo que puedes intuir cuáles son.

Bianca asintió, a pesar de que ni por asomo estaba segura de saberlo. De ese mundo conocía, como mucho, las noticias que había leído en los periódicos o había visto en la tele de pasada. Tan distante de su propio mundo que nunca lo había considerado algo real.

–Mi padre fue asesinado en un ajuste de cuentas –continuó Manuel, sin rastro de emoción en la voz–. Y desde ese día he crecido con la idea de vengarlo. Es lo que hay que hacer. Ojo por ojo, diente por diente.

–Y siempre se repite la misma historia –comentó ella.

–Son las reglas, a mí me parecían bien –explicó Manuel–. Sabía que tendría una vida simple: obedecer las órdenes, ganarme el respeto de los demás, hacerme un hueco en el seno de… el grupo.

–¿Simple?

Manuel asintió:

–Si estás dentro, lo es. Sigues la corriente y, en cierto sentido, los demás deciden por ti. Tan sólo tienes que intentar mantenerte vivo el mayor tiempo posible.

–¿Y qué es lo que ha cambiado?

–Me matriculé en bachillerato artístico porque era más fácil. Había que estudiar

menos, muchas asignaturas prácticas, ya sabes –respondió Manuel–. Podía faltar todo lo que quisiera y a nadie le importaba. Pero en lugar de eso, cuanto más tiempo pasaba, menos ganas tenía de faltar. Me gustaban las clases y me gustaba dibujar.

–Bueno, eso es genial. Y eres muy bueno –exclamó Bianca entusiasmada. No se le escapó su expresión interrogante–: He visto el artículo sobre el espectáculo de la cárcel.

–¿Eso también lo sabes? –murmuró él con inquietud.

–Sí. Pero no sé cómo tomármelo –respondió ella, mientras pinchaba la pasta que ahora tenía en el plato.

–Si me juzgases y no quisieras volver a verme, lo entendería –dijo Manuel–. Pero para mí ése es un capítulo cerrado, ya he pagado mi deuda. Tan sólo quiero explicarte por qué me he comportado de una forma tan absurda contigo.

–No soy quién para juzgar –replicó ella–. Sólo querría que, por una vez, fueras sincero.

–De acuerdo –la miró un instante a los ojos–. Esto fue lo que sucedió: mis notas eran tan buenas que Tano pensó inmediatamente que yo sería el cerebro de la familia.

–¿Quién es Tano?

–Era el mejor amigo de mi padre. Y es el jefe de… el grupo –respondió él–. Prácticamente me adoptó y para mí siempre ha sido como un segundo padre.

–¿Me estás diciendo que el *boss* responsable de la muerte de tu padre era también su mejor amigo y que ahora te trata como a un hijo suyo? –dijo Bianca con incredulidad.

–La muerte forma parte del juego.

–Eso sí que puedo entenderlo.

–La cuestión es que Tano tiene puestas en mí muchas expectativas y yo no quiero decepcionarlo –concluyó Manuel–. Por eso no soy libre.

Bianca no alcanzaba a entenderle.

–¿Qué tiene que ver Tano con el hecho de que vayas a casarte?

Manuel se sirvió un poco de vino tinto en el vaso. Una gota cayó sobre el mantel blanco y se derramó como si se tratara de tinta color sangre. Bebió un par de sorbos, probablemente para tomarse su tiempo para pensar la respuesta que tanto le atormentaba.

–Cuando me gradúe, Tano espera que me case con su hija Teresa y me matricule en Económicas, para conducir mejor los negocios de la familia –reveló, de un tirón.

–Entonces la decisión ya está tomada –el puzle empezaba a tomar forma en la cabeza de Bianca–. Pero entonces no entiendo lo del retrato del móvil, ¿por qué me lo enseñas?

–En sus planes –respondió él–, Tano tenía previsto que aprendiese inglés. Me

mandaba a Londres los veranos desde que cumplí los catorce años, todos excepto uno.

–El de la cárcel.

–Sí –confirmó sin avergonzarse esta vez–. El año pasado, tras el montaje con los demás chicos reclusos, me decidí a visitar todos los museos de Londres. Encontré a la chica de la foto en la National Portrait Gallery. Y me enamoré de ella.

–¿De un dibujo? –preguntó Bianca, perpleja.

–De la idea de inmortalidad que subyace al dibujo –respondió Manuel fervorosamente–. ¿Quién era aquella chica? ¿A qué se dedicaba? Me lo he preguntado un millón de veces y he imaginado la respuesta otras tantas. Era como si la conociera, y sólo gracias a la mano del artista que la había dibujado.

–El arte nos hace inmortales –comentó Bianca–. Es una idea antigua.

–No para mí –replicó él–. En mi mundo, el que muere lo hace sin dejar huella. Los cuerpos se pudren enterrados en medio del campo, los nombres se olvidan deprisa. Forma parte del ciclo natural de la vida y, en lo que hacemos, no hay nada ni remotamente artístico.

Bianca se estremeció, el peso de aquellas revelaciones era como un jarro de agua fría.

–Es horrible.

–Puede que sí –dijo él encogiéndose de hombros–. Pero, además del arte, ¿qué hay en este mundo que no sea horrible?

Ella no supo responder puesto que pensaba de la misma manera. La felicidad, el dinero, el amor, eran cosas que podían perderse en un instante. Las personas queridas se marchaban de improviso, dejando heridas incurables.

Sin embargo el arte, ese fenómeno que la mantenía despierta hasta tarde dibujando o imaginando nuevas formas, permanecía para siempre. Permanecía incluso para aquellos que se limitaban a contemplarlo. Y era una verdad que nadie, ni siquiera el hombre más poderoso o más rico del mundo, podía impedir ni cambiar.

Bianca tomó la mano de Manuel entre las suyas y la estrechó. Acabaron de cenar sin ánimo para añadir nada más.

–¿La quieres?

Manuel, que iba al volante, se giró para mirarla.

–No.

–Y entonces, ¿por qué quieres casarte con ella?

–Es mi deber. Es lo que todos esperan de mí: Tano, mi madre… –respondió él–. Y ella cree que me quiere.

–¿Acaso no es cierto?

–No lo sé. Ha crecido con la idea de que yo sería su príncipe azul –explicó

Manuel–. Me conoce desde que nació, para ella estar enamorada de mí es algo inevitable.

Bianca suspiró. Se imaginó a la chica, a Teresa, que vivía a la espera de casarse y nunca había tenido la oportunidad de conocer a nadie más. Era probablemente más feliz de lo que ella misma podía ser en ese momento, pero no le habría gustado estar en su lugar.

–Es como si fuera un contrato –comentó con tono crítico.

–Es lo que es –le confirmó Manuel–. Nadie se casa por amor. Son lazos que sirven para fortalecer las familias. Los negocios, sobre todo.

–¿Y cómo es ella?

–¿Por qué quieres saberlo? Eso no importa.

–Tengo curiosidad –respondió ella–. Y si soy sincera, también estoy celosa.

Manuel aproximó el coche al arcén de la carretera desierta y lo detuvo.

–No deberías estar celosa, ni de ella ni de ninguna otra.

–Claro, tonta de mí –replicó Bianca con una risita mitad triste, mitad sarcástica–. En el fondo sólo vas a casarte.

–Pero no quiero hacerlo.

–Ya, pero eso no cambia nada.

Manuel no respondió pero se le acercó. Aproximó su rostro al cuello de ella e inspiró el aroma a jabón y a piel, sin maquillaje, sin perfumes artificiales.

Bianca cedió. Lo aferró por la nuca y lo atrajo hacia sí, como si fuese lo último que haría antes de morir. Y quizá así fuese, quizá el sentido de la vida estuviera en ese beso y lo demás no importase. El futuro no existía, nunca había existido. Mas nadie podía negar el presente.

Él gimió y le devolvió el beso con tanto ímpetu que Bianca tuvo que agarrarse a él para no ahogarse. El calor que sentían se fundió en uno solo. Se quitaron los pesados abrigos y las camisetas, y sus cuerpos expuestos se tocaron. De haber podido, en ese momento se habrían transformado en una única persona, una dentro de otra, en un solo latido del corazón, en una misma alma.

–No lo entiendes, ¿verdad? –le susurró él, cuando se separó de sus labios un instante–. No sabes el motivo de que me comporte como un desequilibrado.

–No, pero sí sé el mío.

Sus cabezas se tocaban mientras hablaban. Bianca tenía la impresión de que podía perderse dentro de sus ojos negros y serios, y le acariciaba el cabello para asegurarse de que era real y que de verdad se encontraba entre sus brazos

–Creo que es el mismo.

–Prueba a decírmelo –le dijo ella, dejando que él le acariciase el pecho con los dedos. Tenía un tacto tan leve que parecía hecho de viento.

Le dijo al oído:

–Daría mi vida por ti.

–¿Y eso qué significa en el idioma de la gente normal? –preguntó Bianca, seria. Manuel estaba tan azorado como un chaval inexperto.

–Que estoy enamorado de ti.

Esa frase quedó suspendida en el interior del coche durante un rato, mientras continuaban besándose, mientras se vestían y recorrían la carretera hasta llegar a casa, mientras se despedían junto al portal de Bianca.

–Ahora tienes que escucharme –le dijo Manuel con aire preocupado, antes de dejarla–: No puedes olvidar quién soy, nunca debes hacerlo. Podrías poner en peligro tu vida y eso sería algo que nunca me perdonaría.

–Dime lo que tengo que hacer, pero no me pidas que renuncie a ti –le rogó ella mientras le abrazaba–. No funciona, tú también lo sabes.

Manuel asintió.

–No podemos vernos fuera del instituto o, al menos, no a menudo, debemos tener mucha precaución. Mi madre te ha visto y ahora, cuando vuelva a casa, me hará un interrogatorio en toda regla.

–¿Qué le vas a decir?

–Mentiré. Le contaré que me persigues y que no estoy interesado en ti –respondió él–. Lo único que quiere es que la tranquilice sobre la boda.

–Entonces, todo acabará ahí.

Manuel tomó el rostro de ella entre las manos.

–No lo sé, no quiero que acabe –dijo–. Pero te repito que nunca olvides quién soy. Lo has leído en Internet, lo has visto con tus propios ojos. Convivo con gente que considera el homicidio como una forma de justicia.

Cuando se separaron, Bianca subió las escaleras de casa con el corazón rebosante de sentimientos opuestos. Sabía que no le había preguntado a Manuel su opinión sobre el asesinato, ni tampoco había insistido para enterarse del motivo por el que había acabado en prisión, únicamente porque tenía miedo de la respuesta. Había amor, sí, pero un amor torcido y sin futuro, las preguntas se cernían sobre ellos como sombras alargadas.

XVIII

Bianca se despertó al amanecer.

La noche anterior había temido que su padre le echara la bronca por llegar a casa tan tarde. En lugar de eso, cuando llegó él todavía no había vuelto. Regresó de noche cerrada, cuando ella ya estaba dormida, o al menos, lo intentaba.

Lo escuchó hablar por teléfono con voz queda a través de la puerta cerrada. No tenía ningunas ganas de empezar el día rodeada de sus cartapacios y sus problemas. Tumbada en la cama contemplando el techo durante un buen rato, cayó en la cuenta de que en realidad Manuel y ella no habían profundizado en los puntos más incómodos de la cuestión: a qué se dedicaba exactamente, cuáles eran sus tareas dentro del clan y por qué había dado con sus huesos en la cárcel, ésas eran las preguntas sin respuesta.

Y había un detalle más que no encajaba, que le rondaba la cabeza y la había despertado nada más salir el sol. Manuel no era de por allí. Se había mudado hacía poco, por lo tanto su presencia en la zona posiblemente respondiera a un motivo concreto. Bianca repasó las palabras de Paolo pero se negó a tomarlas en consideración, quitándoselas de la cabeza como si fueran moscas inoportunas.

Cuando decidió levantarse, lo hizo únicamente para ponerse a dibujar, en pijama. Reprodujo de memoria el rostro de la madre de Manuel y lo representó más grave, con las arrugas más profundas. También dibujó la mano de la mujer, los dedos como garras, recubiertos de grandes anillos que en su versión recordaban a arañas e insectos.

Pasó la página y la llenó de bocas que se parecían. La boca de Manuel, de líneas perfectas y labios sensuales. No era el primer chico al que besaba, pero él había borrado de un plumazo todos los besos anteriores. Besos sin importancia, intercambiados con chicos que pertenecían a su vida anterior, cuando pensaba que todo duraría eternamente y que las acciones nunca tenían grandes consecuencias.

Ahora era diferente: besar a alguien sabiendo que podía perderlo de un momento a otro, convertía cada gesto en algo intenso, más consciente pero también más doloroso. Era como sentirse amada y abandonada al mismo tiempo.

A las siete y media su móvil sonó, dándole un buen susto al sacarla bruscamente de sus pensamientos. Era su madre, que la llamaba casi todas las mañanas. No contestar no habría servido de nada, o bien insistiría o bien probaría suerte con el móvil de su padre. Bianca presionó la tecla verde.

–Bianca querida, ¿cómo estás?

–Estoy bien.

Cuán vacías podían ser las frases que dos personas intercambiaban. Su madre, que le decía «querida» mintiendo, y ella que respondía «bien» como si fuese verdad. Era asqueroso, pero necesario.

–Tu padre me ha dicho que has salido con el hijo del comisario –continuó ella con voz animada–. ¿Qué clase de chico es?

–Mamá, no me apetece hablar de chicos –respondió ella con fastidio.

Se hizo el silencio durante un minuto, probablemente su madre se sintiera dolida. Pero Bianca estaba convencida de que no tenía ningún derecho a meter las narices en su vida privada. Precisamente ella, que fingía ser alguien que no era. Una madre atenta y una esposa fiel, por ejemplo.

–Como quieras –dijo por fin con un suspiro–. Creía que la distancia serviría para sanar viejas heridas, pero ya veo que no es así.

–La distancia sólo sirve para que no nos hagamos tanto daño mutuamente –replicó Bianca, dura.

–Yo… yo sólo quiero que estés bien. Que seas feliz.

–Lo soy. Aquí, con papá, me encuentro mejor.

Sabía que le había propinado un golpe bajo y casi se alegró. Se lo merecía.

–Antes o después tendrás que volver a Milán. Deberías pensar en ello.

Bianca cerró los ojos. La última cosa que le apetecía era pensar. Puede que su padre se quedara allí para siempre. De todas formas, cuando acabara el instituto entraría en la universidad y podría elegir la ciudad que quisiera, cuanto más lejos de su antigua vida, mejor.

–Vale –dijo con voz monocorde–. Ahora tengo que prepararme para ir al instituto.

–Claro, lo sé –respondió su madre, como si no tuviera ganas todavía de cortar la conversación–. Sólo quería recordarte que te quiero. No sé qué ha pasado entre nosotras, pero…

–Lo sabes perfectamente –la interrumpió Bianca–. Pero de verdad que ya no me importa. Lo único que quiero es que me dejes vivir mi vida en paz.

Mientras desayunaba, no pudo evitar sentirse agitada. Después su padre se sentó a la mesa, con la camisa mal metida en los pantalones y el pelo revuelto.

–Ayer por la noche viniste tarde. ¿Dónde estuviste?

Bianca contuvo el aliento. ¿Cómo era posible que lo supiera? Rápidamente le vino a la mente la vecina entrometida, pero luego excluyó aquella hipótesis porque su padre pasaba de ella tanto como la propia Bianca.

–Nuestra casa está bajo vigilancia –explicó el juez, interpretando su expresión interrogante.

–¿Qué? –exclamó ella con incredulidad–. ¿Qué quieres decir?

–Que uno de los chicos de Leone, vestido de paisano, está siempre de guardia en la puerta.

–¿Siempre?

–Sí, desde ayer.

–Pero ¿por qué? –sus pensamientos se atropellaban. ¿La habrían visto con Manuel? ¿Podían identificarlo? Si las suposiciones de Paolo eran ciertas, quizá tuvieran la matrícula de su coche. Trató de mantener la calma, de parecer impasible.

–No puedo decirte mucho más, forma parte del secreto del sumario –respondió el juez mientras se sentaba y se servía agua caliente en una taza. Agregó una bolsita de té y removió la infusión con aire de cansancio. Fue entonces cuando Bianca notó que tenía la mano vendada.

–¿Qué te ha pasado?

Su padre suspiró.

–Ayer tuve un accidente. Alguien manipuló los frenos de mi coche. Por suerte, el escolta que lo conducía iba despacio y mantuvo el control.

–¿Me lo estás diciendo en serio? –Bianca no era capaz de creerle–. ¿Estás seguro? Puede que se hayan roto sin más.

El juez negó con la cabeza y dio un sorbo al té.

–El mecánico ha encontrado los cables cortados. Alguien ha querido mandarme una advertencia.

–Pero tú no has hecho nada –exclamó ella, aterrorizada.

–Todavía no –explicó su padre–. Pero es evidente que estamos sobre la pista correcta, de lo contrario no se habrían tomado la molestia de hacerme saber que me tienen echado el ojo.

–Pero ¿de quién estás hablando?

–De gente sin escrúpulos –respondió él con vaguedad–. De personas dispuestas a asesinar por dinero. Y no se detendrán hasta que alguien demuestre tener el coraje suficiente para no dejarse intimidar por sus amenazas.

Bianca palideció. La habitación daba vueltas a su alrededor, como si estuviera a punto de desmayarse. Miraba la mano de su padre y se imaginaba lo que podía haberle sucedido y era incapaz de pensar que Manuel tuviese algo que ver. Él no era así. Él sí que tenía escrúpulos. Lo sabía, lo notaba.

–Quiero que vuelvas a Milán con tu madre –continuó su padre–. No le he dicho nada del accidente, ya sabes cómo es. Se habría preocupado más de lo necesario y, en estos momentos, no necesito más problemas.

Bianca había dejado de escucharlo. Se levantó de la silla y lo miró con ojos encendidos.

–Bianca, te acabo de decir que lo último que necesito son más problemas.

–Eso es lo que soy para ti, ¿verdad? Un problema –le espetó ella, con los ojos cubiertos de lágrimas–. Por fin lo dices alto y claro.

–Sabes perfectamente que eso no es así –replicó su padre–. Lo único que quiero es que estés a salvo. Si la investigación sigue su curso…

–Tus estúpidas investigaciones me importan un comino –gritó ella fuera de sí–. Tienes que dejar de tratarme como si fuera un paquete, un trasto. Vuestra vida, vuestras exigencias, vuestro dolor… eso es siempre lo primero. ¿Es que yo no cuento para nada?

El juez no esperaba aquella pataleta. Bianca era una chica introvertida pero, desde que a Daniele le pasó aquello, nunca había dejado traslucir cuáles eran sus emociones.

–Tú eres mi hija –respondió, como si eso lo explicara todo.

Bianca soltó una carcajada sarcástica.

–Claro, pero estoy viva, y eso lo cambia todo.

–No deberías hablar así –respondió él, levantándose de la mesa y dirigiéndose al sofá, donde había dejado los documentos que estaba estudiando.

–Estate quieto –le ordenó Bianca–. ¿O es que tengo que dejar que me maten para atraer tu atención?

Aquella frase golpeó al juez como una bofetada. Se giró para mirar a su hija y fue como si la viera por primera vez en mucho tiempo. ¿Cuándo había crecido tanto como para hablarle de esa manera?

–No volveré a Milán, ¿me has entendido? –continuó ella, todavía alterada–. No quiero tener que acatar vuestras decisiones. De lo único que sois capaces es de lloriquear y ya estoy cansada, necesito vivir sin que la sombra de mi hermano me vuelva invisible. ¿Es que no lo entiendes?

Estaba llorando. Su padre en cambio contenía las lágrimas, igual que había hecho durante aquellos meses tan largos e insoportables. Su mujer había llorado por los tres, hacía falta que alguien sostuviera las riendas de la familia en las manos. Que se ocupara de cuestiones prácticas como el reconocimiento del cadáver, la organización del entierro, el papeleo, de avisar al instituto, al equipo deportivo, a los amigos de su hijo, que los había dejado.

–He cumplido con mi deber –respondió él con resentimiento–. Me he mantenido en pie mientras que vosotras os podíais permitir veniros abajo. No hay nada que puedas reprocharme.

–Eres un hipócrita: te has escondido detrás de tu deber, igual que mamá se ha dejado llevar por el dolor, sin preocuparse de los que estaban a su alrededor –replicó Bianca, decidida a llegar hasta el final, quién sabe por qué, quién sabe por qué en ese momento precisamente, tras un año de silencio.

–¿Eso es lo que piensas de nosotros? –inquirió su padre con incredulidad.

–Yo no pienso nada. Lo único que sé es lo que siento.

–Hemos hecho lo posible para mantener unida la familia, a pesar de todo –continuó el juez sentándose en el sofá, como si ya no fuera capaz de tenerse en pie–. Tu madre ha pasado por un periodo de depresión terrible, es cierto, pero ahora se encuentra mejor.

–Deberías preguntarte a cuento de qué se debe ese buen humor tan repentino.

No tenía intención de decirlo. Se le escapó antes de que pudiera detenerse a pensar en los efectos que podría tener. Su padre la miró como si no la hubiese entendido.

–¿A qué te refieres?

–A nada –mintió ella–. Solamente que me resulta extraño que cambie así de repentinamente: un día no te levantas del sofá y no te importa si el mundo se hunde, y al día siguiente resucitas y vas de madre enrollada, como si no hubiese pasado nada. No me lo creo.

–Deberías alegrarte por ella.

–Escucha, papá –continuó Bianca, decidida a volver al tema principal–. Aquí me encuentro bien, el instituto es estupendo, mis compañeros me tratan bien. No quiero volver a Milán, ahora no.

–Está bien –consintió su padre–. Pero tendrás que obedecer mis normas. Número uno: de hoy en adelante, llevarás siempre el móvil encima.

–Pero yo no…

–No hay pero que valga, Bianca. O aceptas mis condiciones, o te vuelves con tu madre –la interrumpió él–. Y si sucediera cualquier otro «accidente», tendrás que aceptar la realidad y hacer lo que te digo. No puedo ponerte en peligro, por lo menos tienes que entender esto.

Ella asintió, confundida. Su padre tenía razón, pero la sola existencia de Manuel y todo lo que él representaba hacía la situación imposible. Si de verdad estaba implicado en aquella historia, marcharse habría significado dejar que su padre y el chico que amaba se enfrentaran el uno contra el otro. Debía hacer cualquier cosa para impedir que algo así ocurriera.

–Nunca volverás tarde a casa y me dirás siempre a dónde vas y con quién –continuó el juez, que había recuperado su papel como legislador–. No debes salir de la ciudad con la Vespa, ni siquiera para ir a los alrededores. Si alguien llama al timbre y estás sola en casa, no respondas y llámame de inmediato.

–Papá –gimoteó ella. Estaba exagerando–. ¿Debería ponerme un bigote postizo cada vez que salga?

–Nada de bromas, por favor –le reprochó él, sombrío–. Si tuvieras una mínima idea de cómo es la gente que estoy intentando meter entre rejas, serías tú la que me rogaría volver a Milán.

Al escuchar estas palabras, Bianca frunció el ceño. Mientras su padre seguía enumerando nuevas normas de seguridad, pensó que, de ahí en adelante, ver a Manuel iba a ser misión imposible.

XIX

Valeria llegó al instituto con Paolo. Iba sentada detrás de él en su ciclomotor, parecía la persona más enamorada del mundo. Bianca los observó, de pie junto a la verja, con los auriculares puestos, y pensó que su intuición no le había fallado. Hacían buena pareja, eran muy parecidos, como sacados del mismo molde.

Paolo frenó junto a la acera y Bianca le hizo un gesto de saludo, mientras bajaba un poco el volumen. Valeria se apeó del *scooter* de un salto, y mochila en ristre, le estampó un beso en la mejilla al chico.

–Gracias por traerme. No sé cómo lo habría hecho hoy, con la Vespa averiada.

Él asintió, luego vio a Bianca y le sonrió.

–Creo que nosotros nos veremos esta noche, mi padre ha implicado al tuyo en un experimento culinario.

–No veo la hora –bromeó ella alzando los ojos al cielo. A pesar de que estaba tensa y preocupada, pensó que con Paolo era mejor disimular, ya que parecía tener la molesta capacidad de adivinar todo lo que le pasaba por la cabeza.

Dejó que Valeria la tomara del brazo y se dirigieron juntas a la puerta del instituto. Pasaron junto a la moto de Manuel y Bianca sonrió para sus adentros. Sabía que ya había entrado en clase pero no quería ir tan rápido a su encuentro. Calmarse escuchando música y reflexionar sobre los últimos acontecimientos le había parecido la opción más inteligente, sin que la presencia de Manuel la confundiese. Y también se había devanado los sesos para encontrar una solución a su problema: conseguir verse sin arriesgarse a que alguien que no aprobase su relación los pillara. Bianca no tenía nada de ingenua y Manuel tampoco. Ninguno de los dos podía permitirse la frivolidad de Paolo y Valeria, en su mundo recto.

–Creo que antes o después lo conseguiré –le estaba diciendo Valeria, mientras le quitaba uno de los auriculares–. Me refiero a Paolo. Pronto dejará de pensar en ti.

–Créeme, no piensa en mí –replicó Bianca con fastidio. Se desasió del brazo de su amiga y se metió las manos en los bolsillos del abrigo negro.

–No hace falta que lo digas para consolarme –replicó Valeria con voz chillona–. Está más claro que el agua. Y me ha hecho un montón de preguntas sobre ti de camino al instituto.

–¿Qué clase de preguntas? –preguntó Bianca preocupada. Esperaba que no tuvieran nada que ver con Manuel; se preguntó, por un segundo, si el comisario Leone podría utilizar a su hijo en una investigación.

Valeria se encogió de hombros.

–Me ha preguntado si te ves con un tal Manuel Lambiase –respondió con

ironía–, y si lo conozco o sé algo sobre él.

Bianca tragó saliva, esforzándose por mantener la calma y no dejar que sus emociones la traicionasen.

–No tiene derecho a meter las narices en mi vida. ¿Qué le has contestado?

–La verdad.

–¿Qué verdad? –insistió Bianca–. ¿La de los rumores que circulan? Puede que hasta le hayas contado el bulo del intento de violación.

–No, porque no quiero que Paolo te vea como a una víctima, de lo contrario se hará el héroe contigo y adiós a mis esperanzas –replicó Valeria con total seriedad. Había una extraña determinación en su mirada, una sombra que Bianca no había visto nunca–. Sé de qué vais las chicas como tú –dijo la amiga, súbitamente agitada–. Os mantenéis al margen sólo para haceros las misteriosas. A los chicos les encanta y, al final, aunque digáis que no os interesa ser el centro de atención, lo acabáis siendo.

–Escucha Valeria, yo no soy así, detesto sentirme observada y no me interesa atraer la atención de los chicos, ni mucho menos –le vino a la mente Leo, el chico que le había mirado las tetas el primer día. Y Paolo, que quería ayudarla como si fuera una niña medio tonta. No, lo cierto es que no conseguía entender a los chicos. Salvo a uno.

–Por cómo posaste en clase de Anatomía, nadie lo diría –respondió ella, mordaz.

Bianca agachó la cabeza para ocultar su rostro. Volver a pensar en ese día, en la forma en que Manuel y ella se habían mirado durante todo el rato, la hacía ruborizarse. Mientras subían las escaleras, sólo de pensar que él estaría en clase y que todo había cambiado entre ellos la noche anterior, se ponía nerviosa, con el corazón a mil por hora y, al mismo tiempo, tan pesado como si se hubiese detenido.

–¿No dices nada? –preguntó Valeria.

–Andas mal encaminada –le respondió Bianca observándola–. Paolo es un chico demasiado perfecto. Es como tú, no tiene problemas, lleva una vida despreocupada.

Valeria se mordió el labio y agarró a Bianca del brazo.

–¿Es eso lo que piensas de mí o de Paolo? ¿Que somos unos simplones superficiales?

–Eso no es lo que he dicho.

–Pero es lo que piensas. Te crees que lo sabes todo pero estás tan pendiente de ti y de tus supuestos problemas que no eres consciente de los demás a tu alrededor –replicó la amiga con lágrimas en los ojos–. Tú no sabes nada de mí, y de Paolo tampoco. Nunca te has molestado en conocernos porque eres demasiado presuntuosa.

Valeria se alejó corriendo. Bianca se quedó unos segundos inmóvil, intentando

digerir aquellas acusaciones. Las mismas por las que ella se llevaba a muerte con su madre.

–¿Adónde me llevas?

Bianca sonrió, estrechando la mano de Manuel más fuerte.

–He encontrado la solución a nuestros problemas.

Él miró a su alrededor por miedo a que alguien los viera, pero no había nadie en los pasillos, las puertas de las aulas estaban cerradas y los profesores ocupados dando clase.

Bianca se coló detrás del banco que hacía de barrera frente a las escaleras que llevaban al tercer piso y la balaustrada. Manuel la siguió, curioso, hasta el aula que conservaba los antiguos trabajos de los estudiantes. Cuando Bianca cerró la puerta, él la miró con expresión interrogante.

–Aquí estaremos seguros –le explicó. Abrió la ventana de par en par para que entrase el intenso aroma a sal–. Mira qué vista. ¿A que el mar es maravilloso?

Manuel no respondió, pero se acercó para abrazarla. Cerró los ojos y enterró la nariz en su pelo. Por un instante, su mente y su corazón dejaron de luchar. Alzó la vista y contempló las estanterías rebosantes de dibujos, esculturas y objetos que, si no eran arte, al menos tenían su olor.

–Me gusta este sitio –comentó.

–Me alegro, porque algún día acabarás tú también aquí –respondió ella con una sonrisa–. Bueno, tus obras maestras.

Se giró y se besaron repentinamente, como si tuvieran que calmar su sed. Él la estrechó tan fuerte que, por un instante, Bianca se temió que no fuese un abrazo. Se llamó estúpida a sí misma, sabía que Manuel nunca le haría daño, pero estar tan cerca de él siempre la ponía en tensión.

Se desasió de sus brazos y fue a recuperar una lona vieja que cubría unas esculturas en una esquina. La extendió en el suelo, bajo la ventana, escondida tras una mesa. Mientras Manuel observaba sus movimientos, ella se sentó sobre la lona y se quitó la sudadera.

Entonces Manuel fue hasta donde estaba, se inclinó sobre ella y la besó de nuevo, mientras dejaba que le quitara el jersey y la camiseta. A la luz del sol, Bianca notó que tenía algunas pequeñas cicatrices en el cuerpo, similares a aquella que tenía en la mejilla. Las acarició con los dedos y luego lo abrazó, saboreando la sensación de su piel contra la suya propia. Manuel le besó el cuello y siguió bajando, evitando el tirante del sujetador.

Luego se detuvo.

–No quiero hacer el amor contigo.

Bianca parpadeó. No se le había pasado por la cabeza hacerlo allí mismo, pero

que él anunciase lo contrario le molestaba. Si pensaba volver a salir corriendo, estaba muy equivocado.

–De acuerdo. Tú no hagas nada, estate quieto –replicó a la vez que le sonreía. Lo puso contra el suelo, dándole la vuelta a la situación. Ahora le tocaba a ella mirarlo desde arriba. Bianca pensó que era perfecto, tan hermoso que habría estado mejor en un museo que entre la gente.

Se quitó el sujetador, desabrochándolo con una mano, y le mostró su pecho desnudo. Él no se movió, tan sólo continuó mirándola, ni siquiera era capaz de respirar.

–Eres tan… –empezó a decir, pero se interrumpió, pues de repente le parecía que la palabra «hermosa» era demasiado superficial. Repasó las clases de Historia del arte, en las que les prohibían definir una obra como «hermosa» por tratarse de un adjetivo que no entrañaba ningún matiz. Y Bianca era todo lo contrario, estaba llena de matices.

Le sonrió, mientras la luz del sol que entraba por la ventana volvía resplandeciente su tez clara. Estaba sonrojada, eso se notaba inmediatamente por el contraste.

–Eres tan luminosa.

Bianca cerró los ojos por un instante. La corriente de aire frío la hizo estremecer, pero el calor que sentía en su interior era algo tan intenso, tan puro.

Se tendió sobre su pecho y sintió que los brazos de Manuel la rodeaban de nuevo, firmes en torno a su espalda.

–Consigues que haga cosas raras –dijo ella.

–Yo también debo ser raro, ¿no? –murmuró Manuel–. Te digo que no quiero hacerlo contigo pero en realidad pienso lo contrario.

–Y entonces, ¿por qué lo dices?

–Porque creo que así es más justo –suspiró–. No puedo hacerte ningún tipo de promesa y no me apetece que lo nuestro sea sólo una historia de sexo.

Bianca pensó en lo que acababa de decir.

–Somos como el fuego.

–¿El fuego?

–Sí, las llamaradas violentas están destinadas a consumirse rápidamente. Pero las brasas permanecen largamente encendidas bajo las cenizas –le explicó, apoyándose sobre el codo para mirarlo a los ojos.

–Te quiero, Bianca, de verdad.

Se besaron una vez más, hasta que el timbre los sacó de su pequeño mundo de ternura.

–Tengo que decirte una cosa –le dijo Manuel mientras se vestían–. He encontrado una escuela.

–¿Una escuela? –preguntó ella con curiosidad.

–Para escenógrafos. Es una escuela internacional que está en Holanda –respondió él–. Tiene mucho prestigio, allí podría hacer realidad mis sueños.

–Pero eso es maravilloso –dijo Bianca, radiante. Se acercó para abrazarlo.

–De no ser por ti, jamás se me habría pasado por la cabeza –dijo–. Sé que no tengo derecho a soñar con nada que no sea mi destino, pero…

El silencio que siguió a continuación estaba cargado de dudas. Cada vez que hablaban del futuro sus corazones se ensombrecían.

–Lo estás intentando –encontró Bianca el coraje para decir, con un hilo de voz. No quería tener esperanzas. Habría significado una doble decepción y más sufrimiento.

–Es como si actuando pudiera cambiar el curso de mi vida –explicó Manuel–. No puedo desatender mis deberes, pero eso quizá no me impida hacer también algo por mí, por nosotros.

Abandonaron el aula en silencio y bajaron las escaleras en cuanto se calmó la confusión del cambio de hora. Mientras recorrían el pasillo en dirección a clase, Bianca se detuvo.

–¿Qué te dijo ayer tu madre?

Manuel bajó la mirada un segundo, visiblemente incómodo.

–Tuvimos una buena pelea.

–¿Por qué?

–No quería creerme –añadió–. Por lo menos al principio. No paraba de gritar y de amenazarme, quería hablar a Tano de ti.

Bianca sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. El nombre de ese hombre desconocido, que tenía potestad para decidir quién vivía y quién moría, Manuel incluido, la inquietaba.

–Al final conseguí convencerla –concluyó Manuel–. Le he contado que no eres más que una compañera de clase. Y le he dicho que Teresa y yo ya tenemos fecha de boda, eso la ha tranquilizado.

Bianca echó a andar de nuevo, no quería saber si era cierto, si había un día concreto en que él dejaría de ser suyo, en que cualquier ilusión, por remota que fuese, se desvanecería como lo hacen los fuegos artificiales, que sólo brillan por un segundo antes de que la oscuridad los envuelva.

Tras ella, Manuel no ofreció ninguna explicación. Era probable que también él temiese que la verdad pusiera punto y final a aquel pequeño mundo que habían conseguido crear.

Y si tu cabeza explota con presagios oscuros, nos encontraremos en el lado oscuro de la luna.

Pensaron al mismo tiempo en la letra de aquella canción que los dos amaban sin saberlo.

XX

–Esta noche estás muy callada.

Bianca levantó la mirada del dibujo que estaba terminando, sentada en el sofá. Su padre se afanaba en la cocina con su amigo el comisario, guisando y discutiendo como de costumbre.

Paolo, frente a ella, con las manos en los bolsillos y una gran sonrisa, esperaba una respuesta. Una conversación. Pero a Bianca no le apetecía hablar. Estaba a punto de decírselo claramente, cuando él añadió:

–Estoy saliendo con Valeria.

Ella asintió, esperando que continuase. Se preguntó si no estaría intentando ponerla celosa, pero su tono era tranquilo.

–Es una chica muy sensible. Y me resulta increíble que esté siempre tan alegre, a pesar de todo.

–Sí, desde luego es una chica alegre –replicó ella, mientras volvía a su dibujo. Paolo se decidió a dejarla en paz y se marchó a la cocina a preguntar si podía echar una mano.

Durante la cena, media hora más tarde, Bianca escuchaba a duras penas la conversación de los dos adultos. En su cabeza seguía repasando los momentos preciosos pasados con Manuel, y le emocionaba el recuerdo de su boca, de su cuerpo. No era capaz de pensar en otra cosa. Todavía no podía creerse la desenvoltura con la que se había desnudado frente a él, como si fuese algo natural, ella, que siempre había necesitado que la ropa la protegiese, incluso en la playa.

–¿Qué tal te va en el instituto? Me imagino que ya te habrás acostumbrado.

El comisario Leone la tenía tomada con ella. Le sonrió con educación y asintió.

–Sí, me encuentro muy bien.

–Y los exámenes, ¿te preocupan? Paolo no habla de otra cosa y faltan meses todavía –dijo él, a la vez que cortaba una tajada de rosbif que tenía pinta de estar a medio cocinar.

–Salvo por el examen de Arquitectura, no estoy demasiado nerviosa.

Leone levantó la mirada del plato.

–¿Estás haciendo el bachillerato artístico? Francesco, no me lo habías dicho.

Bianca miró a su padre con cara de interrogación. A su lado, Paolo continuó comiendo en silencio, como si la conversación no fuera con él.

–El chico tras el que vamos frecuenta ese instituto. Se mudó este año de dónde ya sabes –añadió el comisario con un gesto revelador. El juez asintió y se volvió hacia Bianca.

–¿Conoces a un tal Manuel Lambiase?

Ella vaciló y buscó una forma de ocultar el miedo que se había desatado en su interior.

No podía mentir, una pequeña comprobación habría bastado para descubrir que estaban en la misma clase. Trató de poner una cara inexpresiva, a pesar de que había sido horrible escuchar el nombre de Manuel en boca de su padre.

–Sí, está en mi clase. Un tipo solitario, ¿por qué?

Bianca rezó para que Paolo no dijese nada. No parecía tener intención de hacerlo, estaba callado y masticando, con aire sombrío.

–Todavía no estamos seguros, pero podría tratarse del enlace que andamos buscando por un feo asunto de residuos –explicó el juez preocupado–. ¿Tienes algo que ver con él? ¿Alguna vez le has hablado?

–Hemos hecho un trabajo juntos. Pero es una persona desagradable y le he pedido a la profesora que me busque otro compañero –respondió ella. Era una verdad a medias, si lo hubiese negado con demasiada convicción, podrían haber sospechado.

–Bueno, pues te aconsejo que te mantengas alejada de él –intervino el comisario, que había vuelto a concentrarse en su plato–. Ese tipo es peligroso y ya tiene antecedentes penales.

–Bianca, ese chico ha estado en la cárcel –especificó su padre, mientras la escrutaba con aire de preocupación–. Agredió a un hombre y lo hirió de gravedad con un cuchillo. No lo mató de milagro.

–Si de mí dependiera, la gente como él nunca debería pisar un instituto público y rodearse de chavales de bien –comentó el comisario sacudiendo la cabeza.

Bianca mantuvo el tipo y se limitó a asentir. Habría podido replicar que los susodichos chavales de bien de su instituto pasaban marihuana y cocaína hasta a los mocosos de primero, pero no habría servido para proteger a Manuel.

–Me mantendré alejada de él –se limitó a responder–. Ni siquiera hacía falta que me lo dijerais. Ya me había dado cuenta que era un tío poco recomendable.

Mientras renegaba de Manuel, su rostro se le apareció ante ella un segundo antes de besarla, con los labios apenas separados y la expresión encendida.

–Bien –dijo su padre con aprobación. El comisario también pareció satisfecho.

Después de la cena, Bianca llevó a Paolo a su cuarto con la excusa de enseñarle un dibujo.

–Gracias por lo de antes –le dijo cuando cerró la puerta.

–Creo que ya sabes que me importas –replicó él–. Aunque ahora esté saliendo con Valeria, podemos ser amigos.

–Yo…

–Esta noche no he dicho nada sobre ti y ese chico porque quiero que sepas que

puedes fiarte de mí –la interrumpió–. Te pido que mantengas los ojos abiertos Bianca, y no lo hago por celos.

Ella se puso tensa.

–Parece que sabéis un montón de cosas sobre Manuel. Todos habéis emitido ya vuestra sentencia.

–¿Le has preguntado por el tema de los frenos del coche de tu padre? –preguntó Paolo, decidido a que entrara en razón.

No había tenido el coraje necesario. Cada vez que se veían, era como si el mundo real se desvaneciera. Como si tuvieran derecho a ser personas nuevas, con una vida distinta de la que estaban obligados a llevar. Eran instantes tan intensos que las preguntas incómodas acababan por olvidarse, puede que de forma involuntaria, o puede que no.

–Eres una chica lista –continuó Paolo–. Entenderás tú sola que estás cometiendo una equivocación. Si de verdad ese chico estuviera implicado en el tráfico de residuos sabes lo que significaría, ¿verdad?

Bianca bajó la mirada. Ni lo sabía, ni quería saberlo, ya tenía lágrimas en los ojos.

–No seré yo quien te lo diga –concluyó él–. Lo descubrirás por ti misma y harás la elección adecuada.

En el instituto había asamblea, llevaban una hora enclaustrados en el gimnasio mientras los representantes de alumnos intentaban respetar el orden del día con escasos resultados. Bianca estaba sentada en una esquina, Manuel en la opuesta, como de costumbre. Pero no hacían más que mirarse. Aunque intentaban pasar desapercibidos y ocultar a sus compañeros lo que sucedía entre ellos, el campo visual de uno estaba siempre completamente ocupado por la imagen del otro. No había espacio para nadie más.

Llegado un cierto punto, todo el mundo se puso de pie y aplaudió algo que había dicho un chico por el micrófono. Muchos silbaban y gritaban. Bianca aprovechó la confusión para escabullirse fuera.

Manuel la vio y la siguió.

Sabía adónde iba y, mientras recorría los pasillos a grandes zancadas, se sentía cada vez más impaciente. La noche anterior había dormido poquísimo, el recuerdo de Bianca y del momento en que se había desnudado delante de él lo mantuvo en vela.

Cuando entró en el aula del tercer piso, la persiana estaba medio bajada para crear una luz más tenue. Ella estaba sentada en la mesa, con el cuaderno de dibujo en una mano y el carboncillo en la otra.

–Desnúdate –le ordenó.

Manuel sonrió, cohibido, y negó con la cabeza.

–Bianca…

–Quiero hacerte un retrato –explicó ella. Había determinación en su mirada–. Has dicho que el arte nos hace inmortales. A las personas y los momentos. Cuando te pierda, tendré algo que nadie podrá robarme.

Manuel asintió y cerró la puerta con llave. Empezó a desvestirse lentamente. Cuando se quedó completamente desnudo delante de Bianca, le invadió la emoción, los ojos de ella lo observaban sin ningún pudor, ávidos y encendidos.

–Si me miras así, acabarás dibujando algo muy obsceno –dijo él. Sonreía pero no parecía incómodo–. ¿Dónde quiere que me ponga, señora artista?

Bianca lo pensó a fondo.

–Ponte aquí, junto a la ventana.

A cada paso que daba, podía observar cada detalle de su cuerpo armonioso. Sería como pintar un retrato de una estatua de líneas regulares y definidas. Lo difícil iba a ser capturar los matices de su mirada.

–¿No acostumbran los modelos a posar con un paño drapeado? –bromeó Manuel, excitado de tenerla tan cerca.

–Tú no –respondió ella, abriendo el cuaderno y trazando las primeras líneas, impaciente–. Cuando estás de pie, parece que estás a punto de saltar. Tienes una tensión en los músculos que hace que seas perfecto –se ruborizó después de haberlo dicho, pero continuó afanándose con el carboncillo.

La luz golpeaba el cuerpo de Manuel de soslayo, rasante, creando un efecto dramático de luces y sombras. Bianca tenía el corazón en la boca y llegó un momento en que tuvo que detenerse.

–Hace calor aquí dentro.

Manuel rió.

–Es verdad. Ahora sabes lo que sentí yo el día que estuviste posando.

Ella también se echó a reír y él pensó que era preciosa. Se había recogido el pelo para que no acabara encima del folio y tenía cara de concentración. La dejó dibujar. Sólo acertaba a ver lo que estaba haciendo de reojo, pero sabía que ya había delineado toda la figura, de los pies a la cabeza. Luego, mientras ella estaba inclinada, dio un paso hacia delante y volvió a ponerse en la misma postura.

–Te has movido.

–No es verdad.

Bianca lo miró, como dudando, y luego retomó su tarea. Pero apenas inclinó otra vez la cabeza sobre el cuaderno, Manuel avanzó un poco más.

Ella levantó la mirada y se echó a reír.

–¡Venga! ¡Así me desconcentras!

–Si me observas más de cerca, estoy seguro de que trabajarás mejor los detalles –comentó él. Bianca se puso seria, aunque sus ojos no lo estaban, y se levantó de la silla.

–¿Qué tengo que hacer?

–Desnúdate –la imitó él, conteniendo la risa.

–¿Quieres hacerme un retrato? –le preguntó Bianca. Tenía ganas de estrecharlo entre sus brazos, pero no se movió.

Manuel negó con la cabeza.

–Ya sabes que yo no pinto cosas vivas. Como mucho, podría besarte.

–Entonces intentaré complacerte –declaró ella. Se encontraban a pocos pasos de distancia y comenzó a desnudarse. No sabía si tenía la piel de gallina a causa de la temperatura o por culpa de la excitación.

Cuando estuvieron desnudos, bastó un segundo para que se echasen el uno en brazos del otro, besándose y explorándose por primera vez. Terminaron en el suelo, sobre la lona que había permanecido allí, y Manuel no se contuvo más, renunció a todo discurso lógico, abandonó todos sus temores y obedeció aquello que le dictaba el corazón, violento y doloroso. Deseaba a Bianca.

Formuló ese pensamiento dentro de su cabeza. La deseaba más que cualquier otra cosa. Sentía sus manos acariciando cada centímetro de su cuerpo y le besó el cuello, los hombros, el seno, blanco y pequeño. Bianca ardía de deseo y le agarró por la nuca. Era perfecto. A su alrededor no existía nada, sólo ellos dos.

–¿Estás segura de querer hacerlo? –le susurró al oído. Ambos estaban cubiertos de sudor, a pesar del aire gélido de la habitación. Ella temblaba, pero asintió, abrazándolo y besándolo como si le fuese la vida en ello. No sabrían precisar durante cuánto rato hicieron el amor. Sólo sabían que, al final, no era suficiente. Nunca habrían tenido bastante.

Incluso separarse para vestirse parecía imposible. Lo intentaron varias veces, pero siempre lo dejaban para volver a besarse, y las escasas prendas que llevaban volvían a acabar en el suelo.

Hasta que el sonido del timbre les llegó desde la lejanía y Bianca miró el reloj.

–Oh, no.

–¿Qué pasa?

–Es el timbre de la salida. No hemos escuchado el cambio de hora –se levantó de un salto y se vistió deprisa y con rabia. Manuel la imitó a regañadientes, luego echó un vistazo por la ventana: los estudiantes se dispersaban a la salida. En pocos minutos, el instituto estaría vacío.

–Tenemos que darnos prisa –exclamó. Cuando estuvieron vestidos, la cogió de la mano y salieron al pasillo, asegurándose de que no hubiera nadie.

El sonido de una puerta que se cerraba a sus espaldas unos pasos más allá los hizo sobresaltarse. Estaban demasiado lejos de las escaleras para poder ponerse a salvo.

–¡Eh! ¡Vosotros dos! –gritó el bedel, saliendo de repente de una habitación

escoba en mano–. ¿Qué estáis haciendo aquí arriba? ¿No sois del grupo B del último curso?

–Corre, Manuel –exclamó Bianca, que quería evitar a toda costa un interrogatorio embarazoso.

–¡Deteneos! –gritó el bedel, demasiado gordo para seguirlos–. Se lo diré al director, ¡deteneos!

No se detuvieron hasta que no estuvieron fuera, confundidos en medio de la multitud de chavales congregados en el patio. Se separaron rápidamente: Manuel se fue derecho a su moto y Bianca a su Vespa. Ni siquiera se despidieron, como si fueran dos extraños.

Pero aunque nadie pudiera verlo, el tesoro que escondían en su interior los unía ahora desde lo más profundo de su alma.

Querido Daniele:

Quién sabe si te acostaste con alguien antes de morir. Seguro que estuviste con un montón de chicas, me acuerdo de todas, pero ¿alguna vez estuviste enamorado de alguna? ¿O era simplemente sexo? Yo siempre he querido esperar… ¿Sabes qué? No pienso que dar una parte de ti misma a otra persona sea algo tan banal como te hacen creer en el cine o en la tele. La primera vez es algo que irá siempre contigo, no sé cómo explicarlo, pero siempre he sentido que sería así.

Ahora, si miro en mi interior, también veo a otra persona junto a mí, y es tan hermoso saber que somos dos. Eso es para mí hacer el amor, es exactamente eso: saber que siempre seremos dos, pase lo que pase.

Bianca

XXI

–No nos gusta llamar la atención.

Manuel observaba la reacción de Bianca. La había llevado a su casa, aprovechando que su madre había regresado al pueblo para ir a ver a un familiar que estaba en el hospital y, ahora que estaba allí, trataba de ignorar el hecho de que desentonara tanto en ese ambiente que a él le resultaba tan familiar.

–Es algo inquietante –comentó ella con incredulidad, de pie en mitad del salón.

Lo que desde el exterior parecía poco más que un mísero cortijo, ocultaba en su interior un pequeño y lujoso palacio. A pesar de las paredes ennegrecidas, que no había dado tiempo a pintar, las estancias resplandecían de muebles caros, blandas alfombras y cuadros de buen gusto que Bianca intuyó que había elegido Manuel.

Las ventanas, de aluminio deteriorado, estaban protegidas por pesadas cortinas de brocado color crema y la cocina, que Bianca vislumbró desde la puerta abierta, era moderna y estaba amueblada con todos los accesorios.

–Mi madre no habría querido todo esto. Es una persona sencilla y, de todas formas, se trata de algo provisional –explicó Manuel. A Bianca le vinieron a la mente los dedos cuajados de anillos pero no dijo nada–. En cambio, para Tano es inconcebible vivir sin lujos. Y a mí no me disgusta.

Salieron al jardín por el ventanal que daba a la parte trasera. Si habían dejado el patio delantero en su estado original de abandono, la casa protegía con sus muros un rincón verde cuidadosamente dispuesto, con una mesita y varias sillas de hierro forjado, una gran sombrilla de tela blanca y un par de tumbonas de madera.

–Me costó convencerlo para no construir una piscina en pleno invierno –dijo Manuel–. Está obsesionado con las piscinas.

Bianca lo miró como si lo viese por primera vez. Allí, en su casa, parecía completamente distinto. Al hablar del dinero como si lo diera por sentado, aquella luz turbia había regresado a sus ojos.

–Parece que tengas mucho afecto a Tano –comentó.

–Se lo debo todo.

Bianca hizo una mueca

–¿Qué te pasa? –preguntó él.

–En el fondo no le debes nada. Tu padre murió por su culpa, tú arriesgas la vida por él, puede que lo que recibas ni siquiera sea suficiente.

–¿Suficiente? –repitió Manuel perplejo–. Tengo todo lo que deseo: casas, coches, barcos. Iré a la mejor universidad posible. ¿Qué más se puede pedir?

–La libertad de decidir a qué te quieres dedicar, por ejemplo, o de amar a quien

tú elijas –la idea de que fuera prisionero de aquel hombre y de su hija le resultaba cada vez más insoportable.

–Tú no lo entiendes, Bianca.

–Puede que sea eso. Pero sé que cuando pierdes a un ser querido, una montaña de dinero no puede reemplazar el dolor de su ausencia.

Manuel se levantó, inquieto, y le dio la espalda para contemplar el campo punteado de olivos. El sol invernal lucía ya bajo e irradiaba una luz casi blanca.

–No puedes entender lo que significa, no deberías juzgarme.

–Hace un año y medio perdí a mi hermano –dijo ella sin pensarlo.

No era capaz de decir «murió». La idea de haberlo perdido al menos le daba la esperanza de poder reencontrarse con él, algún día, en otra vida.

Manuel se giró de golpe.

–¿Por qué no me lo has contado hasta ahora?

–No me gusta hablar de ello. La gente me mira con compasión y eso no va conmigo –respondió ella–. Además, es lo que ha destrozado a mi familia, y sólo de pensarlo me dan ganas de gritar. Hay veces que querría estar en su lugar.

–¿Cómo murió?

La naturalidad con la que él pronunció aquella palabra horrible le cortó la respiración por un instante. Escucharla era como recibir una bofetada.

–Lo apuñalaron por equivocación durante una pelea en la puerta de una discoteca. Él no tenía nada que ver, pero le pilló en medio.

Se interrumpió para no llorar. Las lágrimas afloraron a sus ojos, inclinó la cabeza para que Manuel no las viese pero él se dio cuenta y fue hasta ella para abrazarla.

–Lo siento, Bianca. De haberlo sabido, no habría dicho ciertas cosas.

Ella sacudió la cabeza.

–No pasa nada –respondió. Tenía una expresión de rabia en la cara–. Pero te entiendo cuando hablas de venganza. Me he imaginado tantas veces cómo reaccionaría si me encontrara ante esos asesinos.

Manuel se desasió de sus brazos, pensativo. Se metió una mano en el bolsillo interior del abrigo.

–Llevo un tiempo dándole vueltas –dijo, mientras extraía la pistola para enseñársela. Bianca se sobresaltó–. Quiero enseñarte a disparar.

–Estás loco –ella dio un paso atrás, como si quisiera distanciarse del arma.

–Si tu hermano hubiera tenido una, habría podido defenderse.

–Daniele nunca habría sido capaz de hacer daño a nadie –replicó ella con una sonrisa triste. Contempló a Manuel con severidad–. Y de haberlo hecho, ahora estaría en la cárcel en vez de en un ataúd.

–Pero estaría vivo –subrayó Manuel, todavía convencido–. Lo único que quiero es que aprendas a protegerte, por si te llegara a hacer falta.

–No quiero matar a nadie.

Manuel se encogió de hombros.

–Entonces apunta a las piernas. Si lo que quieres es dejar a alguien fuera de combate sin cargártelo, funciona.

–Pareces todo un experto –comentó ella en voz baja. Volvía a tener esa sensación de no conocer en absoluto al chico que quería. Se sentía una estúpida por creer que podía olvidar completamente su vida, la forma en que se había criado, los valores que respetaba.

Manuel la tomó por los hombros y le levantó la barbilla para obligarla a mirarle.

–Ése es el motivo por el que al principio no quería que lo nuestro comenzara. Ves una pistola y te asustas, lo juzgas todo como la gente que está acostumbrada a ver armas por la tele –dijo–. Pero de dónde yo vengo, los niños aprenden a usarlas de pequeños. Yo ni siquiera tenía diez años cuando disparé por primera vez.

–¿Qué te impulsa a vivir así? –le preguntó Bianca–. ¿Es que no existe ninguna alternativa? No puedo creerlo.

–La única alternativa es acabar como tu hermano –respondió Manuel con dureza–. En mi mundo nadie muere de viejo. Le tengo apego a la vida y me gustaría que fuese lo más larga posible.

–¿Aun a costa de sacrificar la vida de otras personas?

Él suspiró.

–Piénsalo. Si te pidieran que eligieses entre la vida de Daniele y la de uno de sus asesinos, ¿serías igual de buena?

Bianca reflexionó, tenía la cabeza hecha un lío y no conseguía apartar los ojos de la pistola que Manuel empuñaba con la misma tranquilidad con la que sostendría un vaso.

–Ya no sé qué pensar.

–En el momento en que elegiste acercarte a mí, hiciste una elección –respondió él con tristeza–. Te dije que soy como una planta carnívora, pero no quisiste escucharme. Si estás arrepentida, puedes marcharte. Pero si te quedas, me gustaría que aprendieras a defenderte.

Un dolor sordo en el pecho le recomendó que se diera la vuelta y se fuera. Manuel no podía prometerle nada. Probablemente era incapaz de imaginarse una vida distinta, aunque fuera a su lado. Pero su expresión de sufrimiento la impulsó a acercarse a él y a besarlo dulcemente en los labios. Sabía que, sólo con rozarle, las dudas y los miedos desaparecían. Sobre todo desaparecía la dimensión en la que se distinguía lo que estaba bien de lo que estaba mal.

–Vale –dijo–. Déjame intentarlo.

Caminaron entre los olivos para alejarse de la carretera y de las fincas colindantes. Después Manuel se detuvo, apuntó con la pistola al tronco de un árbol y apretó el gatillo. La bala se estrelló en la corteza mientras Bianca se llevaba las manos a los oídos, asustada por el estruendo.

–Debes mantener el brazo quieto porque al principio el retroceso te desplaza –explicó él, a la vez que le entregaba el arma–. Ése suele ser el motivo de que falles el tiro.

También le explicó cómo poner y quitar el seguro, cómo utilizar la mira y la forma de sostener la pistola:

–La mano recta, alineada con la espalda.

En el momento en que sus manos tocaron el metal, Bianca experimentó una excitación extraña. Aquel instrumento de apariencia inofensiva encerraba el poder de la vida y la muerte.

–Apunta a aquel árbol de allí.

Bianca disparó.

El impacto en el brazo fue como un latigazo, pero intentó no vacilar. El proyectil se empotró en la tierra, a pocos centímetros de la raíz del árbol.

Manuel emitió un leve silbido.

–No está nada mal. Vuelve a intentarlo.

El segundo disparo pasó rozando una de las ramas más bajas.

–Tienes una puntería estupenda –comentó él con orgullo.

–Pero si no le he dado.

–Has estado a punto. Para ser la primera vez, yo no me quejaría.

Bianca lo miró.

–¿Y cómo fue tu primera vez?

Él se ruborizó y sonrió.

–Un verdadero desastre. Estábamos en el jardín de la casa de Tano y en lugar de dar en el blanco me cargué la antena parabólica.

A Bianca le entraron ganas de reír, no sabía si porque encontraba ese recuerdo gracioso o porque era grotesco hablar con tanta frivolidad de algo así. No se le iba de la cabeza el accidente de coche de su padre, pero continuaba posponiendo la pregunta.

–Volveré a intentarlo.

El tercer disparo, perfecto, fue a incrustarse en el tronco del árbol. Manuel la abrazó en un impulso y la besó, como si acabara de conseguir algo extraordinario. Por un instante, a ella también se lo pareció.

No parecía que en su cuarto viviera un chico.

Cada cosa estaba colocada en un sitio preciso, siguiendo un orden y una cierta estética. Junto a la ventana había una pared entera que estaba cubierta de estanterías que llegaban hasta el techo. Casi todos los volúmenes que albergaban eran ensayos de arquitectura o monografías de artistas importantes. Un único estante contenía la colección de revistas de coches y motos.

La cama, de plaza y media, estaba cubierta por un edredón azul y algunos

cojines celestes a juego. El olor a nuevo apenas hacía mella en el aroma de Manuel. Bianca se contempló un segundo en el espejo del armario y no se reconoció. En sus oídos todavía retumbaba el sonido de los disparos y la invadía una inexplicable sensación de euforia.

Manuel, pistola en mano, encendió el equipo de música y puso en marcha el CD que había en el lector. *Dark side of the moon*, de Pink Floyd.

–Es mi disco favorito –dijo, mientras las notas de «Breathe» inundaban la habitación.

–Hubo un tiempo en que lo odiaba –confesó Bianca, sorprendida de que les gustara la misma música–. Pero hace año y medio que no escucho otra cosa.

Manuel fue a sentarse junto a ella, en la cama. Le rodeó los hombros con el brazo y cerró los ojos, escuchando las palabras de la canción, que se habían transformado en una plegaria.

–¿Cómo se puede odiar esta música? –preguntó.

Bianca dio marcha atrás en el tiempo. A la noche en la que Daniele estaba preparándose para salir de marcha. Ella estaba en su habitación con algunas amigas y le había gritado que bajara aquella estúpida música porque no les dejaba escuchar la radio.

Habían discutido, ella le gritó, él se marchó dando un portazo. Entonces, Bianca entró en la habitación de su hermano y, en un arrebato de rabia, cogió el CD de *Dark side of the moon* y lo partió en dos. Después se arrepintió, sí. Tenía pensado disculparse, pero Daniele nunca más volvió a casa. La única vez que lo volvió a ver fue en el tanatorio, inmóvil y rígido, con los labios lívidos, tendido en el ataúd.

En su cabeza retumbaban las palabras que le había escuchado a su padre en un descuido: «Estaba en mitad de un lago de sangre…». Había seguido imaginándose la escena hasta que, ante la necesidad de hacer algún gesto que la acercase a su hermano, había ido a comprar un nuevo CD. Y lo había escuchado de principio a fin. Por lo menos un millón de veces.

Pero no fue eso lo que le contó a Manuel.

Se levantó de la cama y le tendió la mano.

–Vamos a bailar.

Él la cogió por la cintura con un solo brazo –el otro descansaba en el costado, la pistola en la mano– y Bianca apoyó la cabeza contra su pecho. Se movieron lentamente siguiendo un ritmo distinto al de la canción, como si fueran al compás de las palabras en lugar de al de las notas.

Porque cuanto más vives más alto vuelas
Pero sólo si cabalgas la marea
En equilibrio sobre la ola más alta
Hacia una tumba prematura te encaminas.

Bailaron la mayor parte del disco. Después, Manuel empujó dulcemente a Bianca sobre la cama e hicieron el amor en silencio.

XXII

Manuel escuchó el ruido de un coche aproximándose por la carretera. Siempre alerta, acostumbrado a moverse deprisa, se puso en pie de un salto y lanzando maldiciones.

–Vístete, Bianca. Rápido –le ordenó en voz baja. Se puso los vaqueros y la camiseta en el momento en que el chirrido de los viejos goznes del portón anunciaba que alguien estaba entrando.

No había necesidad de asomarse a la ventana para ver de quién se trataba, reconoció al instante el motor del todoterreno de Angelo.

–Mierda –murmuró entre dientes. Se pasó una mano por el pelo, tratando de reflexionar. Cogió la pistola y se la metió en la cintura de los pantalones.

–¿Qué sucede? –Bianca ya estaba vestida y estaba tratando de arreglarse el pelo frente al espejo–. ¿Es tu madre? –sólo de pensar cómo podría reaccionar aquella mujer horrible si la pillaba allí, se le revolvía el estómago.

–Peor aún –respondió Manuel, agitado–. Por favor, siéntate en el escritorio y haz como que estudias. Coge unos libros, dibuja, pero no salgas de la habitación bajo ningún concepto.

–Me estás asustando.

–Quédate quieta y bien calladita –repitió él.

Sin dar más explicaciones, acudió a abrir; Angelo estaba llamando a la puerta como si quisiera echarla abajo.

–¡Ya voy! –gritó Manuel, intentando mantener la voz firme. Su rostro no dejaba traspasar ninguna emoción cuando se encontró cara a cara con el hijo de Tano–. ¿Qué demonios haces aquí?

–Pasaba por aquí y he pensado que podía parar a saludarte –respondió Angelo con una mueca. Entró en la casa y, a juzgar por sus gestos rápidos y nerviosos, debía de estar colocado. Manuel lo dejó trastear en la cocina mientras buscaba algo de comer y de beber.

–¿Hoy no te quedan sobras? –preguntó, con la cabeza en la nevera.

–No. Mi madre ha ido al pueblo a visitar a su hermana –respondió Manuel, mirando su cuarto de reojo. Esperaba que Bianca no hiciese ningún ruido.

Angelo se asomó desde la cocina con un plato lleno de pimientos asados en la mano.

–¿Entonces estás solito en casa?

–Sí.

–Pues entonces he venido a traerte buenas noticias –anunció Angelo–. Pero antes

necesito comer algo.

Manuel lo siguió a la cocina y lo observó, nervioso, mientras abría la despensa para coger el pan. Puso todo sobre la mesa descuidadamente y despedazó el pan sin cortarlo, tirando migas por doquier. Luego bebió agua directamente de la botella, con la boca pringosa del aceite de los pimientos.

–Estás muy callado –dijo con la boca llena–. Y como siempre, tienes cara de capullo. Crees que pones cara de tío duro, pero no. Es la cara de un auténtico capullo.

Manuel no entró a la provocación.

–Mira, tengo que estudiar. Dime lo que tengas que decirme y déjame en paz.

Angelo lo miró con desprecio, a continuación eructó.

–Te sienta bien esa cicatriz en la cara. Si quieres, te hago una igual en el otro lado.

–He prometido a Tano que no te seguiría el juego. Pero no pongas a prueba mi paciencia –replicó Manuel. Si Bianca no hubiera estado en la otra habitación, habría sido el momento adecuado para devolvérselas todas juntas.

El otro levantó las manos como si se rindiera.

–Ah, si se lo has prometido a mi padre, me conformaré –comentó, sarcástico–. De todas formas, esta vez le he demostrado que no soy tan estúpido como él se cree. Mientras tú estás aquí, dándotelas de colegial, yo he resuelto un problema bien gordo.

–¿De qué estás hablando?

–Tenemos a dos tíos que nos siguen la pista. ¿Te acuerdas de que papá lo dijo durante la última reunión? –preguntó Angelo. Manuel se puso rígido, sabía a quién se refería–. Un juez y un comisario que creen que pueden ponernos la zancadilla. Pero ahora se lo pensarán dos veces.

–¿Qué es lo que has hecho? –preguntó Manuel, tenso.

–Les he enviado una pequeña advertencia –respondió Angelo. Se echó a reír de forma descontrolada–. He manipulado los frenos del coche del juez. Él y el imbécil de su guardaespaldas han ido a estrellarse contra un muro. Es una pena que fueran tan despacio.

–Eres el mismo idiota de siempre –comentó él. Se preguntó por qué Bianca no le había sacado el tema y si su padre estaría bien–. Haciendo eso nos has expuesto ante ellos. Si antes tenían dudas, ahora estarán seguros de que van tras la pista correcta.

–Por si te interesa, Tano no piensa lo mismo –replicó Angelo–. Dice que, de vez en cuando, hace falta una advertencia para recordar a la gente quién está al mando. No podemos dejar que nos tomen siempre por tontos.

–No, no podemos –asintió Manuel, que en ese momento lo único que quería es que Angelo se marchase–. Has hecho bien.

Angelo lo miró con suspicacia. Luego se levantó de la mesa y se limpió las manos de restos de migas, frotando una con otra. Manuel supuso que la visita había terminado, pero en lugar de eso, Angelo se acomodó en el salón y se repantigó en el sofá, colocando en la mesita de cristal una cajita que había sacado del bolsillo de atrás de los vaqueros.

–¿No estarás pensando en meterte una raya aquí?

–No tardo ni un segundo. Y después me marcharé raudo como el viento.

–Angelo, vete. Ahora –le ordenó Manuel. Sabía que si se ponía a esnifar allí mismo, se volvería incontrolable.

Bianca había permanecido inmóvil frente al escritorio, con un libro abierto ante ella.

No escuchaba ningún ruido y la espera comenzaba a ponerla de los nervios. Se levantó lentamente de la silla y se acercó a la puerta de puntillas para escuchar. Se oían voces amortiguadas en la otra habitación, pero no conseguía distinguir lo que decían, por lo que volvió a sentarse. Luego, de repente, la sobresaltaron unos gritos violentos. Manuel estaba discutiendo con alguien.

–¡Márchate de mi casa! –gritaba.

–¿De tu casa? Está construida con el dinero de mi padre –chilló la otra voz, un chico al parecer–. Todo esto es mío, ¿te enteras? Cuando mi padre se marche al otro barrio, no te dejaré ni el felpudo.

«El hijo de Tano.»

Bianca se quedó helada y contuvo el aliento. Cruzó los dedos para que Manuel no saliera herido y aguzó el oído para seguir la pelea.

–Quieres casarte con mi hermana sólo por el dinero.

–Tú estás paranoico.

–Lo único que quiero es lo que me pertenece por derecho –gruñó Angelo. Se escuchó algún objeto saltar en mil pedazos.

–¿Te crees que el respeto también es un derecho? –replicó Manuel con frialdad.

–No eres nadie, ¿te enteras? Nadie.

–Antes o después te arrepentirás de todo. Lo prometo –dijo de nuevo la voz de Manuel.

–Qué miedo que me das.

El silencio que siguió a continuación no fue nada tranquilizador. Bianca puso la mano en el pomo de la puerta y lo presionó. La abertura entre la hoja y el marco era lo suficientemente ancha como para vislumbrar el pasillo y percibir los sonidos de forma distinta.

–Detente, Angelo –dijo Manuel, con voz queda–. Detente.

Un disparo.

Bianca chilló.

Incapaz de moverse, se tapó la boca con ambas manos y permaneció a la escucha.

«Por favor Manuel habla, te lo ruego.»

–¿Qué ha sido eso? –preguntó la voz desconocida. No obtuvo ninguna respuesta. Se escucharon ruidos como de pelea. Quizá Manuel estaba vivo. Quizá tan sólo estaba herido.

–He escuchado un grito. Ahí hay alguien.

–No hay nadie. Si no te marchas, te juro que te mato.

Hubo un rumor de pasos en el pasillo. Bianca retrocedió de un salto y regresó al escritorio, aun sabiendo que era un gesto inútil.

Al instante la puerta se abrió y en el umbral apareció un chico. El chico del todoterreno, el del pendiente y la cadena de oro al cuello.

Angelo y Bianca se miraron. A ella le temblaba el labio, pero se esforzó por aparentar normalidad.

–Hola –le dijo. En principio, él no sabía situarla, como si fuese la última cosa que se esperaría encontrar en la habitación de Manuel.

–¿Quién coño eres?

Bianca se aclaró la garganta. Después vio a Manuel aparecer tras los hombros del chico de mirada malvada y recuperó el control. Se puso de pie, estaba bien.

–Soy una amiga de Manuel. Vamos juntos al instituto. Encantada.

Angelo la escrutó con suspicacia y luego se volvió para mirar a Manuel.

–Por eso tenías tanta prisa en que me marchara.

–Por favor, Angelo, ya la has asustado bastante –dijo él–. Vámonos de aquí, yo me encargo de explicárselo.

–Pero ¿qué está haciendo aquí tu compañera de clase? –continuó el otro–. Y encima, mientras tu madre no está.

Se hizo un silencio de lo más elocuente, a pensar de que nadie pronunció ni media sílaba. Angelo hizo una mueca que indicaba que había captado la situación perfectamente.

–No es lo que parece –trató de decir Manuel.

–Claro, por supuesto que no –murmuró el otro–. Bueno, entonces os dejo a solas. Disculpad la molestia. Adiós, amiga de Manuel.

–Adiós –acertó a decir Bianca. Bajo la sudadera, estaba completamente sudada. Ni siquiera se relajó al escuchar que la puerta se cerraba y el todoterreno se ponía en marcha.

Manuel volvió a entrar en la habitación con un gesto torvo en la cara. Ella se levantó y corrió a su encuentro para abrazarlo.

–Tenía miedo de que te hubiese disparado –dijo–. Perdóname, no tenía que haber gritado.

–Deberías ser tú la que me perdonase –susurró él, mientras la estrechaba. Angelo se había marchado, pero Manuel sabía que la cosa no acabaría ahí. Había

reaccionado de una manera demasiado tranquila, seguro que maquinaba algo–. Bianca, no es nada bueno que te haya visto. Es un tipo peligroso.

–¿Qué podemos hacer? –gimió ella, todavía con el corazón acelerado. No conseguía quitarse de la cabeza la mirada malévola del otro.

Manuel se liberó de sus brazos y fue hasta el armario. Cogió una caja del estante más alto y sacó una pistola parecida a la suya, pero más pequeña, y un puñado de balas.

–Toma.

Bianca miró el arma con incredulidad.

–¿No querrás que vaya por ahí con eso?

–Ya has tomado esa decisión –suspiró él. Parecía al borde de la desesperación–. Ahora es imposible dar marcha atrás. Hemos sido unos insensatos, tendrás que estar en guardia. Soy un auténtico miserable.

Ella lo observó, luego le tendió la mano y cogió la pistola.

–No es tu culpa. Fui yo quien te eligió a ti.

La metió en la mochila con manos temblorosas, tras comprobar que estaba puesto el seguro. Luego se giró para abrazar a Manuel una vez más.

Él la estrechó entre sus brazos, enterró la cara en su pelo y no pudo contenerse.

Comenzó a llorar.

No había vertido ni una sola lágrima en el entierro de su padre, mientras su madre chillaba sobre el ataúd, porque Tano le había dicho que los hombres no lloran. Que morir con honor es mejor que llevar una vida de borregos. Le había cogido por los hombros con sus grandes manos y a Manuel se le había pasado aquella horrible sensación de precipitarse al vacío, de no saber cómo permanecer en pie.

Desde entonces, había aprendido que mostrar las propias emociones te hace parecer débil y permite que los demás te golpeen más fuerte.

Pero, en aquel momento, el peso de las emociones era demasiado fuerte como para soportarlo.

–Perdóname, perdóname –seguía susurrando a Bianca, sin dejarla ir.

Ella no sabía cómo reaccionar. Se limitó a estrecharlo más fuerte y a escuchar su llanto suave. Intuía que eran viejas lágrimas y lo dejó desahogarse.

–No es tu culpa, Manuel –le repetía con voz queda, tratando de tranquilizarlo.

Él se incorporó de golpe y se secó los ojos con el dorso de la mano. Ahora su mirada se había vuelto dura.

–Soy un imbécil –dijo–. Sabía desde el principio que no funcionaría.

–No digas eso, por favor –replicó ella–. Encontraremos alguna solución.

–Te acabo de poner una pistola en la mano, Bianca. El camino que hemos tomado no nos lleva a ningún sitio.

Manuel la miró con ternura y a la vez con algo de nostalgia, como si ya se

hubieran alejado para siempre.

XXIII

La cena fue espléndida, como siempre.

Pero Manuel fue incapaz de hacer gala de su apetito habitual. Movía el tenedor con cautela, como si le fuera a explotar en la mano, a la vez que miraba a los que estaban a su alrededor con recelo, escrutando las caras de aquellos a los que había querido, pero que ahora representaban una amenaza.

Tano estaba tranquilo, sentado a la cabecera de la mesa, pero su actitud no era ninguna garantía. Tenía la capacidad de mantener la calma incluso cuando observaba cómo un hombre se desangraba a sus pies, tras haberle disparado.

Por lo menos, Angelo llegaba tarde y Manuel tenía una cosa menos de la que preocuparse, a pesar de que le resultaba imposible asegurarse de que no hubiera hablado con su padre sobre Bianca.

–Qué callado estás, Manuel –dijo Lena, mientras le pasaba la bandeja con el pescado al horno–. No has comido casi nada. Tienes que alimentarte bien, si no ¿cómo vas a poder con el instituto y todo lo demás?

Típico de Lena. Llamaba «lo demás» todo lo que tenía que ver con los negocios de su marido, de los que no quería saber nada más de lo estrictamente necesario, por ejemplo, los muchos ceros de sus muchas cuentas bancarias repartidas por todo el mundo.

–No tengo hambre, gracias –respondió él, rechazando con el gesto una nueva ración.

Teresa, que estaba sentada a su lado, le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre.

–Estás bien, tienes la temperatura de siempre –anunció, a la vez que le sonreía. Llevaba puesto su mejor vestido, ceñido al pecho y a la cadera, de color morado, y botas de tacón. Pero lo único que veía Manuel era su sombra de ojos, demasiado recargada, y el pintalabios, demasiado llamativo. Era una chica guapa, tenía los rasgos un tanto infantiles, pero se esforzaba demasiado en aparentar ser adulta. Para alguien como él, amante del arte clásico y de la arquitectura, con sus formas puras, todo lo que fuera artificioso tenía algo de grotesco, casi vulgar.

Cogió la servilleta de tela y se la pasó a Teresa.

–Vamos, Manuel –bufó. Agarró la servilleta con desgana y la utilizó para quitarse el rojo intenso de los labios–. ¿Qué? ¿Ya estás contento?

–Tiene toda la razón –intervino Tano, pero miró a Manuel en lugar de a su hija–. Tanto maquillaje no conviene.

–Dejadla tranquila –los amonestó Lena. Mientras tanto, la criada había entrado

en la habitación y estaba apilando los platos vacíos–. ¿Ahora sois dos contra una?

–Así está mucho más guapa –replicó Manuel, esforzándose por sonreír.

La criada empezó a servir fruta y dulces, colocando cubiertos y platos limpios. Teresa se había puesto a charlar de nuevo, contenta de que Manuel le hubiera dirigido un piropo, pero él no la escuchaba apenas. Continuaba observando a Tano y, a medida que pasaba el rato, estaba más seguro de que algo no iba bien. Casi no le había dirigido la palabra en toda la cena y al llegar lo había saludado con frialdad.

Manuel aguardó a que las dos mujeres abandonaran la habitación, como acostumbraban a hacer al final de cada comida para dejar que Tano se relajase, y se acercó al mueble bar para servirle algo de beber, tal y como el otro esperaba.

–¿Solo?

–Sí.

Le tendió el vaso de whisky y él se levantó de la mesa para acomodarse en el sofá.

–Tenemos que hablar –dijo con un suspiro de cansancio. Manuel lo siguió en tensión y se sentó, manteniéndose a la expectativa. Escuchar era siempre la mejor opción. Tano tenía un olfato formidable para las mentiras y le gustaba ser el que llevaba las riendas del juego.

–Estoy contento de cómo has resuelto el asunto con los albaneses –comentó. Pretendía que se sintiese a gusto, pero Manuel no bajó la guardia. Por un segundo, se preguntó cómo habría reaccionado si Tano hubiera intentado hacerle daño–. Spiro gestiona sus negocios como un mercenario esquizofrénico, no es fácil tratar con él. Pero te las has arreglado muy bien.

–Gracias –respondió Manuel.

Tano dio un trago a su whisky y dejó pasar unos segundos en silencio.

–Sé que Angelo te está creando problemas. Quizá sea por eso que estás tan raro últimamente.

–Sólo estoy cansado –replicó Manuel con voz monocorde–. Apenas haya resuelto este tema, volveré a casa y me recuperaré en dos días.

Tano no le quitaba ojo de encima.

–Bien. Quería oírte decirlo.

–¿Hay algún problema?

–No, ninguno. A menos que seas tú el que lo tiene –respondió el *boss*, mirándolo de forma elocuente.

–No, lo tengo todo bajo control.

–¿Estás seguro? –insistió Tano–. No te lo digo porque quiera saber lo que te pasa por la cabeza, Manuel. Para mí eres como un hijo y yo entiendo a mis hijos. Me basta con un vistazo. Y cuando uno de mis hijos pasa por una mala racha, yo espero a que se le pase. Es lo normal, ¿no crees?

Manuel asintió, tratando de aparentar seguridad. No tenía la menor idea de dónde quería llegar con aquel discurso.

–Lo que no es tan normal es no poder fiarse de tus propios hijos. Tener que guardarte las espaldas de ellos.

Manuel contuvo el aliento. Ahora lo diría. Sacaría la historia de Bianca a relucir y él no sabría cómo justificarla de un modo convincente. Se obligó a mantener la calma, y a no permitir que su rostro y sus gestos dejaran traslucir ninguna emoción. Estaba tan inmóvil como una estatua, tratando de parecer relajado.

–¿Te refieres a algo en particular? –preguntó al *boss*, mostrándose comprensivo–. Sabes que nunca haría nada que pudiera decepcionarte.

Tano lo escrutó y una luz benévola atravesó su mirada.

–En realidad no estoy hablando de ti, sino de Angelo. ¿Te ha contado lo de los frenos, lo del coche de ese juez?

Manuel volvió a asentir. A pesar de que estuviera en el mismo lugar que hacía un momento, todo había cambiado. Ahora podía darse un respiro. Podía dejar de ponerse en lo peor. Escuchó a Tano lamentarse sobre el hecho de que su hijo se lo hubiera montado por su cuenta. Que se hubiese expuesto así, que hubiese actuado por impulso sin avisar al resto del clan.

–Entonces, más que una advertencia ha sido una chiquillería –concluyó–, el capricho de alguien que, en lugar de los negocios de la familia, se pone a sí mismo en primer lugar.

Hizo una pausa.

–Pero lo voy a dejar pasar, porque, al menos, ha hecho algo de utilidad para todos –añadió–. Lo que en realidad no soporto es que haya empezado a mentir, a salpicar de mierda a una de las personas más importantes para mí –y lo miró para no dejar lugar a dudas de a quién se estaba refiriendo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Manuel, que volvía a tener cuidado y a escoger sus palabras.

Tano suspiró:

–Ya lo sabes.

–Angelo habla a tontas y a locas –replicó él, con cautela–. Explícate mejor, quizá pueda ayudarte a aclarar las cosas.

–Dice que ya no quieres casarte con Teresa –respondió el *boss*. Aquella frase ocultaba lo que verdaderamente sabía. Estaba jugando con él. Quería llevarlo hasta la verdad, acorralarlo poco a poco. Había visto cómo lo hacía cientos de veces. Manuel se enderezó, decidido a no ceder y a no permitir que se hiciera mención alguna a Bianca, no en aquella habitación, donde se decidía sobre la vida y la muerte de la gente.

Por eso, se rió. Abiertamente, de una forma tan espontánea que cogió a Tano por sorpresa.

–Esto no es cosa de risa, chaval.

–Me río porque, de todas las cosas que Angelo se podía haber inventado, ha elegido la más absurda de todas –dijo Manuel, sosteniendo la mirada a Tano–. Pregúntaselo a mi madre. Justo el otro día le conté que ya había decidido la fecha de la boda.

Muy a su pesar, el semblante de Tano se iluminó.

–Pero Teresa no me ha dicho nada.

–No lo sabe todavía, quería decírselo esta noche –respondió Manuel–. Le he comprado unas flores, después de cenar tenía intención de dar un paseo con ella junto al mar.

Cruzó los dedos para que Tano no quisiera ver las flores.

El *boss* sonrió.

–Quieres hacer las cosas con ella como dios manda, ¿eh? –comentó satisfecho–. Me ha contado que no le has puesto un dedo encima, imagino que lo haces por respeto hacia ella, no hacia su padre.

–Así es. Se arregla como una mujer, pero todavía es una niña. No tiene por qué crecer tan rápido, no por mí, tenemos todo el tiempo del mundo –concluyó Manuel, cada vez más metido en el papel. No le resultaba difícil, pensaba en Bianca, en el peligro que corría, y las mentiras surgían por sí solas.

Había sido un estúpido al pensar que podía llevar una doble vida.

Y había sido todavía más estúpido al pensar que ella tenía cabida en la suya.

Pero ahora ya sabía lo que tenía que hacer. Se habían acabado las dudas.

–De todas formas, yo también tengo que contarte algo –añadió.

–Te escucho –respondió Tano, visiblemente tranquilo y de buen grado–. Si es por la ceremonia, no te preocupes, ya sabes cómo va esto. Yo me ocuparé de todo.

–No, se trata de los Scano –dijo Manuel–. Creo que ha llegado el momento. No estoy dispuesto a aplazarlo más, han pasado demasiados años y siento que si no vengo ahora a mi padre, jamás me convertiré en un hombre y no me ganaré el derecho de estar junto a Teresa.

Tano asintió. Esos eran la clase de discursos que mejor comprendía. La familia, el dinero, el honor. Para él, todo lo demás era un molesto rumor de fondo. En la única ocasión que Manuel había intentado hablarle de su pasión por el arte, le había firmado un cheque en blanco, diciéndole que comprara todo el arte que quisiera.

–Me parece justo. Diré a los muchachos que pongan manos a la obra y en cuanto me digan algo, trazaremos un plan. Esas ratas de alcantarilla llevan demasiado tiempo tranquilas.

Escucharon un taconeo en el pasillo. Teresa se asomó a la puerta.

–¿Y bien? ¿Habéis terminado ya de parlotear? –refunfuñó–. No puedes quedarte a Manuel para ti solo.

Avanzó contoneándose, Manuel se levantó y fue a su encuentro.

–Salgamos un rato –le dijo.

Junto al paseo marítimo, dentro del coche, Teresa se apretó contra él, con la excusa de que tenía frío a pesar de que la calefacción llevaba media hora puesta.

–Lucia se ha quedado embarazada, ¿lo sabías? –le dijo en tono de chisme–. Se casará en enero, antes de que se le note el bombo.

Manuel no respondió y continuó conduciendo. Se sabía de memoria lo que venía a continuación. Por aquellos lares, era siempre la misma historia.

–Soy dos meses mayor que ella –añadió Teresa. Deslizó la mano por los pantalones de Manuel, tocándole la entrepierna. Él, sin perder la compostura, le agarró la muñeca y devolvió el brazo a su posición inicial.

Ella soltó un bufido.

–Me tratas como a una niña, pero estoy cansada de esperar.

Aquella frase también formaba parte del guión. Manuel sabía que, si fuera necesario, estaría esperando eternamente. No tenía otra alternativa.

–Yo de ti no me preocuparía por eso –dijo. Le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarla.

«Perdóname, Bianca.»

–¿Qué quieres decir? –le preguntó ella, alzando el tono de voz.

–Nos casamos en mayo.

–¿Antes de los exámenes? –exclamó Teresa con incredulidad. Ni en sueños habría esperado algo así.

–Sí.

–¡Oh Manuel! ¡Es fantástico! –gritó ella, lanzándose a su cuello y obligándolo a estirar el cuello para ver la carretera y no estrellarse–. ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Él dejó que lo besuqueara y escuchó el discurso largamente preparado que siguió. Teresa ya había decidido todo: sabía dónde quería comprarse el vestido –un modelo de alta costura que costaba treinta mil euros y que daría de qué hablar en el pueblo durante años– y tenía en mente una ceremonia tan lujosa que parecería la boda de una princesa.

Manuel pensó que, en el fondo, sí era una princesa. La hija de un rey que la entregaba como esposa a un príncipe heredero con sólo dieciséis años, pasando de una jaula dorada a otra, sin apenas darse cuenta; seguía sonriendo y yendo de compras, sin malgastar un solo pensamiento en el mundo exterior.

–Papá ha dicho que tenemos que construir una piscina. Pero la casa debemos elegirla los dos juntos –dijo Teresa, sobreexcitada–. O también nos la puede construir la empresa de papá, donde nosotros queramos. ¿Dónde te gustaría a ti?

«En el lado oscuro de la luna.»

–Te dejo elegir a ti. Tú serás quien mande en casa –le respondió.

–Papá tiene razón –dijo ella con lágrimas de felicidad en los ojos–. Eres tan, tan bueno.

XXIV

–¿De verdad tiene que venir él también? –siseó Bianca a su padre, sentada junto a él en el asiento trasero de un coche oficial.

–Sí.

Al volante iba un hombre de unos treinta y cinco años, vestido con traje y corbata, que conducía con rigidez, como si temiese que el coche pudiera desobedecerle.

–No tenemos que darle conversación, ¿no?

Su padre suspiró.

–No. Nino se quedará fuera mientras nosotros cenamos.

Eso era suficiente para Bianca, aunque se preguntaba qué haría Nino durante todo ese rato, con el frío que hacía y sin nada que comer. Por un segundo, estuvo tentada de invitarlo, pero se lo pensó dos veces.

Su padre había insistido en celebrar su dieciocho cumpleaños pero, en realidad, si pudiera haber elegido libremente, Bianca habría preferido quedarse en casa. No le gustaban las fiestas de cumpleaños, mucho menos la suya. Y sin Daniele, sin su madre y sin Manuel a su lado, no tenía mucho sentido pretender que era feliz porque había pasado un año más.

Llevaba años soñando con ese momento, desde que era pequeña. Se había imaginado que cuando alcanzase la mayoría de edad recibiría algún súper poder o que, al menos, le regalarían el carnet de conducir.

Ahora no significaba nada. Pero fingió para complacer a su padre, ya que parecía importarle mucho.

Nino se detuvo junto al restaurante, un local lujoso con velas, manteles inmaculados y un camarero que nunca se separaba de la mesa, consiguiendo que Bianca se sintiese incómoda. No daba tiempo a que el vaso se vaciase y ya estaba lleno de nuevo, hasta que ella acabó poniendo la servilleta encima, con aire indiferente, para darle a entender que lo dejase. Su padre pidió por los dos y comió con apetito, a pesar de que se le habían marcado las arrugas de la frente en el transcurso de los últimos meses y había adelgazado algún que otro kilo. Cuando le sonó el móvil, frunció el ceño como si esperase una mala noticia, pero se relajó al leer el nombre en la pantalla.

–Es tu madre.

–Es la tercera vez que llama hoy, ¿qué mosca le ha picado? –bufó Bianca, mientras su padre descolgaba. Le escuchó responder con monosílabos, como de

costumbre, sin llegar a sonreír ni una vez. Se preguntó si sus padres se echarían de menos o si ya se habrían acostumbrado a las circunstancias.

Para ella, permanecer lejos de Manuel, aunque fuera sólo por un día, se convertía en un sufrimiento. Tenía unas ganas desesperadas de verlo, de besarlo, su ausencia le provocaba un dolor sordo en todo el cuerpo.

–Quiere felicitarte –dijo el juez mientras le pasaba el teléfono, con una mirada que le suplicaba que tuviese paciencia.

–Mamá –exclamó agarrando el móvil, antes incluso de llevárselo al oído–, ya me has felicitado.

–Lo sé. Pero me pesa estar tan lejos y no poder celebrarlo con vosotros –respondió ella con voz melancólica.

–Allí también tendrás alguna cosa que celebrar, ¿no? –replicó Bianca con acritud. Estaba cansada de oír siempre la misma canción.

–¿Qué quieres decir, querida? –dijo ella, perpleja.

–Déjalo.

Se hizo un momento de silencio.

–Bueno, feliz cumpleaños otra vez.

–Gracias.

–Y recuerda que el regalo es de parte de los dos, ¿eh? –añadió.

–Me lo has repetido diez veces, ya lo capto –bufó Bianca, torturando su servilleta con la punta del tenedor.

–¿Te lo ha dado ya?

–Sí, me encanta, muchas gracias.

En eso era sincera. Cuando había vuelto del instituto, se había encontrado en su habitación con un paquete enorme. Había rasgado el papel de regalo sin poder reprimir la excitación.

–Te será útil para preparar los exámenes –dijo su madre.

–Sí.

De hecho, el caballete que sus padres le habían regalado alojaría sus propios proyectos. Tenía la intención de ponerse a trabajar sobre lienzo y experimentar con las posibilidades del color muy pronto.

Por fin pudo colgar y devolver el teléfono a su padre.

–Parece más serena –dijo él, contento. Bianca sospechaba que se alegraba porque así tenía un problema menos en el que pensar, sin importar cómo se hubiera resuelto–. Nosotros deberíamos hablar de tu futuro, ¿no crees?

–¿Mi futuro? ¿En qué sentido?

–En unos meses acabarás el instituto y yo cerraré la investigación, por tanto, tendremos que volver a Milán, a la normalidad.

–¿Tenemos que hablar de eso precisamente ahora? –murmuró ella, ensartando un

pescadito frito que le inspiró una tristeza inexplicable. Lo devolvió al plato y lo cubrió con una hoja de lechuga.

–Lo único que digo es que antes o después tendrás que decidir reconciliarte con tu madre. No puedes guardarle rencor para siempre.

«¿Y por qué no?», pensó Bianca. Seguro que su madre se había inventado algún cuento para convencerlo de que allanara el camino, para que hiciera de mediador. Pero si él supiera el verdadero motivo de la serenidad recobrada de su mujer, quizá no tendría tanta prisa en regresar a Milán.

–De todas formas la investigación aún no ha concluido, ¿por qué hablas como si fuera así? –preguntó Bianca, dirigiendo la conversación al tema que de verdad le importaba. Cada vez que mencionaba su trabajo, ella contenía el aliento con ansiedad, como si de los labios de su padre pudiera salir una sentencia contra Manuel.

El juez se limpió la boca con la servilleta e hizo un gesto al camarero para que le sirviera otra copa de vino.

–Pronto habrá concluido. El comisario acertó de pleno.

–¿Con qué?

–Con lo del intermediario –respondió su padre, con la mirada rebosante de satisfacción–. Yo pensaba que era alguien de por aquí, pero me equivocaba. El que se ocupa de la red es alguien que procede del seno del clan.

–Entonces, ¿mi compañero de clase no tiene nada que ver? –preguntó Bianca, tratando de usar un tono casual.

Su padre la miró con seriedad.

–En realidad, se trata de él. Leone me pidió que te pusiera sobre aviso, pero yo no quise violar el secreto del sumario.

–¿Hace cuánto que lo sabes? –le preguntó ella. Se sentía como el pescadito que había en su plato.

–Desde esta mañana –respondió el juez–. Creo que deberías volver a Milán cuanto antes, Bianca. Sé que es tu cumpleaños, pero te he traído aquí para hablar también de esto.

–Yo no tengo nada que ver con ese tío –replicó ella con terquedad–. Tendrías que ordenar que evacuaran a todo el instituto, ¿por qué sólo a mí?

–Porque eres mi hija. Serías una presa fácil en caso de que la situación se pusiera fea –respondió su padre–. Si asociara tu apellido conmigo, podría volverse peligroso.

–¿Peligroso? –dijo Bianca, tratando de reír–. ¡Pero si sólo es un chico!

El juez negó con la cabeza.

–En su mundo, ser joven no es sinónimo de inocencia. Su padre era el brazo derecho de uno de los *boss* más despiadados de la zona, y asesinó a sesenta y cinco personas antes de morir acribillado por ochenta y siente proyectiles, todos

destinados a él. Manuel Lambiase ha estado en la cárcel por agresión y seguirá los pasos de su padre, junto al *boss* que le protege.

–Puede que quisiera defenderse.

–Ésa no es la cuestión. Sé razonable –dijo el juez–. Estamos hablando de un chico que ha organizado una de las redes más grandes de tráfico de residuos de esta zona. Tiene contactos entre los grandes empresarios del norte y la mafia albanesa. Van a hundir un cargamento de veneno frente a esta misma orilla, pero no sabemos ni cuándo, ni de qué puerto zarparán. La defensa no tiene nada que ver, ¿o es que no lo entiendes? Es una cuestión de dinero.

Bianca enmudeció.

No sabía nada de los residuos, nunca habría imaginado que fuese algo tan grave. O no había querido hacerlo.

–¿En el mar? ¿Estás seguro? –acertó a decir con voz ahogada. Esperaba que su padre no se diera cuenta.

–Sí. No resulta difícil de creer que el tal Lambiase pueda hacer algo por el estilo –añadió él con frialdad–. Tú también has visto qué pinta de delincuente tiene. En las fotos parece un *killer* frío y despiadado, tiene la mirada muerta. Te da escalofríos sólo de mirarlo. Quién sabe de lo que es capaz.

Bianca no replicó, le pitaban los oídos, era como si fuera a desmayarse. Su padre usaba aquel tono de desprecio para referirse a Manuel, el chico en el que no podía dejar de pensar, con el que había hecho el amor, con el que compartía la misma pasión por el arte.

«Y me ha regalado una pistola, después de enseñarme a disparar.»

Ese pensamiento la golpeó de improviso.

Como un relámpago que hubiera iluminado el cielo nocturno, le permitió ver por un instante la verdad sobre la historia que estaba viviendo. Tras el amor, había nubarrones que jamás se despejarían. ¿En qué quería convertirse? ¿En alguien como él? ¿Alguien que iba por ahí con una pistola para «defenderse»?

Por lo que parecía, la única persona de la que debía guardarse era él. Se lo había repetido una y otra vez y ella no había querido escucharle. ¿Y qué pasaría ahora? Si de verdad su padre le pisaba a Manuel los talones, ¿acabarían enfrentándose los dos? No era capaz de imaginárselo. Manuel apuntando a su padre con una pistola, como había hecho con el olivo, con la misma indiferencia. No era posible.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó su padre, trayéndola de vuelta al presente.

–Sí, creo que he comido demasiado –respondió ella, haciendo un esfuerzo por sonreír.

El juez le tomó la mano por encima de la mesa y la estrechó.

–Perdóname, no tendría que haberte hablado así –le dijo–. Yo estoy acostumbrado a tratar con esta gente, pero para ti debe de ser complicado pensar en tu compañero como si fuese un criminal.

Bianca se mordió el labio, nerviosa.

–Pero él…, ¿podría llegar a hacerte daño?

Su padre se encogió de hombros como si la cosa no tuviera la menor importancia.

–Creen que ganan porque asustan a la gente. Pero, yo, ¿qué tengo que perder? –respondió con expresión grave–. Pienso mucho en ello desde que murió tu hermano.

–¿En qué? –le preguntó ella, conmovida. Era la primera vez que pronunciaba una frase concreta sobre el tema. Por lo general, se comportaba como si el incidente no hubiese ocurrido nunca, como si en lugar de estar pudriéndose bajo tierra, Daniele hubiera emprendido un largo viaje.

–En que la vida es algo tremendamente frágil –respondió él, con la mirada limpia–. Crees que siempre habrá tiempo, pero de repente todo se acaba.

–Entonces tienes mucho que perder –replicó Bianca–. Si la vida es frágil, es también algo precioso, ¿no crees?

El juez suspiró.

–Tienes razón. Pero ¿de qué sirve vivir si no intentamos luchar, si nos dejamos asustar por unos criminales?

–Estás hablando de tu trabajo.

–Estoy hablando de la capacidad de reconocer lo que está bien y lo que está mal.

Esa noche Bianca no durmió.

Ella y Manuel habían decidido saltarse las clases al día siguiente y encontrarse en el puerto para celebrar juntos su cumpleaños. Le había dicho que tenía una sorpresa para ella y la idea la había entusiasmado.

Pero ahora, la charla durante la cena la había empujado a un callejón sin salida.

A la luz de la lámpara de la mesilla de noche, contemplaba el desnudo que había dibujado en el aula del tercer piso, el cuerpo de Manuel trasladado al papel. Añadió con el carboncillo la pequeña cicatriz de su mejilla y continuó observándolo: para ella siempre era el mismo Manuel. Ni el *killer* despiadado, ni el criminal, sino el muchacho del que se había enamorado. Eso era lo que la inquietaba. ¿Significaba que era como él? ¿Que, a fuerza de vivir en la sombra, había acabado por no distinguir entre el bien y el mal?

En el fondo de su corazón, sabía que no era así.

Se levantó de la cama y fue hasta el baño de puntillas. Los ronquidos graves y regulares de su padre se desvanecieron en cuanto cerró la puerta. Encendió la luz y se miró en el espejo durante unos minutos.

Sacó un lápiz de labios color teja del neceser que había junto al lavabo. Le quitó la tapa y se aproximó al espejo, ofreciéndole al reflejo su perfil izquierdo. Dibujó

sobre la piel de la mejilla una breve línea recta que se parecía a la cicatriz de Manuel y se observó una vez más.

Bajo el sol, todo luce en sintonía. Pero el sol está eclipsado por la luna.

En sus manos no había ninguna solución que los condujese a un final feliz. Ésa era la única verdad de toda aquella historia.

Querido Daniele:

Hoy he cumplido dieciocho años. Me acuerdo cuando te tocó a ti, hace cuatro años ya, y te fuiste de viaje con tus amigos y yo me enfadé porque podías entrar y salir de casa cuando te diera la gana y yo no.

Ahora, en lugar de eso, cuando pienso que me estoy haciendo mayor me entra el pánico. Es como si de repente cayera en la cuenta de que tengo ante mí un pasillo infinito, repleto de puertas. Detrás de cada una existe una posibilidad, pero también hay un riesgo de equivocarse. Cuando eres pequeño, los demás abren las puertas por ti y todo parece sencillo. Pero, cuando eres consciente de que debes de hacerlo solo, es aterrador. Cada uno de tus gestos implica una consecuencia, en el presente y en el futuro, para ti y para los que te rodean. Tú sabes mejor que yo cómo funciona este juego. Decidiste salir de la discoteca en aquel momento y te mataron. Si te hubieras quedado en casa esa noche, o si hubieras esperado apenas diez minutos para cruzar la puerta del local, todo habría sido distinto: entonces y al día siguiente, para ti y para nosotros. Basta lo más mínimo para cometer un error.

He pensado en la persona que me gustaría ser. Podría tomar mis decisiones con más seguridad, sabría siempre qué dirección seguir. Y, sin embargo, me he dado cuenta de que lo que en realidad quiero ser choca frontalmente con lo que más deseo en este momento.

Con lo que más quiero.

Bianca

XXV

Aquella mañana el mar estaba en calma, y el sol invernal se reflejaba en la superficie como un millón de espejos fulgurantes.

Las gaviotas planeaban sobre el rompeolas buscando comida. Las más espabiladas sobrevolaban las barcas amarradas, a la caza de sobras.

Mientras el viento le desordenaba el cabello a ráfagas breves y repentinas, Bianca miró a su alrededor en busca de Manuel. Había visto su moto aparcada cuando llegó al puerto, pero no había ni rastro de él.

A pesar de que la mañana era cálida para la estación, estar sentada en un embarcadero congelado no era lo que se dice agradable. Se metió las manos en los bolsillos del impermeable e inhaló el aire salobre.

De la cabina del pequeño yate amarrado delante de ella surgió una figura que sostenía dos chalecos salvavidas naranjas.

–¡Manuel! –gritó Bianca, al tiempo que se levantaba y recogía su mochila del embarcadero–. Podías haberme dicho que estabas ahí dentro, bien calentito.

Él la saludó agitando el brazo que tenía libre y le sonrió.

–Quería hacerle una puesta a punto antes de que subieras a bordo –le explicó–. Lo traje aquí al final del verano, y luego he estado demasiado ocupado para utilizarlo.

«Demasiado ocupado.»

Bianca se esforzó por devolverle la sonrisa y se acercó a la embarcación. Manuel le tendió una mano para ayudarla pero ella la ignoró y subió de un salto. Él la estrechó un momento y la besó en los labios.

–Feliz cumpleaños –le dijo.

El abrazo fue frío, el beso, insípido, pero Bianca lo atribuyó a las bajas temperaturas y entró en la cabina. El interior era amplio y estaba bien distribuido, con un saloncito elegante con sofás de piel blanca y una cocina americana equipada con los electrodomésticos más modernos.

–No está nada mal –comentó–. ¿Otro regalo de Tano?

Manuel no respondió. Fue hasta la proa, donde estaban los mandos, y cogió un paquete que había dejado junto al timón.

–Esto es para ti.

Se lo tendió con cierta rigidez, como si no estuviese convencido de lo que estaba haciendo. Bianca, inquieta e incómoda, no lo cogió.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Así así, ¿y tú?

–Así.

En el silencio que siguió a continuación, se estudiaron. Él la miraba como si tratase de no verla. Era una sensación extraña, pero Bianca la notó. Ya no era capaz de leer nada en el fondo de sus ojos, había un muro entre los dos, una distancia que convertía cada gesto, cada aliento, en algo antinatural.

Se le acercó y lo abrazó con fuerza. Inspiró su olor, le acarició los rizos con la mano, pero su piel no le transmitía ningún mensaje.

Con un suspiro, Bianca se separó de él y tomó el paquete que le tendía. Era pequeño, estaba envuelto en papel rojo y atado con un lacito blanco.

–¿Qué es?

–Lo he pensado mucho, espero que te guste –respondió Manuel. De haber querido, podría haberle regalado casi cualquier cosa, un coche, un caballo, una tienda llena de ropa nueva. Pero ninguno de esos objetos encajaba con ella. Perdían todo su significado, si es que alguna vez lo habían tenido, y se convertían en la materialización del dinero que había servido para comprarlos.

Bianca rasgó el envoltorio y extrajo un estuche de terciopelo azul. Le dio un vuelco al corazón al pensar en lo que aquello podía contener y en cómo habría reaccionado si, de verdad, al abrirlo, hubiese visto un anillo.

En su lugar, había un colgante ovalado de aspecto antiguo, de esos que se abren por la mitad y esconden dos minúsculas fotografías.

–Es precioso, Manuel.

Era un objeto elegido con buen gusto, seguramente procedía de un anticuario, acarreaba las señales del tiempo y de las manos que lo habían tocado, de las mujeres que lo habían lucido.

–Ábrelo –dijo él.

Bianca accionó el mecanismo y el colgante se abrió como un libro pequeño. En su interior sólo uno de los dos espacios para las fotografías estaba ocupado. Era la copia en miniatura del retrato que Manuel había fotografiado en la National Portrait Gallery de Londres.

Bianca sonrió, pero era una sonrisa triste.

–¿Por qué tengo la sensación de que esto es un regalo de despedida en vez de uno de cumpleaños? –le preguntó.

Manuel esperaba aquella pregunta. Días atrás, mientras daba vueltas al regalo, él había pensado lo mismo. Quería regalarle algo para que le recordase, algo importante pero que, de alguna forma, lo exculpase sin que su amor fuera puesto en duda.

–Vamos a dar una vuelta. Mar adentro, lejos de todo –le dijo, acariciándole la mejilla.

Se dio la vuelta y puso el barco en marcha. Éste se limitó a vibrar sutilmente, con

un ligero ronroneo. Bianca se sentó en uno de los sofás y se giró para mirar por una escotilla, mientras esperaba que Manuel maniobrase y abandonase el puerto.

La sensación de alejarse de tierra firme y surcar las olas le producía escalofríos y le entraban ganas de no regresar nunca más. Bianca salió al exterior para contemplar las olas y también la costa, que se hacía cada vez más pequeña. Llevaba el colgante aferrado entre los dedos, luego se lo puso y lo escondió bajo el jersey. Cerró los ojos para sentir mejor el viento helado en su cara.

–¿No tienes frío? –le preguntó Manuel a sus espaldas, cuando pasó un rato. Había reducido la velocidad y había puesto el piloto automático para que el barco mantuviese una velocidad constante. La rodeó con sus brazos, rozándole la mejilla con la suya propia, y los dos juntos contemplaron la extensión azul que, con cada ola, parecía hablarles de libertad.

Bianca, tiritando, se giró para mirar a Manuel.

Manuel la besó y ella lo estrechó con fuerza, obligándole a continuar, mordiéndole los labios, recorriéndolos con la lengua, como si fueran de caramelo. Lo sintió estremecerse y por fin fue capaz de reconocerlo, de captar sus emociones: estaba enamorado, estaba triste, estaba enfadado.

–Me gusta el colgante. Lo llevaré siempre conmigo –le susurró al oído mientras él le besaba el cuello, desabrochándole la chaqueta.

–Es sólo un objeto –respondió él, abrazándola con fuerza–. Si pudiera ponerme en su lugar, estar cerca de tu corazón, sobre tu piel, entonces sería feliz.

Bajaron a la zona de los dormitorios después de que Manuel apagara el motor y echase el ancla. Bianca no apreció el lujo que la rodeaba, el pequeño pasillo de maderas oscuras, los acabados caros, las numerosas habitaciones, como si fuera un piso espacioso.

Delante de ella sólo veía a Manuel, que la llevaba de la mano. Las dudas desaparecían, las sombras se retiraban a los rincones de su alma, todo aquello al margen de ellos dos dejaba de existir.

Bianca dejó que Manuel la desvistiera despacio, tumbada sobre una cama enorme recubierta por una colcha celeste. La habitación olía a madera y se balanceaba suavemente, moviéndose al compás de las olas.

Manuel le acarició la piel con los labios, haciéndola gemir. Se detuvo varias veces para contemplarla desnuda, y sonreía como si estuviera viendo algo muy especial. Ese día estaba muy callado, quizá tenía miedo de que, si abría la boca para hablar, recordaría quién era, de dónde venía, lo que le esperaba. O quizá era su corazón, que sofocaba las palabras y se limitaba a latir, a latir por ella.

Cerró los ojos y la tocó, centímetro a centímetro.

Ella temblaba entre sus brazos, por fin le rogó que se detuviese e hicieron el amor con ardor y desesperación. De nuevo, eran uno solo. Estaban unidos, eran invencibles, tan próximos que sus corazones eran imposibles de distinguir.

Bianca contemplaba las olas y, de vez en cuando, miraba a Manuel de reojo. Él, tras el cristal de la cabina, se afanaba en la cocina preparando dos tazas de té.

Incapaz de contenerse ni un minuto más, se levantó y decidió plantarle cara:

–Sólo quiero preguntarte una cosa, pero tienes que responderme con sinceridad.

Él se giró y asintió, sin sorprenderse.

–¿Cómo puedes ser capaz de hacerlo? –exclamó Bianca, señalando con un gesto del brazo la extensión de agua que los rodeaba por todos lados–. ¿Es por el dinero? ¿Por tu familia? No hay nada que pueda valer tanto.

Manuel se puso rígido y soltó la taza que tenía en la mano.

–No sé a qué te refieres.

–Claro que lo sabes. Y yo también lo sé, mi padre me lo ha contado todo –exclamó Bianca acercándose a él. Lo quería, lo quería con locura, pero supuestamente el amor es sinónimo de entendimiento, y ella tan sólo quería una razón, la que fuera, para poder entenderle. Porque a estas alturas todavía era incapaz de hacerlo–. Dime que no es cierto, ¿pretendes ayudar a Tano para que arroje al mar unos residuos tóxicos que envenenarán el agua, los peces y a la gente? Quiero saber la verdad.

–No es tan sencillo.

Manuel se pasó una mano nerviosa por el pelo. Nunca había querido afrontar esa conversación. Cuando Bianca hablaba de su vida, de Tano, de lo que para él era normal y cotidiano, incluso necesario, todo se volvía distorsionado e indescifrable, como en un cuadro abstracto. Perdía el sentido, la dirección, los límites.

–Sí que lo es. Yo te entiendo cuando me hablas de venganza. Entiendo que sientas gratitud hacia el hombre que te ha criado como si fuese tu padre –insistió ella, evitando decirle lo que realmente pensaba de Tano–. Pero no consigo hacerlo con esta historia del veneno. ¿Cómo puedes querer destruir algo tan hermoso? –Bianca volvió la vista al mar, de un azul intenso y vivo–. ¿Cuánto dinero ganarás a cambio?

–No lo hago por dinero –explicó él.

–Y entonces, ¿por qué? –sollozó Bianca–. ¿Qué puede ser tan importante?

Manuel suspiró, sabía que no lo entendería.

–No es más que una orden. Sigo las órdenes, me limito a hacerlo y punto.

Ella parpadeó.

–Si Tano te ordenase que me mataras, ¿qué harías?

–Bianca…

–Respóndeme. ¿Me dispararías diciéndome, perdona, no es más que una orden?

Manuel no respondió y continuó observándola fijamente, temblando de rabia.

–¿Obedecerías como un perro? –continuó ella, con un deje de desprecio en la voz.

–¡Basta, déjalo ya! –gritó él, dando un paso hacia delante–. No sabes nada sobre

mí, ni de mis obligaciones. No sabes que quien forma parte de un clan no puede tomar otro camino. Si traicionas, acabas muerto. No puedes dimitir como si se tratase de un maldito puesto de trabajo, ¿es que no lo entiendes?

Había gritado tanto que por un instante su voz vibró en el interior de aquel pequeño reducto cerrado. Agitó la cabeza con desesperación.

–Bianca, lo nuestro no puede funcionar. Somos muy diferentes, estamos demasiado distantes. Nunca podrías ser una de nosotros y yo nunca seré alguien como tú.

–Pensaba que lo único importante era el nosotros.

Manuel torció el gesto, tenía los ojos tristes.

–No es así, yo no soy libre, tú misma lo has dicho.

–No quieres serlo.

–¡No puedo! –chilló él, dando un puñetazo sobre la encimera de la cocina.

–Entonces, ¿esto es una despedida? –preguntó con seriedad; no la había impresionado el arrebato de ira–. Lo sabías desde el principio. Querías acostarte conmigo por última vez.

Él la miró, sin expresión alguna.

–No lo hagas más difícil de lo que ya es.

No dijeron nada más y Manuel regresó al timón para preparar el atraque del yate en el puerto. Bianca se sentó en un sofá, con los ojos llenos de lágrimas, y el rato que tardaron en llegar a la costa se le antojó eterno. En el transcurso de unos minutos, todo había vuelto a cambiar.

Y cuando llegaron al puerto no pudieron decirse nada más, ni encontrar una forma de hacer las paces.

Porque en el muelle, esperando, estaba Angelo. Y junto a él, su hermana Teresa.

–Mierda –fue todo lo que Manuel acertó a decir. Atracó la embarcación con gestos nerviosos, maldiciendo entre dientes. A continuación ayudó a Bianca a bajar. Al llegar al embarcadero abrazó a Teresa, permitiendo que ella le besara en la boca.

–Hola, amiga de Manuel –saludó Angelo divertido–. ¿Hoy también estáis liados haciendo un trabajo?

–No –respondió Bianca, sin perder la calma–. Manuel quería enseñarme el barco, pero hemos dado la vuelta muy rápido porque me he mareado.

–Se te nota en la cara –replicó Angelo.

–¿Cómo es que estáis aquí? –preguntó Manuel, nervioso.

–He pensado que te gustaría que tu novia te hiciera una visita, ya que no os veis casi nunca –respondió Angelo con un guiño–. Tenías el móvil apagado y tu madre me dijo que habías venido al puerto a poner el yate a punto. Tano nos espera, hay novedades sobre los Scano.

Teresa había cogido a Manuel de la mano y miró a Bianca de arriba abajo.

–Qué, ¿no me presentas a tu amiga? –dijo con una sonrisa de circunstancias.

–Claro –respondió él, rehuyendo la mirada de ambas–. Ella es Bianca, es una compañera de clase.

Teresa le tendió la mano. Llevaba unos vaqueros ceñidos y unas botas de tacón decoradas con una franja de *strass*. Un abriguito de piel rosa que resaltaba su abundante pecho y el maquillaje completaban el efecto sexy. Por el contrario, la chica que tenía delante parecía sacada de una triste película en blanco y negro. Tenía la piel pálida, el pelo largo y negro encrespado por la brisa del mar y no llevaba ni pizca de maquillaje. Sus ropas no dejaban entrever nada, siempre y cuando hubiese algo que ver, claro. Teresa le sonrió.

Bianca estrechó la mano a la chica que nunca habría querido conocer. La encontró vulgar e insignificante.

–Un placer, soy Teresa –dijo con un acento muy marcado–. Manuel te habrá hablado de mí.

–La verdad es que no hace otra cosa. Debe de estar muy enamorado –respondió Bianca impasible. Vigilaba cada movimiento y no le pasó desapercibida la mirada, cargada de culpa y de ansiedad de Manuel, pero lo ignoró.

Teresa se giró hacia él, radiante:

–Espero que la hayas invitado a la boda, Manu –exclamó con un entusiasmo excesivo, y se volvió hacia ella–. Nos casamos en mayo. Eres bienvenida, aunque será una ceremonia elegante.

–Ya está bien, chicas –intervino Angelo y, por una vez, Manuel se lo agradeció–. Tenemos que irnos.

Se dirigió al todoterreno aparcado en la calle, mientras Teresa se llevaba a rastras a Manuel.

–Adiós, Bianca –dijo él, despidiéndose con un gesto de la mano mientras cogía la de Teresa con la otra.

Ella lo observó marcharse y darle la espalda.

No podía creer que todo acabara así.

–¡Manuel!

Él se dio la vuelta y le hizo un gesto a Teresa para que continuara. Ésta obedeció de mala gana, pero sin renunciar a lanzar una mirada gélida en dirección a Bianca.

–Perdóname –le dijo Manuel cuando estuvo frente a ella, sin osar tocarla.

En ese momento, lo que pasó entre ellos podría compararse al subir de una marea inesperada: se dijeron que se querían, se dijeron adiós, y otras muchas cosas que no se pueden traducir con palabras.

–No te marches con ellos, ven conmigo –le imploró Bianca–. He descubierto algo importante. La oscuridad en la que vivimos no es más que nuestra propia sombra. Entre los dos podemos hacer que se desvanezca, estoy segura.

Manuel apretó los labios y un relámpago le atravesó la mirada.

–No puedo –respondió un instante después–. Lo siento.

Y se marchó.

XXVI

Había un hombre parado junto a la puerta de su casa, vestido con vaqueros y un abrigo, que la observaba.

En un primer momento, Bianca no se acordó de que Leone los tenía bajo vigilancia, pero luego reconoció a Nino, el guardaespaldas que los había acompañado al restaurante, y le hizo un gesto de saludo.

Mientras ponía la cadena a la Vespa, las manos le temblaban. Dejó caer el candado dos veces, sobresaltándose al escuchar el rumor del metal sobre el asfalto, y por poco se echa a llorar allí mismo, en mitad de la calle.

–Te ayudo.

Nino le sonrió y se ocupó de cerrar la cadena.

–Gracias –acertó a murmurar Bianca.

–¿Un mal día? –le preguntó él, con las manos en los bolsillos y la barbilla enterrada en la bufanda.

–Uno de los peores de mi vida –respondió Bianca, en un arrebato de sinceridad.

Nino titubeó, sin saber si debía o no contestarle.

–Bueno, pues creo que en casa te encontrarás con otros problemas. Debe de haber ocurrido algo, el juez lleva un rato como loco.

Bianca apretó los labios sin hacer más comentarios. Los problemas de trabajo de su padre estaban directamente relacionados con lo que la separaba de Manuel y, llegados a este punto, no sabía qué esperar. Si detenían a Manuel, se evitaría el desastre en el mar. Puede que no se sintiera feliz por ella misma, pero al menos podría continuar mirando el horizonte sin que le entraran ganas de vomitar.

Subió las escaleras despacio, como si acarreara a sus espaldas el peso del mundo. Cuando llegó al descansillo, encontró la puerta de casa entreabierta. Ojalá hubiera podido detener el tiempo y evitar tener que respirar, hablar, moverse, aunque sólo fuera por unos instantes, así quizá habría sido capaz de poner en orden sus pensamientos.

En cambio, la realidad la apremiaba y la empujaba al interior de la casa, donde su padre la recibió sentado a la mesa con una mirada torva. Ante él, la pistola que Manuel le había regalado, un pedazo de metal cromado contra la madera oscura.

–Me ha llamado el director del instituto.

Bianca no esperaba una frase así. No tenía nada que temer desde el punto de vista académico y pensó que su padre estaba divagando antes de empezar a hablar de lo que tenía delante. Trató de idear excusas convincentes, pero parecía que no había nada que justificase estar en posesión de un arma.

–Me ha contado que el bedel te vio con un compañero de clase cuando salíais de un aula en desuso, durante la asamblea del instituto. Tu profesora asegura que no os autorizó a alejaros y, además, recuerda haber estado buscándoos un buen rato –añadió el juez, dando un puñetazo sobre la mesa–. El director se ha visto en la obligación de llamarme, teniendo en cuenta mi trabajo, porque parece ser que este compañero tuyo tenía antecedentes penales. ¿Te dice algo el nombre de Manuel Lambiase, Bianca?

–Sólo estábamos…

–¡Déjalo ya! –gritó su padre, levantándose con tanto ímpetu que volcó la silla–. Ni siquiera has ido hoy a clase. Has estado con él, ¿a que sí? ¿Hace cuánto tenéis una historia?

Bianca renunció a mentir:

–Puedes estar tranquilo. Ya no hay nada entre nosotros –respondió.

–Y luego está esto –exclamó su padre, asolado. Cogió la pistola de la mesa con tanta fuerza que parecía que iba a lanzarla por los aires–. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡A pesar de mis advertencias, a pesar de que sabías a quién tenías delante! Explícame cómo has podido ser tan ingenua, sobre todo después de lo que le sucedió a Daniele.

–Has hurgado entre mis cosas y has encontrado algo que no te pertenece. No tenías derecho –murmuró Bianca. No tenía ninguna intención de hablar de sus sentimientos con su padre, sobre todo en ese momento, destrozada como estaba; lo único que quería era encerrarse en su habitación a llorar–. En cualquier caso, todo se ha acabado. Hemos cortado, no volveré a verlo.

–Eso está claro, porque mañana por la mañana vuelves a Milán –replicó el juez con dureza–. Ya he avisado a tu madre, pero no he querido contarle todos los detalles para no preocuparla.

Bianca no sintió nada. Volver a Milán o quedarse allí ya no tenía ninguna importancia, no cambiaba nada. Por eso se limitó a asentir y dio unos pasos para marcharse a su habitación.

–No he terminado –la detuvo su padre–. Como has tenido contacto con Lambiase, podrías servirnos como testigo. Debes decirme con quién se ve, y cualquier cosa que hayas observado, cualquier detalle que pueda ayudarnos en nuestra investigación.

–¿Quieres que traicione al chico del que estoy enamorada?

Se le escapó así, sin más. El hecho de que, una vez más, su padre antepusiera su trabajo a todo lo demás la había cogido por sorpresa. A su alrededor, el mundo se desmoronaba. El amor no era suficiente para salvar vidas, alguien envenenaría el mar siguiendo una orden y, mientras tanto, él se atrincheraba tras sus cartapacios.

El asesino de Daniele, el que le había apuñalado hasta matarlo, era menor de edad y había sido condenado a diez años. Saldría de la cárcel con veintisiete, con la

vida todavía por delante, mientras Daniele permanecería bajo tierra para siempre. ¿Cómo podía su padre no darse cuenta de que la justicia, al servicio de la cual dedicaba cada instante de su vida, era simplemente grotesca?

–Tú no sabes nada del amor. Sólo eres una muchacha inmadura –sentenció el juez, fastidiado por aquel discurso absurdo. Bianca contempló el suelo y se miró la punta de los zapatos–. Si tienes conocimiento de alguna pista que pueda ayudarnos, debes decírmelo.

–No he visto a nadie, no sé nada. Ha intentado protegerme –dijo Bianca, con el estómago del revés–. Cuando estábamos juntos no hablábamos de sus negocios precisamente.

Lo había dicho aposta. Su padre acusó el golpe. Había soportado la muerte de su hijo, había sobrevivido a ese tipo de dolor, pero que Bianca hubiese acabado en los brazos de un criminal peligroso, uno de esos contra los que él llevaba luchando toda una vida, era algo inconcebible.

–Eres una estúpida, Bianca –dijo, con expresión de sufrimiento–. Te has comportado de tal forma que nunca más podré considerarte hija mía. Haz las maletas y vuelve con tu madre. No quiero verte más.

Nino estaba sentado en el sofá del salón, viendo la tele.

El juez Prandi lo había dejado allí para que vigilase a Bianca, no se le fuera a pasar por la cabeza hacer cualquier otra locura.

Era cierto. Si no hubiese estado bajo vigilancia, habría salido en busca de Manuel, habría ido a su casa y habría esperado que él volviese para convencerlo de que no echara todo por la borda: su relación, su futuro, el talento que poseía.

En lugar de eso, se vio obligada a concentrarse en las maletas para no volverse loca. Recogió sus cosas, más libros que vestidos, más lápices que zapatos y, después, exhausta, se quitó la ropa para darse una ducha.

El espejo del armario le devolvió la imagen de una chica de mirada triste y corazón destrozado. Sobre la piel de su pecho descansaba el colgante de plata que Manuel le había regalado. En él se reflejaba la luz artificial de la lámpara, arrancándole destellos, y Bianca lo abrió para admirar el dibujo de la chica desconocida que tanto se le parecía.

Después se lo quitó del cuello y fue hasta el escritorio. Escogió un retrato de entre los muchos que le había hecho a Manuel, uno de los más pequeños, y lo recortó con las tijeras. En el portarretratos vacío del colgante, junto a la chica londinense, colocó el trocito de papel plagado de líneas y trazos de lápiz que, unidos, formaban un rostro que era tan familiar como distante.

Unos minutos más tarde, mientras el agua se deslizaba por su cuerpo, por fin se permitió llorar. Había creído en todo momento que él podría cambiar de vida por

amor. Que dejaría a Teresa y todo aquello que representaba para estar con ella. O que al menos lo habría intentado por todos los medios, con todas sus fuerzas.

Pero la elección había resultado fácil. Allí en el muelle, Manuel se había dado la vuelta y había seguido su destino sin dudarlo.

Bianca volvía a verlos de la mano, la forma en que lo había besado en los labios, como si le perteneciese, como si fuese todo suyo. La frialdad que había aparentado hasta ese momento había desaparecido, había abandonado el lugar con una sensación indefinible de vergüenza, de humillación.

Corre, corre conejo
Cava un agujero, olvídate del sol
Y cuando por fin termines el trabajo
No pierdas el tiempo, es hora de cavar otro.

Volvió a escuchar la letra de «Breathe» más tarde, pensando en Manuel y en cómo se había comportado. Como un conejo. Después de todo, su padre tenía razón. Era una estúpida y no sabía nada del amor, de lo contrario no se habría creído lo que, tras analizarlo, había resultado ser un cuento insípido.

Metió las últimas cosas en la maleta con rabia, pero tuvo la precaución de envolver la tortuga de escayola en una camiseta, para que no se rompiese.

–Eres una mentirosa –dijo en voz alta–. No es cierto que el tiempo todo lo dé. Solamente es capaz de quitar.

Para evitar echarse a llorar otra vez, salió a la terracita. El sol se estaba poniendo y la calle estaba animada. Desde allí arriba podía ver a las viejecitas del edificio de enfrente, asomadas al balcón a pesar de que la tarde era fría. Bianca pensó que echaría de menos aquello, que llevaría en su corazón aquella ciudad. La franja de mar, entre antenas de televisión, azul intenso; el cielo en llamas, estriado de rosa y naranja, en el que ya apuntaban algunas estrellas.

El juez regresó a casa y despidió a Nino con un gesto, después se quitó el abrigo.

Cuando se quedaron solos, ella se le acercó.

–Lo está ayudando otro chico, Angelo –le dijo en voz baja–. Es el hijo de un tal Tano, no conozco el apellido. Pero si estáis sobre él, es lo bastante impulsivo como para traicionarse.

El juez la miró.

–No los arrestaremos hasta que no intenten cerrar el negocio, también queremos atrapar a sus cómplices –explicó–. ¿No sabes cuándo o dónde embarcarán?

Bianca negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

–No. Pero tienes que hacer algo, papá. Intenta salvarlo, por lo menos el mar es perfecto y la vida nunca lo será.

Su padre se levantó y la abrazó con fuerza, intentando comprenderla, intentando aceptar la inevitable verdad. Lo más importante era que lo peor se había evitado.

En el fondo, Bianca estaba allí, sana y salva, y en menos de veinticuatro horas estaría a cientos de kilómetros de ese mundo al que no pertenecía.

–Perdóname por lo de antes, estaba fuera de mis casillas –le dijo–. Te prometo que los detendré, aunque sea lo último que haga.

XXVII

–Estoy seguro de que, cuando pase un tiempo, tú también te convencerás de que ésta era la mejor solución para todos.

Bianca miró a su padre con escepticismo y recogió la maleta del suelo, dispuesta a montarse en el tren que la llevaría lejos de allí para siempre.

–Saluda a tu madre de mi parte –añadió el juez–. Nos veremos pronto.

Hizo ademán de darse la vuelta pero Bianca lo llamó.

–¿Papá?

–¿Sí?

–Ten cuidado, por favor.

Él asintió con una sonrisa triste.

–No te preocupes. No hace falta estar en el lado de los malos para saber pelear.

Bianca lo vio partir, mientras las puertas de su vagón se cerraban. No se sentó en su sitio hasta que desapareció en el interior de la estación, ya con el tren en marcha.

Sentada en su asiento, no se fijó en las personas que se movían a su alrededor, charlando, sacando revistas y reproductores Mp3. Tras la ventanilla discurría la que había sido su ciudad por unos meses, de la que se llevaba recuerdos imborrables para el resto de su vida. Milán le iba a resultar distinta y quién sabe si ahora la rechazaría o la aceptaría.

–Te está sonando el teléfono –un hombre sentado junto a ella le había rozado el brazo, despertándola. No era consciente de haber cerrado los ojos ni de que el móvil le hubiera sonado. A juzgar por la insistencia con la que lo hacía, Bianca supuso que era su madre. Logró pescarlo dentro de la mochila que tenía entre los pies y aceptó la llamada.

–¿Mamá?

–¿Has salido ya? –le preguntó desde el otro lado del aparato–. Acabo de hablar con tu padre.

–Llevamos media hora de camino –respondió Bianca, somnolienta. Le picaban los ojos tras la noche de insomnio. Se había quedado en la terraza, envuelta en el edredón, para ser testigo del nuevo amanecer. La última aurora.

–Iré a recogerte a la estación –comentó su madre.

–No hace falta, cogeré el autobús.

Al llegar, necesitaría estar un rato consigo misma para reponerse y aceptar el hecho de que estaría de nuevo en el punto de partida, con los mismos problemas sin resolver y muchas, muchísimas más heridas.

«Seguimos siendo los mismos, allá donde vayamos.»

–¿Estás segura?

–Sí.

–Bueno, entonces que tengas buen viaje.

Cuando colgó, el tren estaba aminorando la velocidad y las dos señoras sentadas frente a ella se estaban levantando y preparándose para bajar.

–¿Tú también bajas aquí? –preguntó el hombre sentado a su lado. Bianca lo miró fijamente, tenía los ojos tan rasgados que parecían rendijas y los labios delgados.

–No, voy a Milán –le respondió.

Sintió que algo rígido le apretaba el costado, a través del jersey.

Bajó la mirada y vio el cañón de una pistola. El hombre la sostenía de modo que no se notase, escondida en la manga del abrigo, bajo la mesita que había ante ellos.

–Pues yo diría que ésta es tu parada.

–Yo no… –exclamó Bianca, pensando en ponerse a gritar.

–Si gritas, te disparo. Si no me obedeces de inmediato y sin montar jaleo, el resultado será el mismo –la amenazó el hombre en voz baja–. La pistola tiene silenciador. La gente pensará que te ha dado un patatús, y antes de que alguien se dé cuenta de que te han disparado, estarás ya muerta. ¿Entendido?

Bianca asintió, se le había helado la sangre.

El hombre se levantó y cogió su maleta del portaequipajes encima del asiento. Se hizo a un lado para dejarla pasar delante de él y tenerla a tiro. Bianca caminaba despacio, esperando a que alguien se percatase de la situación, y lanzó un par de miradas desesperadas a los pasajeros que se cruzaron con ella. Pero ellos, o bien bajaban la cabeza o bien se limitaban a sonreír. Su propia experiencia les decía que no existía ninguna posibilidad de que una chica pudiera ser forzada a bajar de un tren amenazada a punta de pistola.

Una vez en el andén, Bianca vio que el tren partía sin ella y se sintió perdida. El hombre le hizo un gesto para que se dirigiera hacia la salida y no le quedó otro remedio que obedecer, atravesando la estación entre el gentío como un zombi, los ojos aterrados y el cuerpo rígido. Fuera, en la acera, el hombre se desabrochó el abrigo para extraer algo del bolsillo interior y, mientras sacaba un móvil, Bianca echó a correr.

No pidió ayuda por miedo a que aquel individuo disparase a la gente, estaba segura de que no tendría escrúpulos. Así, creyó que sería una presa menos fácil zigzagueando entre los coches y la gente. Desembocó en una calle lateral, sólo pensaba en correr lo más rápido que le permitieran sus piernas, no se detuvo a mirar atrás para comprobar si el hombre seguía sus pasos.

Un todoterreno negro irrumpió a gran velocidad en la calle por la que Bianca corría, procedente de una perpendicular. Frenó en seco, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto, cerrándole el paso y obligándola a detenerse. Dos tipos armados

bajaron del coche, mientras que a sus espaldas llegaba el hombre del tren, jadeante y enfadado. Bianca había caído en una trampa.

–Maldita hija de…

–Nada de palabrotas –ordenó una voz familiar desde el interior del vehículo, interrumpiéndolo–. Hay una señora presente.

La empujaron dentro del habitáculo del coche y cerraron las puertas. Para entonces, Bianca ya había reconocido al hombre al volante, que arrancó a toda velocidad en dirección a la autopista.

–Hola, amiga de Manuel, ¿qué tal lo estás pasando?

Ella, aprisionada entre los dos esbirros de Angelo en el asiento de atrás, no contestó.

–Apuesto a que te estarás preguntando por qué estás aquí –continuó él, pisando a fondo el acelerador. Por lo visto, si no la disparaban, acabaría muriendo en un accidente de tráfico de todas formas–. Digamos que tiene algo que ver con cierto juez que, mira por donde, es tu padre.

Bianca, con el corazón en la boca, guardó silencio, intuyendo que cualquier cosa que dijera se podía volver en su contra. A esas alturas había aprendido que lo mejor era guardarse de Angelo, tal y como su aspecto sugería. Las apariencias no siempre engañaban.

–Vendadle los ojos –ordenó él.

El hombre a su derecha sacó del bolsillo un trapo oscuro y le cubrió los ojos. En la oscuridad, sin posibilidad de fugarse, rezó porque Manuel supiera algo de su secuestro y de que la quisiera todavía lo suficiente como para sacarla de aquel apuro.

Se encontraba en una habitación sin ventanas.

A juzgar por el olor a humedad, debía de encontrarse bajo tierra. La habían atado de pies y manos a una silla y le habían quitado la venda de los ojos.

Por su parte, Angelo estaba de pie, apoyado sobre una mesa, y la miraba con una mueca sarcástica. Tenía una pistola en la mano y de vez en cuando estiraba las piernas para desentumecerse. Se notaba que estaba excitado y probablemente complacido con el trabajo realizado.

Bianca se dijo a sí misma que no le daría la satisfacción de verla derrumbarse. No lloraría y no suplicaría. Si su destino era morir allí, lo aceptaría. En el fondo, todos los acontecimientos de los últimos tiempos parecían conducirla a ese punto. No le importaba. Ya nada tenía importancia.

–Bianca Prandi –dijo Angelo, provocándole un escalofrío. Su nombre en boca de ese tipo sabía a podrido–. Si me hubiera enterado desde el principio que eras la hija de un personaje tan importante, me habría esforzado por conocerte mejor.

Cogió unas balas de la mesa y cargó la pistola, con manos temblorosas y gestos

torpes y descontrolados.

–Ahora tu padre tendrá que hacer un trato con nosotros. Si quiere volver a verte viva, tendrá que regresar a esa cloaca de la que vino –añadió.

–Manuel te matará cuando se entere de lo que has hecho –siseó Bianca con desprecio.

Angelo se echó a reír. Sus carcajadas eran roncas y estaban desprovistas de alegría.

–Pregúntate cómo he conseguido enterarme de que eras la hija del juez que nos pisa los talones. No tengo una bola de cristal, no soy adivino –ironizó–. Según tú, ¿quién podría haberme informado?

–¡Manuel no lo haría jamás! –gritó ella, tratando de contener las lágrimas a toda costa–. ¡No eres más que un cabrón!

Angelo se puso serio y se le acercó. Bianca tenía la nariz a la altura de su cintura y cerró los ojos, asqueada.

–¡No se te ocurra volver a abrir esa sucia boca! –exclamó. A continuación le soltó una bofetada. El golpe fue tan violento que por un instante temió que la silla se volcase con ella encima.

Sintió que algo cálido y viscoso se le deslizaba por el pómulo derecho. Los oídos le pitaban y veía borroso, pero se obligó a mirar fijamente a Angelo a la cara.

–Tu amante te ha traicionado –continuó él. Entretanto, había sacado la navaja y la acercó al cuello de Bianca–. ¿Sabes lo que tendría que hacerte por tirarte al novio de mi hermana? Tendría que degollarte y dejar que te murieras ahogada en tu propia sangre.

Hizo una breve pausa para describir con el filo de la navaja, sin presionar, un arco sobre la suave piel de su cuello, de oreja a oreja.

–Pero no lo haré –añadió–. Porque no quiero manchar mi casa con la asquerosa sangre de una puta.

Se echó a reír de nuevo, dibujando con la punta de la navaja los rasgos de Bianca, que intentó quedarse lo más quieta posible, sin apartar la mirada.

–En el fondo, entiendo que Manuel se haya encaprichado contigo –dijo–. Si mi padre lo pillase tirándose a mi hermana antes de casarse, le cortaría las pelotas. Es un hombre chapado a la antigua.

Le tocó el cuello con la mano y continuó bajando por la espalda, en dirección a sus nalgas.

Bianca se estremeció pero sus labios permanecieron sellados. Si intentaba ponerle las manos encima, lucharía hasta la muerte. Prefería que la descuartizaran antes de que él la tocase.

–Por eso se ha enrollado con la hija del juez –continuó Angelo, riendo–. La verdad es que a primera vista no vales gran cosa, pero imagino que si Manuel ha esperado tanto para dar la orden de raptarte, debes de ser una perra cachonda.

Bianca habría deseado taparse los oídos para no escucharlo. No creía ni una sola palabra de lo que decía, pero aún así esas frases la herían. Añadían más sal a las heridas recién abiertas. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para contenerlas, mientras Angelo le acariciaba el pelo con la mano.

–Pensabas que estaba enamorado, ¿a que sí? –continuó él, inclinándose para mirarla a los ojos. El aliento le olía a tabaco y a alcohol–. Pobre estúpida, todo formaba parte de un plan. Seducir a la hija del juez y después usarla para chantajearlo. Debo reconocer que Manuel siempre ha sido un poco maquiavélico.

En ese momento la puerta se abrió y los dos hombres del coche entraron. Angelo se vio obligado a retirarse y Bianca pudo relajar los músculos, al menos por el momento.

–Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? –preguntó el de los labios delgados.

–Ah, a mí no me preguntéis –respondió Angelo en tono teatral–. ¿No os acordáis que ya no soy el jefe? Ahora hay que preguntar a Manuel cómo proceder. Él ordena y nosotros obedecemos.

–Es un farol –siseó Bianca, haciendo un esfuerzo para pronunciar las palabras. La sangre se había detenido en la mandíbula, un trazo rojo que le cruzaba la cara, y la mejilla se le estaba hinchando.

–Cállate, zorra –replicó Angelo, agarrándola del pelo y echándole hacia atrás la cabeza, para ponerle el cuchillo en la garganta–. Manuel te ha vendido, a ver si te enteras.

–Angelo, cálmate –dijo el que llevaba bigote, acercándose a él.

–Sí, tiene razón –intervino el otro, un tipo esmirriado de piel amarillenta–. La necesitamos de una pieza, de lo contrario no podremos hacer el trato con el juez.

Angelo escupió en las botas de Bianca.

–Sí, haremos un trato. Pero que ella llegue viva está todavía por ver –dijo con los ojos rebosantes de maldad–. Es también una cuestión de honor. Mi hermana tiene que ser vengada.

Los dos asintieron, como si comprendiesen su punto de vista, luego lo escoltaron fuera y dejaron a Bianca sola, en la oscuridad.

Subieron al piso de arriba, pasando a través de la puerta que separaba los subterráneos del resto de la casa de la playa de los De Giacomo. Angelo se repantingó en el sofá y acomodó los pies en la mesita de cristal, agarrando una botella de cerveza que había en una bandeja. Se la bebió de un trago, mientras sus secuaces aguardaban para conocer el próximo movimiento.

–Hacédselo saber al juez –ordenó unos instantes más tarde–. El trato consiste en que cierre la investigación sobre nosotros de inmediato. Si no, la próxima que abra será sobre el asesinato de su hija.

Se sacó del bolsillo la cajita metálica de siempre, preparándose para unos instantes de bienestar. Odiaba cuando se le acumulaban demasiados pensamientos

en el cerebro, prefería despachar cada molestia con una descarga de adrenalina. Le hacía falta para llevar a cabo su plan.

–¿Y qué pasa con Tano? –preguntó el canijo. Angelo dispuso una raya de polvo blanco sobre el cristal de la mesa–. Ya me encargaré yo de darle la sorpresa. Ahora marchaos.

Su plan marchaba de maravilla. Y todo gracias a Caterina, la madre de Manuel, que le había pedido que se informase sobre una tal Bianca Prandi, una chica que no le gustaba.

Para empezar, dejaba al juez fuera de juego. Además –y ésta era la parte que Caterina ignoraba–, jodería a Manuel cuando informara a Tano de que había traicionado a Teresa enamorándose de la hija de un representante de la ley. Para un capo, no existía mayor ultraje.

Angelo se rió, a solas en la habitación. Puede que estuviera fuera de control, pero no tenía ni un pelo de tonto. Su padre por fin lo entendería.

Querido Daniele:

Hace frío en el lado oscuro de la luna.

Incluso cuando crees que te has acostumbrado, te descubres pensando que echas de menos la luz del sol, por muy lejana y engañosa que pueda ser. Te descubres pensando que debe de existir alguna manera para no acabar engullida por las tinieblas.

Me siento tan cerca de ti mientras cuento los minutos que me separan de la muerte. En la oscuridad el tiempo se dilata, siento como si ya estuviera enterrada y olvidada.

Quisiera no haber creído jamás que vivir así sería posible, no haberlo deseado nunca. Sin luz, incluso el amor languidece como una planta en agonía. Sientes las espinas crecer en tu interior, sientes que las sombras te atenazan la garganta.

Lo único que me mantiene firme en este momento es la certeza de que pronto volveré a abrazarte. Espérame.

Bianca

XXVIII

Tano estaba especialmente contento esa noche.

Manuel lo observaba canturrear y moverse por el salón, reírse y charlar, como si se estuviese preparando para una fiesta. No era una buena señal. Las pocas cosas que lo ponían así de contento eran las mismas que ponían en peligro a las personas de su entorno. Cuando estaba a punto de cerrar un negocio importante o se preparaba para un ajuste de cuentas en el que arriesgaría su vida, siempre estaba de buen humor.

Manuel manoseó la pistola, estaba nervioso.

¿Cuánto tiempo llevaba esperando ese momento?

La noche en la que vio cómo disparaban a su padre hasta desmembrarlo, había jurado venganza. Y por fin recuperaría el honor de su familia y el suyo propio.

Fabrizio y Mino, dos de los chicos de Tano, entraron en la habitación, toscos y rudos en contraste con la elegancia de la decoración.

–Nosotros estamos listos. Es casi la hora.

Tano asintió:

–Esperadle en el coche.

Mientras los dos hombres salían, Manuel se levantó y se metió la pistola en la cintura de los vaqueros.

–Estoy listo –dijo.

–Parece que todo encaje a la perfección, ¿no crees? –replicó Tano, radiante–. Esta noche arreglaremos las cuentas con los Scano, en tres días nos desharemos de ese maldito cargamento y dentro de poco también de ese juez entrometido. Por una vez, Angelo ha hecho las cosas bien.

Manuel asimiló la noticia, inexpresivo.

–¿No es demasiado arriesgado asesinar a un juez?

–En realidad nos limitaremos a chantajearlo –respondió Tano, encendiéndose un puro que había sacado de una caja. Tampoco aquélla era una buena señal.

Manuel aguardó a que prosiguiera, no quería parecer demasiado interesado en el asunto.

–Si no deja de meter las narices en nuestros asuntos, tendrá que despedirse de lo que más quiere en este mundo –añadió el *boss*, lanzando una nube de humo, a través de la cual escrutó la reacción de Manuel.

«Sus hijos.»

Manuel lo había entendido. Para Tano no existía nada más sagrado que la sangre de su sangre. Adoraba repetir que arrojaría toda su fortuna al fondo del mar para

ayudar a sus hijos si fuera necesario. A pesar de que había enviado a dos de ellos a la muerte, sin haber derramado una lágrima en su entierro, concentrado sólo en el honor y en la venganza.

–Me parece fantástico –comentó Manuel fríamente.

–Sí, yo también lo creo –aprobó Tano.

–¿Y cuál es el plan? –preguntó.

Tano lo miró fijamente. Era como si quisiera volver a leer en su interior.

–Angelo ha raptado a la hija de Prandi, una chavala –respondió tras unos segundos interminables–. Si el juez acepta nuestro trato, se la devolveremos. Espero que no se le vaya demasiado la mano.

Tano se rió y Manuel, por una vez, se estremeció. Estaba hablando de la vida de una chica inocente como si fuese una nadería sin importancia. Se preguntó si le afectaba tanto porque la conocía, ya que en otras ocasiones en las que había ocurrido algo parecido no había tenido ninguna reacción, ningún sentimiento de piedad, ningún interés más allá de las órdenes a seguir y del negocio que cerrar.

–De todas formas –continuó Tano, poniéndole una mano en el hombro –parece que Angelo también tiene una sorpresa para nosotros. Dice que esta chica esconde un secreto que concierne a nuestra familia. Parecía muy excitado, ¿tú tienes idea de lo que podría ser?

Manuel contuvo el aliento y negó con la cabeza, muy despacio.

–No.

–Qué raro, porque él me ha asegurado que se trata de algo que te afecta sobre todo a ti.

–No tengo tiempo para los jueguecitos de Angelo –replicó Manuel con severidad–. Además, me habías dicho que me echaría una mano en el puerto.

–Ahora está ocupado con esta nueva operación –respondió Tano, entrecerrando los ojos como si tratase de ver a través de la niebla–. No puede recorrer cuatrocientos kilómetros y dejar a la chica sola. Le he ordenado que no se mueva, tú te irás con algunos de mis chicos.

–Está bien, no hay problema –asintió Manuel. Al esforzarse por permanecer impasible, se había clavado las uñas en la palma de la mano derecha.

–Ahora vete, de lo contrario se te pasará la hora de la carrerita nocturna –le recordó el *boss*, echándole un vistazo al reloj–. Ettore Scano tendrá esta noche un buen motivo para correr.

Manuel salió de la habitación con la carcajada de Tano retumbándole en los oídos.

«Cuatrocientos kilómetros.»

–Debería aparecer en cualquier momento.

La noche caía sobre el campo, estaban en los alrededores del pueblo donde reinaban los Scano. Los árboles esqueléticos se recortaban contra el cielo, todavía luminoso, otorgando al lugar un aspecto espectral, como si no bastase el armazón de la nave industrial abandonada, a unos cientos de metros a su izquierda.

Habían aparcado el coche detrás de algunos bidones rebosantes de desperdicios y rodeados de densos matorrales, y permanecían a la espera.

Manuel apretaba la pistola entre los dedos con fuerza, la tensión sólo atenuada por aquel pensamiento inoportuno. Cuatrocientos kilómetros separaban a Bianca del lugar donde los albaneses habían organizado el embarque. En qué dirección no lo sabía, pero pasó revista mentalmente a las casas que Tano tenía desperdigadas en esa área.

–Ahí está.

Los dos hombres que lo acompañaban se precipitaron fuera del coche en silencio.

Manuel, sentado junto al asiento del conductor, vio que Ettore Scano aparecía al final de la carretera. Llevaba un chándal azul e iba corriendo a paso relajado. Detrás de él, en una moto, lo seguía un chico de los Scano. Los hombres de Tano lo rodearon y salieron de la vegetación en penumbra, dejándolo fuera de combate con dos disparos. El cuerpo cayó al suelo junto a la moto, con gran estruendo, y Manuel cerró los ojos por un instante. Era la primera vez que presenciaba un asesinato y sentía remordimientos.

Mientras tanto, Ettore había echado a correr de verdad, esperaba inútilmente poder salvarse. Todos hacían lo mismo, corrían, como si de verdad creyeran que podían ser más rápidos que las balas.

Manuel observó a Ettore acercarse y se bajó del coche cuando estuvo seguro de tenerlo al alcance de la mano. Sus hombres lo seguían y casi lo habían acorralado. Había caído en la trampa.

–Dejádmelo a mí –ordenó Manuel–. Llevo tanto tiempo esperando este momento que quiero disfrutarlo.

Los dos habían imaginado que sería un trabajo rápido pero entendieron que Manuel tenía intención de divertirse cuando vieron que sacaba una navaja del bolsillo del abrigo.

–Te esperaremos en el coche –dijeron respetuosos–. Aseguraremos la zona.

Tan pronto se refugiaron en las sombras, Manuel apuntó con la pistola a la frente de Ettore.

–No me hagas daño, te lo suplico –le imploró, cubriéndose la cara con el brazo, como si quisiera protegerse de la luz y no del plomo.

Siempre había sido un cobarde. Manuel se acordaba de él de cuando iban a la misma clase en el colegio. En lugar de defenderse solo, siempre sacaba a relucir el nombre de su padre o utilizaba a alguien del clan como guardaespaldas.

–Levántate y camina –le ordenó.

Lo empujó bruscamente hasta el arcén de la carretera, obligándolo a adentrarse en el campo, en dirección a la nave abandonada.

–¿Por qué no me disparas sin más? –gimoteó Ettore. La idea de tener que sufrir le aterraba, pero Manuel tenía intención de tomárselo con calma.

–Sólo quiero que pierdas tanta sangre como derramó mi padre –respondió él, mientras seguía empujándolo hacia delante. Lo apuntaba con la pistola, por si se le ocurría escapar de nuevo–. Así tu padre sabrá lo que se siente.

Ettore se echó a llorar.

Tampoco aquello era de extrañar. Incluso los hombres más acostumbrados a mirar a la muerte a la cara, perdían toda su dignidad cuando sentían que su momento había llegado. Los había que rezaban, los había que suplicaban y lloraban. Muchos se lo hacían encima, era una reacción involuntaria, como si el cuerpo ya supiera que debía dejar de funcionar.

–Deja de llorar, me pones de los nervios –exclamó Manuel, tenso. Tenía un subidón de adrenalina y debía controlarse para no perder la cabeza, dispararle y terminar de una vez.

Cuando llegaron a la nave, ordenó a Ettore que se detuviera.

–Ponte de rodillas y dame el móvil –le dijo.

El otro, con las manos temblorosas y la cara bañada en lágrimas y sudor, sacó el teléfono del bolsillo del chándal y se lo tendió. Se arrodilló lentamente, la cabeza agachada, quizá ya resignado a su destino.

–Mírame, idiota –le ordenó Manuel. Y luego, en su propia cara, se alejó unos doscientos metros hasta un bidón oxidado y posó el móvil encima.

–Lo dejo aquí, ¿entendido?

Ettore parpadeó perplejo. ¿Qué podía importarle el móvil si estaba a punto de morir?

Manuel volvió sobre sus pasos y se situó de nuevo junto a él.

–He comprobado que tiene cobertura y que la batería está cargada.

Ettore no osó hacer ninguna pregunta, no entendía absolutamente nada, la espera lo estaba volviendo loco. Por un segundo, pensó que Manuel quería sonsacarle alguna información sobre los negocios del clan y se preguntó cuánto aguantaría antes de cantarlo todo.

En lugar de eso, Manuel se quitó el abrigo y se lo lanzó.

–Póntelo. Hace frío, en un rato habrá oscurecido.

Ettore, cada vez más confundido, tan sólo obedeció porque la alternativa era igual de insensata. Sí, estaba temblando, había salido en chándal creyendo que haría un recorrido de seis kilómetros como todos los días. Pero ¿qué demonios podía importar que tuviese frío o no, en un momento así?

–Oye, ¿por qué no acabas de una vez y me matas? –gimoteó con rabia–. Ya no

aguanto más estar aquí como un estúpido.

–Cierra el pico y escúchame –replicó Manuel, impasible–. No lo hago por ti, lo hago por mí, ¿está claro?

Ettore asintió, a pesar de que no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo.

–Si tuviese que seguir mi instinto te haría pedazos –continuó Manuel–. Pero sólo los animales se dejan llevar por el instinto. La razón me indica que haga otra cosa, siempre lo ha hecho, y ahora tengo que escucharla. Tu padre asesinó al mío. Tú no tienes la culpa, ésa es la verdad, y tu muerte tampoco me devolverá aquello que perdí.

Una luz de esperanza asomó a los ojos de Ettore.

–Pero si no te mato, los de mi clan me acusarán de ser un cobarde o, peor aún, un traidor –añadió Manuel en voz baja, tan baja que parecía que estuviese hablando solo–. Y eso no me lo puedo permitir. Por eso vamos a hacer una cosa: te voy a disparar en una pierna.

Ettore palideció de nuevo.

–¿Qué quieres decir? ¡Maldita sea, no te entiendo! ¡Hablas como si estuvieras loco! –gritó.

Manuel se pasó una mano por el pelo.

–Lo siento, pero tengo que hacerlo. Necesito tiempo y no puedo darte explicaciones –dijo–. Ya sabes cómo va esto. Duele mucho, te quedas tirado en el suelo, luego reaccionas, te arrastras hasta el móvil y llamas para pedir ayuda. Es muy sencillo.

–¿Sencillo? Pero ¿qué demonios te pasa? –lloriqueó Ettore–. Yo no sé nada de nada, ¡ni que me hubieran disparado alguna vez! Pensaba que querías matarme.

–No, pero te voy a pedir un favor a cambio –respondió Manuel–. Trata de volver a casa sin llamar la atención. Si la noticia de que sólo has escapado herido no se difunde rápidamente, mejor.

Ettore asintió, descompuesto.

–Está bien, haré lo que quieras –aceptó balbuceando–. De todas formas, mi padre te lo hará pagar. Eso no puedes impedirlo y lo sabes perfectamente, aunque te comportes como un chalado.

Manuel se encogió de hombros.

–Da igual, basta con que me des algo de tiempo. Ahora, ponte de pie.

Ettore se levantó y Manuel le encañonó con la pistola, apuntando a la pierna derecha. Tenía que acertar sin herirlo de muerte.

El disparo resonó en el campo, provocando que algunos pájaros nocturnos levantaran el vuelo.

–Se acabó –dijo uno de los hombres de Tano al otro. Pusieron el coche en marcha, esperando a que Manuel regresara.

En ese mismo momento, Ettore se retorcía en el suelo, gritando a causa del

dolor.

–No montes un numerito. Todavía estás vivo, ¿no? –le dijo Manuel observando la mancha oscura que se extendía por el pantalón del chándal del otro chico. La tocó con la mano y se manchó las palmas de las manos y la camiseta con la sangre de Ettore antes de salir corriendo. Encontró el vehículo esperándolo en la carretera, con los faros apagados. Se subió al coche de un salto y cerró la puerta.

–De prisa, vámonos –ordenó.

–¿Qué ha pasado con tu abrigo? –le preguntó el que iba al volante, pisando a fondo.

–Me lo ha arrancado cuando trataba de defenderse –respondió Manuel, contemplando la oscuridad tras la ventanilla y los campos solitarios y baldíos.

«Cuatrocientos kilómetros.»

La única propiedad que Tano tenía a aquella distancia era la casa de la playa.

XXIX

Era la primera vez en su vida que rezaba.

Rezaba para no estrellarse con el coche a pesar de ir a ciento ochenta por hora, para que no fuese demasiado tarde, para que su plan funcionase.

Aunque la desesperación le atenazaba el alma desde el momento en que él y Bianca atracaron en el muelle, había conseguido ordenar sus ideas con rapidez y elaborar un plan que los pusiera a salvo.

Sólo que Angelo había vuelto a ponerle la zancadilla y debía sortear aquel obstáculo con rapidez, porque el tiempo apremiaba. Se obligó a no pensar en todo lo que podría haber hecho a Bianca ese bastardo, y se juró que se las pagaría.

Cuando llegó al portón de la finca casi era medianoche y lo encontró cerrado. Más allá se extendía una vereda flanqueada por árboles que conducía a la casa, escondida tras unos altos pinos marítimos. Manuel se bajó del coche, sacó la pistola y disparó a la cerradura, haciéndola saltar.

Luego volvió a ponerse al volante y empotró el coche contra el portón, arrancándolo de sus goznes. Las ruedas hicieron saltar la grava, levantando una gran polvareda blanca.

Las luces de la planta baja estaban encendidas, Angelo estaba allí, como el todoterreno negro aparcado en una esquina del patio demostraba.

Pistola en mano, Manuel irrumpió en la casa como una furia, tras encontrar la puerta de la entrada entornada. Claro, a ellos no les daban miedo los ladrones.

Angelo estaba en el salón, sentado delante de la tele, y se estaba comiendo una bolsa de patatas fritas.

Estaba relajado y no pareció extrañarse de ver a Manuel a esa hora y en ese estado de agitación.

–Qué hay –le dijo, haciendo un gesto de saludo con la mano, en la que él también sostenía un arma.

–¿Dónde está? –preguntó Manuel apretando los dientes. Le apuntó con la pistola–. ¿Qué le has hecho?

–Yo no le he hecho nada –replicó el otro–. Has sido tú el que se ha metido en un buen lío. Se te ha olvidado que la familia es lo primero.

La mueca con la que ilustró aquella frase lo decía todo.

–Bianca es ahora mi familia –murmuró Manuel– y tú no impedirás que la lleve lejos de aquí.

Angelo silbó.

–Entonces es verdad que estás enamorado de esa perra cachonda –se burló–.

¿Sabías que cuando la tocas jadea?

Manuel gritó y le saltó encima. Fue rápido, lo cogió por sorpresa y consiguió que soltara el arma, que cayó al suelo y fue a parar bajo el sofá. Quería golpearlo con los puños desnudos, descargar la rabia acumulada en los últimos meses.

Angelo trató de defenderse del aluvión de puñetazos, hasta que consiguió deshacerse de Manuel de una patada, tirándolo al suelo.

–Tu vida está acabada –gritó mientras se levantaba–. Tano te volará la tapa de los sesos en cuanto sepa lo que has hecho a Teresa.

–Si se lo hubieras querido decir, ya lo habrías hecho –replicó Manuel, jadeante–. No eres más que un cobarde.

Volvió a ponerse en pie, ignorando a Angelo, que trataba de recuperar la pistola. Le dio la espalda y corrió hacia la puerta del sótano que conducía a los subterráneos. Se imaginaba que la tendrían allí encerrada y no quería perder ni un segundo más.

Escuchó los pasos de Angelo, que lo seguía.

–¡Bianca! –gritó bajando los escalones de dos en dos–. ¡Bianca! ¿Dónde estás?

La voz de Manuel.

Al principio pensó que lo había soñado. Debía de haberse adormilado a pesar de lo incómodo de la postura y de las cuerdas que se le clavaban en las muñecas y en los tobillos. La oscuridad todavía la envolvía, no tenía ni idea de la hora que era ni de cuánto tiempo llevaba allí.

–¡Bianca!

Sí, era su voz.

–¡Manuel! ¡Socorro! –gritó–. ¡Estoy aquí!

La puerta se abrió de par en par, se encendieron las luces, y el perfil de Manuel se recortó contra el umbral, la mirada inflamada, los gestos nerviosos.

–¿Te ha hecho daño? –le preguntó, precipitándose a liberarla de sus ligaduras.

–Sólo un rasguño, no te preocupes –respondió ella. Estaba tan contenta de verlo que se le cortó la respiración, a pesar de que hasta hablar la agotaba–. Entonces es verdad que no me has delatado.

Manuel la miró por un instante.

–De haber sabido lo que tenía en mente…

–¿Qué habrías hecho? –preguntó Angelo, que había aparecido tras ellos pistola en mano–. ¿Habrías corrido a salvarla como su príncipe azul? Ahora ella sabe quién eres. No puedes seguir mintiéndole.

–Nunca lo he hecho.

–Has mentido a tu familia. Tano te lo hará pagar –continuó Angelo–. Pero quiero darte una posibilidad, ya que seré yo el que le cuente todo.

Alzó la pistola muy despacio y apuntó a Bianca.

–Si tuvieses que elegir, ¿querrías que te matase a ti o a ella?, pequeño Manuel. ¿Ella o tú?

–Dispárame. Dispara a tu hermano –replicó él, poniéndose delante de Bianca y mostrándole el pecho. Levantó el mentón un milímetro–. No me das miedo.

–Tú no eres mi hermano –replicó Angelo. Le encañonó la frente con la pistola, pero él no se movió.

–Nunca me dejaste serlo.

Bianca sofocó un grito. Tenía libres las muñecas pero seguía teniendo las piernas trabadas. Tiró de la cuerda con los dedos y trató de desatarla a pesar de que le temblaban las manos. Angelo se dio cuenta y descargó una patada en la silla donde ella estaba sentada, haciéndola caer. Bianca se golpeó la cabeza contra el suelo y perdió el conocimiento.

–¡Te mataré! –gritó Manuel. Se abalanzaron el uno sobre el otro. Angelo efectuó un disparo que dio en la puerta de madera, sacando a Bianca de su desvanecimiento. Abrió los ojos y vio a los dos chicos forcejeando. Angelo soltó la pistola, que cayó al suelo y se deslizó hasta la esquina donde estaba ella.

Pero también Manuel dejó caer el arma, arrastrado por la furia con la que Angelo le había respondido. Se golpearon con tanta rabia y violencia, que Bianca estuvo tentada de volver a cerrar los ojos para no ver cómo los puños de su contrincante desfiguraban el rostro de Manuel. La nariz le sangraba y tenía un ojo morado.

–Me has jodido la vida –resopló Angelo mientras le golpeaba–. Y ahora yo te voy a joder la tuya.

–Te has jodido tú solito –dijo Manuel, devolviéndole los golpes.

En el suelo, Bianca pensó en apoderarse de la pistola de Angelo. Con las piernas todavía enredadas en las cuerdas, hizo fuerza con los brazos y trató de arrastrarse hacia el arma. Cuando estuvo lo bastante cerca, se estiró y la alcanzó con la punta de los dedos. Sintió el metal frío sobre la piel y agarró la empuñadura como Manuel le había enseñado.

Apuntar desde el suelo era difícil, sobre todo porque los dos chicos se movían y ella no quería arriesgarse a dar en el blanco equivocado.

Estaba bañada en un sudor frío, pero se obligó a mantener la calma. Evocó el día en que había encañonado el tronco del árbol.

«Si no quieres cargarte a nadie, entonces dispara a las piernas.»

Y así lo hizo. Apuntó con la pistola al muslo de Angelo y apretó el gatillo.

–¡Ah!

Angelo cayó al suelo agarrándose la rodilla, mientras la sangre empezaba a empaparle los dedos.

–¡Bianca! –exclamó Manuel sorprendido. Fue hasta ella y la liberó de las cuerdas, ayudándola a ponerse en pie. Se abrazaron con fuerza, mientras Angelo chillaba y

maldecía desde el suelo. Le había dado de lleno en la rodilla, en el peor sitio. Probablemente se quedaría cojo de por vida, y lo sabía.

–Gracias –dijo Manuel estrechándola. Era tan reconfortante volver a sentir su aroma.

–Gracias a ti por haber venido a salvarme –replicó ella.

Manuel habría querido decirle que si se encontraba allí, en el sótano de un criminal peligroso, era sólo por su culpa. Pero no había tiempo que perder. La tomó de la mano y corrieron hacia la superficie, antes de que Angelo tuviera tiempo de recobrarse y de llamar pidiendo ayuda. Una vez en la planta baja, Manuel cogió las llaves del todoterreno de la mesita junto a la entrada y se las metió en el bolsillo.

–Así nos aseguraremos de que no nos siga –explicó.

Volvieron a encontrarse a solas en el coche, pero no había tiempo para explicaciones ni para abrazos. Bianca se abrochó el cinturón y Manuel salió a escape haciendo chirriar los neumáticos, con el único pensamiento de poner tierra de por medio entre ellos y lo demás. Entre ellos y ese mundo torcido.

XXX

Manuel se detuvo en el puerto donde tenía el barco amarrado, tras dos horas de loca carrera.

La carretera estaba desierta y la luna invernal dejaba una impronta plateada en el agua. Habría sido una escena romántica si no hubiesen estado manchados de sangre, confundidos, con el aliento cargado de ansiedad.

Bianca bajó la ventanilla y dejó que la brisa salobre y cortante entrara, inspirando el aire como si fuera la primera vez. Era hermoso estar vivos. Sin decir nada, tomó la mano de Manuel y la estrechó en la suya, como si bastara para explicarlo todo.

Él, en cambio, la apartó de inmediato.

–No deberías ser tan buena conmigo –le dijo–. Me he comportado como un cobarde y te he abandonado.

Bianca suspiró. Ella también lo había pensado.

–Sólo has intentado protegerme –replicó–. No he sido capaz de entenderlo hasta después, cuando Angelo me ha apuntado con una pistola.

–Lo siento tanto, Bianca –murmuró con los ojos brillantes–. Has estado a punto de morir por mi culpa. Nunca me lo perdonaré.

Ella alargó una mano para acariciarle la mejilla.

–La culpa es sólo mía. Me equivoqué al enamorarme de ti, me lo dijiste desde el principio.

Manuel la miró, tenso. La idea de que sus sentimientos ya no fueran los mismos no se le había pasado por la cabeza mientras trazaba el plan. Si Bianca hubiese cambiado de opinión sobre su relación, todo se vendría abajo.

–El problema consiste en que no podemos elegir de quién nos enamoramos –continuó ella en voz baja–. Y yo soy una auténtica estúpida, porque a pesar de las balas, la sangre y la violencia que he presenciado, sigo pensando que puedes cambiar. Que no eres como ellos y que dentro de ti encontrarás la fuerza necesaria para construir una vida distinta.

Manuel apretó los labios, pero sólo porque lo había conmovido. No era capaz de hablar.

–Y mi estupidez alcanzó proporciones colosales cuando me di cuenta de que estaba convencida de otra cosa.

–¿De qué? –preguntó él con voz ronca.

–De que me quieres.

El rostro de Manuel, sombrío, se encendió de esperanza.

–He pensado mucho, ¿sabes? Ese día, después de la excursión en barco –le dijo–. Aunque estaba enfadado y el orgullo me impedía darte la razón, en mi interior sabía que era cierto. He obedecido siempre, como un perro obedece a su amo. Los demás siempre han dirigido mi vida, mi padre, mi madre, y ahora Tano.

Bianca asintió. El único modo de escapar de ese círculo vicioso era tomar conciencia de lo mucho que se parecía a una prisión. Había deseado con todas sus fuerzas que Manuel lo consiguiera, que pudiera verse no como el valiente y despiadado criminal que se ganaba el respeto acatando las normas de un clan, sino como un chico de diecinueve años que no era libre para tomar sus propias decisiones, ni siquiera para elegir a quién amar.

–Me odié a mí mismo. No sabía cómo actuar. Cuando creces en un mundo en el que las reglas ya están escritas, imaginar que puedes infringirlas es inconcebible –continuó Manuel, acalorado–. Las personas a las que quieres se muestran distintas. Todo aquello que te han enseñado resulta falso. Te sientes traicionado, engañado, como si te hubieran tomado el pelo. Y ya no sabes qué dirección tomar.

–Te entiendo –intervino Bianca, estrechándole la mano de nuevo–. Sentí lo mismo cuando murió Daniele. La justicia de la que mi padre siempre hablaba en términos absolutos se había convertido de repente en una palabra vacía.

Manuel la miró.

–También he pensado en tu hermano, ¿sabes? –dijo–. En todas las personas inocentes que se encontraban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y en el hecho de que yo nunca haya movido un dedo para impedir que las matasen. Es más, aguardaba el momento de mi venganza con un ansia inhumana. Quería disparar al hijo del asesino de mi padre. Quería ver cómo su sangre manchaba la carretera y se mezclaba con el polvo, como si fuera un animal atropellado por un coche.

Hizo una pausa de un segundo para recobrar el aliento.

–Tú me has obligado a mirarme en el espejo. Me he imaginado en unos años, pudriéndome bajo tierra o casado con una mujer a la que no amaba. Con unos hijos a los que enseñaría a disparar en lugar de a nadar, y que seguirían mis huellas y nunca serían libres de elegir por sí mismos.

–Una pesadilla –dijo Bianca con un escalofrío.

–Lo es. Pero cuando estás dentro, no eres capaz de verlo. Simplemente crees que tu vida está ahí, que tu único cometido es obedecer y ganar pasta –añadió Manuel. Se estaba desahogando por primera vez de las cosas que llevaban semanas rondándole la cabeza y quitándole el sueño, impulsándole a actuar de un modo insólito e incoherente. Le dio por reírse y sacudió la cabeza–. Es increíble. Tienes más dinero del que cualquiera podría desear y sin embargo no puedes hacer más que comprar cosas. No puedes marcharte, no puedes decidir en qué quieres trabajar, ni siquiera eres libre de elegir a tus amigos.

Manuel pensó en Ettore Scano y en todas las veces que, de pequeños, habían jugado juntos a la pelota. Hasta que sus dos familias se declararon la guerra y tuvieron que dejar de verse y de hablarse.

–¿Y ahora qué pretendes hacer? –preguntó Bianca. A pesar de que las palabras de Manuel eran elocuentes, el futuro se presentaba tan negro que no parecía quedarles ninguna vía de escape.

Él se limitó a abrir la guantera y sacó un sobre de papel. Se lo pasó a Bianca, que lo cogió y lo abrió sin tener idea de lo que podía contener.

Era incapaz de seguir pensando.

Manuel había estado tan ocupado y había tenido que resolver tantos problemas que, cuando llegó la carta de Holanda le costó algún tiempo entender de qué se trataba.

Bajo la mirada atenta de su madre, que se la había entregado con una mirada interrogativa, casi inquisitoria, la había abierto y no había mostrado ninguna emoción al descubrir el contenido.

A las preguntas insistentes de su madre había respondido con evasivas, diciendo que se trataba del folleto de una facultad de economía muy prestigiosa a la que había solicitado información.

Ella le había creído y él por fin había sido libre de encerrarse en su cuarto a pensar.

–No lo entiendo –dijo Bianca, mientras observaba el contenido de la bolsa.

–Me llegó hace unos días. Y me impulsó a trazar un plan –explicó él.

–Estos pasaportes son falsos –replicó Bianca, examinando los documentos que estaban junto al folleto holandés. Contenían sus fotografías, pero los nombres eran distintos. Manuel se giró hacia ella y le cogió las manos entre las suyas.

–Tendrás que tomar una decisión.

–Ya estoy acostumbrada –replicó ella encogiéndose de hombros.

–Puedo llevarte junto a tu padre –propuso Manuel–. Le habrán informado de que te han raptado, estará fuera de sí. Si regresas con tus padres, jamás te permitirán volver a verme. Yo me marcharé solo a Holanda, puede que volvamos a vernos después de tu graduación, cuando seas libre de tomar tus propias decisiones.

Bianca arrugó la nariz:

–¿O bien?

–O bien podrías venir conmigo ahora. Pero para hacerlo tendrás que seguir mi plan al pie de la letra y no será fácil. Tus padres sufrirán y probablemente Tano vaya tras nosotros, podría llegar a encontrarnos. No te estoy ofreciendo una vida de princesa, tan sólo una vida junto a mí.

Ella lo pensó a fondo. Trató de visualizar las consecuencias de los dos caminos que se abrían ante ella.

A continuación suspiró.

–¿Qué tenías en mente? –preguntó.

–El mar nos salvará. Y yo salvaré al mar.

Sin añadir nada más, se besaron y se abrazaron bajo una luna que aquella noche no mostraba su lado oscuro, sólo su rostro más resplandeciente.

EPÍLOGO

–Lo siento, Francesco.

El comisario Leone tenía una mano en el hombro de su amigo. Estaban mirando juntos los restos de un yate de lujo que habían sido recuperados entre los escollos e izados a tierra con una grúa.

Habían avisado a la Guardia Costera del accidente esa misma mañana, al amanecer. La gente que vivía en los alrededores había escuchado la explosión y había visto una nube de humo negro.

–No tendría que haber acabado así –dijo el juez, incapaz de contener las lágrimas–. Bianca no debería haber pagado por mis errores.

Las primeras pesquisas habían revelado que el yate estaba a nombre de Manuel Lambiase. Habían encontrado a bordo la mochila de Bianca con sus pertenencias intactas, únicamente mojadas por el agua del mar.

–Deben de haber intentado escapar –comentó Leone–. Iban demasiado rápido y no han visto los escollos.

El juez sacudió la cabeza con incredulidad y se acercó a los restos del barco, que habían sido depositados en tierra. Escuchó que su amigo el comisario daba órdenes a sus agentes para que inspeccionaran el lugar de los hechos de arriba abajo, en busca de los cuerpos o de otras pruebas. No los habían encontrado, había una marejada violenta ese día, a buen seguro los cadáveres de los chicos habían sido arrastrados al fondo del mar.

Roto por el dolor, el juez se acercó a la mochila de Bianca que Leone había dejado sobre el capó de su coche. Con dedos temblorosos, la abrió para extraer el contenido, mientras las lágrimas le nublaban la vista. Se culpaba de todo y era incapaz de no pensar que Bianca seguiría viva si él hubiera impuesto su voluntad y la hubiera enviado de vuelta a Milán antes, si no hubiera estado tan distraído con su trabajo como para no darse cuenta de lo que le estaba sucediendo a la vida de su hija.

Entre los objetos que la mochila contenía, recuperó un portafolio negro, impermeable, que nunca antes había visto.

Lo abrió y encontró dentro algunas páginas en las que había unos datos anotados.

El juez examinó los papeles y el corazón le dio un vuelco. La mirada se le iluminó de golpe.

–¡Dario! –gritó–. ¡He encontrado algo!

Querido Daniele:

Me llamo Viola Sirani. Estoy mirando por la ventana de la casa en la que vivo con Manuel, bueno, con Martin Ferretti, y veo el campo holandés.

Puede que marcharse no resuelva las cosas, pero es evidente que te aclara las ideas. Ahora que estoy aquí, todo me parece perfecto, es como si fuera un cuadro hecho a base de heridas pero también de momentos intensos. Puede que los unos no sean posibles sin los otros.

Subimos al yate mientras despuntaban las primeras luces del nuevo día, era como si quisieran animarnos a salir de aquella oscuridad que nos tenía atrapados desde el principio de nuestra historia.

Una vez en alta mar, Manuel echó al agua la lancha neumática y me explicó lo que tenía que hacer: él saltaría del yate en el último momento y yo tendría que estar lista para rescatarlo, porque el agua estaba muy fría y la corriente era bastante fuerte.

Corría un viento cortante y yo tenía miedo de que Manuel pudiera hacerse daño, pero sostuve el timón y piloté la lancha sin que me entrara el pánico.

Manuel subió a bordo, mojado y tembloroso, mientras el barco se estrellaba contra los escollos con un estruendo de metal y madera destrozada, que por un instante cubrió el sonido de las olas.

Había dejado mi mochila en la cabina de mando. Manuel había metido dentro un portafolio con todas las indicaciones necesarias para impedir que hicieran el vertido de residuos: la fecha y el lugar de la cita, el nombre de las personas implicadas, los números de matrícula de los camiones utilizados para el transporte.

Unos días después leímos en los periódicos que papá y el comisario Leone hicieron buen uso de ellas: salvaron el mar y arrestaron a Angelo.

Tano Di Giacomo consiguió salir impune y no fue acusado de tráfico de residuos tóxicos. Pero aunque escapó de la justicia, al final lo pagó muy caro. Ayer leímos en Internet que ha muerto asesinado a manos de Ettore Scano durante un enfrentamiento armado. Parece ser que se disputaban el control de un territorio de influencia, ahora desde el más allá no podrá controlar nada más.

Antes de marcharnos a Holanda envié una carta a mamá y papá, contándoles que estaba bien y que no tenían de qué preocuparse. Por el momento les debería bastar con saber que estoy viva, no puedo revelar dónde me encuentro ni puedo verlos. Sería peligroso en caso de que alguno de los antiguos miembros del clan de Manuel lo estuviese buscando todavía. Y te confieso que me gusta tener la oportunidad de

vivir lejos de todo aquello que el pasado representa, con un nuevo nombre y un nuevo hogar.

Manuel está más guapo que nunca. Ha sufrido mucho por las decisiones que ha tomado y por las personas que ha tenido que dejar atrás, pero ahora en su mirada ya no hay sombras. Vuelve del curso de escenografía con la alegría pintada en la cara y somos tan felices juntos que me parece un sueño. Los dos trabajamos muy duro para mantenernos, él no ha querido traer consigo un céntimo de su dinero, porque está manchado de sangre y, en el fondo, representa las cadenas que lo mantuvieron atado a esa vida durante tanto tiempo.

Nuestra casa es pequeña pero estamos bien. Estoy aprendiendo inglés y holandés, mientras estudio para sacarme el título. También estoy haciendo proyectos para el futuro. Me estoy convirtiendo en una pintora de talento, ¿sabes? He empezado a experimentar con el color y me dedico a embadurnar lienzos siempre que tengo un segundo libre.

He aprendido muchas cosas desde que te marchaste.

La rabia y el dolor han desaparecido, o puede que simplemente hayan pasado a ser parte del fondo, a ocupar su lugar en este gran cuadro. Pero nada más. No deben ensombrecer todo lo demás. Soy feliz. Creo que el secreto para serlo no es más que uno: dar cada paso intentando escoger la dirección correcta, trabajando para expresar nuestro talento especial. Cada uno tiene el suyo, por muy pequeño y aparentemente insignificante que sea.

Ahora me siento fuerte.

Y siempre te querré, allá donde vaya, me convierta en lo que me convierta.

Viola

Nota de la autora

Escribí esta historia pensando en Giuseppe, un niño que ahora ya es adulto y que conocí en 1995. En esa época solía trabajar como animadora sociocultural y en esa ocasión me llamaron para que acudiera a una comunión en Mondragone, en la provincia de Caserta.

Durante la celebración conocí a Giuseppe: tenía nueve años, el pelo engominadísimo, un pendiente, la mirada despierta y una actitud exasperante. Era uno de esos niños que querrías asesinar con tus propias manos pasados dos minutos, de esos que escupen, gritan, pegan y nunca escuchan. Cuando conseguí que se sentaran para participar en un concurso de dibujo, lanzamos un suspiro de alivio porque al fin se quedó callado y quietecito. Estaba tan atareado con el lápiz y los colores que necesitó el doble de tiempo que los demás. Y al final nos mostró su obra maestra. ¿Qué es lo que había dibujado? ¿Volcanes en erupción, monstruos asesinos, carros de combate o batallas en el espacio? Pues lo cierto es que no.

Sobre el papel había una luna y un tejado. Y en el tejado, dos gatitos de espaldas con la cola entrelazada formando un corazón. Me quedé tan pasmada que Giuseppe se echó a reír y me dijo, encogiéndose de hombros:

–¿Qué te creías? Yo me hago el malo, pero eso no quiere decir que lo sea.

Ese episodio me llegó al alma.

Y me acordé de cuando yo iba al instituto. Entre los alumnos estaba el sobrino de un famosísimo *boss* de la camorra de Caserta. Le dábamos de lado y lo observábamos con miedo o con desprecio. Aquellos que se acercaban a él lo hacían con la esperanza de obtener algún favor especial, para sacar provecho de su amistad, ya que era muy rico. En realidad, no tenía amigos de verdad. Su apellido era como una máscara que debía llevar puesta a la fuerza y que nadie, ni él mismo, se tomaba la molestia de levantar.

Ahora, cuando me encuentro con chicos de los institutos de Scampia durante el festival literario que se organiza cada cuatro años, y cada vez que leo cómo el Sistema recluta a menores sabiendo que los envía a una muerte segura, siempre pienso: detrás de cada criminal hay un niño que ha crecido «torcido». Que en algunos casos, como Giuseppe, ha debido escoger entre aprender a golpear o ser golpeado. Y que siempre ha acatado las absurdas decisiones de los adultos. Adultos que no les han dejado otra alternativa, que roban el presente y destruyen el futuro.

Quizá deberíamos pensar en esto cada vez que hablamos del crimen organizado, en ofrecer a los niños de este país la posibilidad de crecer «rectos», de poder elegir qué quieren ser de mayores, qué profesión escoger y a quién amar.

Título original: *E sarà bello morire insieme. Una storia d'amore e di mafia*

Edición en formato digital: febrero de 2013

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano, 2010
© De la traducción, María Porras Sánchez, 2011
© De la ilustración de cubierta, Raúl Allén
© Ediciones Siruela, S. A., 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-21-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Será hermoso morir juntos	4
Epílogo	184
Nota de la autora	188
Créditos	190